

Alejandra María Sosa Elízaga

Las señales de Dios

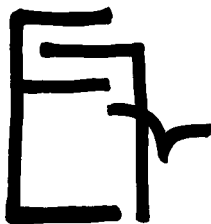


Colección Vida desde la Fe
Volumen I



EDICIONES 72

*“designó el Señor a otros setenta y dos
y los envió por delante...
a todas las ciudades y sitios
a donde Él había de ir...”
(Lc 10, 1)*



EDICIONES 72

ALEJANDRA MA. SOSA ELÍZAGA

LAS SEÑALES DE DIOS

**Colección Vida desde la Fe
Volumen I**

(Disponible también en versión impresa ilustrada)



EDICIONES 72

Las señales de Dios.
Colección 'Vida desde la Fe'
Volumen 1

Disponible también impreso en papel, ilustrado con 50 dibujos a tinta realizados por la autora.
De venta en librerías religiosas.

EDICIONES 72, S.A. DE C. V.

Moctezuma 17 local C, esq. Chimalcoyótl,
Col. Toriello Guerra, Tlalpan,
C.P. 14050, México, D.F.

ISBN: 978-607-95422-6-9

Registro del Derecho de Autor: 03-2004-100713220100-14

Prohibida su reproducción total o parcial sin permiso
por escrito de la autora y/o del editor

www.ediciones72.com

Correo electrónico: ediciones72@yahoo.com.mx

Si desea escribirle a Alejandra María Sosa Elízaga
puede hacerlo al Ap. postal 22-289 México, D.F.

Correo electrónico: alesosa@ediciones72.com

tel: 56 65 12 61

Esta obra cuenta con Nihil Obstat e Imprimatur
otorgado por la Cancillería de la Arquidiócesis de México
el 9 de noviembre de 2004

Í N D I C E

| | |
|--|----|
| PRESENTACIÓN | 7 |
| ¡Resucitó! | 8 |
| La Misericordia Divina | 11 |
| ¿Tienes vida? | 15 |
| ¿Celebrarías tu dependencia? | 17 |
| Si no reciben...es porque piden mal... | 20 |
| Los ángeles ¿existen | 23 |
| ¿Dichoso el que <u>teme</u> al Señor? | 28 |
| Carta a Juan Pablo II | 31 |
| Misión y oración | 34 |
| Riquezas que empobrecen y viceversa... | 37 |
| Y la muerte...una ganancia | 40 |
| Una fiesta de ¡17 siglos! | 43 |
| La ‘otra’ revolución | 46 |
| ¿Los reyes o el Rey? | 49 |
| ¡Feliz año nuevo! | 52 |
| Los gustos de Dios | 55 |
| La verdadera razón de la alegría | 58 |
| Atrévete a encontrarte con Él | 61 |
| Gracias familiares | 64 |
| Las señales de Dios | 67 |
| Jesús entre los pecadores | 70 |
| Que seamos uno | 73 |
| ¡Hey, tú!...¡sí, tú!...¡te habla Dios! | 76 |
| Algo para recordar | 79 |

| | |
|--------------------------------------|-----|
| Si se te ponen los pelos de punta... | 82 |
| ¿Quién dice ‘¡yo!’...? | 85 |
| ¿Sabes en quién confiar? | 86 |
| La ceniza: un incendio anunciado | 91 |
| ¡Hagamos la ola! | 94 |
| Dios no se mide... | 97 |
| El poder de las mujeres | 100 |
| De viaje con San José | 105 |
| Lluvia | 108 |
| ¿Hace cuánto que no te confiesas? | 111 |
| Por ti | 115 |
| Sed saciada | 117 |
| 100-1= 200 | 121 |
| ¿Como niños? | 124 |
| Mensaje de madera | 127 |
| Madre y Maestra | 130 |
| La paz que no vino a traer | 133 |
| Antídoto contra la soledad | 136 |
| Oración para Pentecostés | 140 |
| Inagotable | 144 |
| En Ti confío | 147 |
| Y tú ¿qué dices? | 150 |
| ¿No pasa nada? | 153 |
| Si necesitas consuelo... | 156 |
| ¿Sabes acercarte? | 159 |
| | |
| Obras de Alejandra Ma. Sosa E. | 162 |

PRESENTACIÓN

Este es el primer volumen de la colección de cinco libros titulada: ‘Vida desde la Fe’.

Con ese estilo característico de Alejandra María Sosa Elízaga, que sabe decir cosas profundas en pocas líneas, y a veces hace reír y a veces pone un nudo en la garganta, estas reflexiones, de no más de dos o tres páginas cada una, son ideales para leer una diaria.

Trata temas de la vida cotidiana, casi siempre iluminados por textos bíblicos que se proclaman en Misa.

Su objetivo es relacionar la vida y la Palabra, para ayudar al lector a descubrir qué sabroso es no sólo leerla sino saborearla, porque nutre y fortalece, habla al corazón y lo llena de paz, gozo y esperanza.

¡ Resucitó !

¿ Crees en Cristo?

Si dijiste que sí y alguien te preguntara por qué crees en Él, ¿qué responderías?

¿Que naciste en un hogar católico y así seguiste? La inercia nunca ha sido suficiente razón para la fe.

¿Que consideras a Cristo un gran pensador, un notable filósofo? Ha habido grandes pensadores y filósofos a lo largo de la historia que han dejado voluminosas obras escritas ¿por qué preferir a uno que no escribió ni una sola línea?

¿Que hablaba bonito? ¡No siempre! Ciertamente que dijo cosas maravillosas -los guardias que fueron enviados a apresarlo regresaron diciendo: ‘*nunca nadie habló como ese hombre!*’ (Jn 7, 46)- pero a veces decía cosas terribles, exigentes, que les ponían a sus oyentes (y todavía les ponen) los ‘pelos de punta’: como eso de tener que bendecir a los que nos maldicen, orar por los que nos persiguen, poner la otra mejilla (ver Lc 6, 27-38).

¿Que te parece admirable Su vida? Pues sí, pero hay muchos otros con vidas admirables, ¿por qué seguir a uno al que aparentemente le fue tan mal?

Piénsalo un instante: ¿por qué crees en Cristo? ¿Qué te hace querer conocerlo y escuchar Su Palabra?, ¿qué te mueve a aceptar el modo de vida tan difícil que propone?, ¿por qué estás dispuesto a creerle?

Debe haber una sola razón. La única válida. La que justifica todo, la que permite mantenerse en el camino del seguimiento de Jesús aunque resulte difícil tener que amar a los otros, aunque sea enojoso tener que perdonarlos siempre, aunque resulte cansado eso de dar sin esperar nada a cambio.

La razón existe y es ésta: ¡Resucitó!

Jesús dijo:

“Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14, 6)

Ningún profeta dijo eso de sí mismo. Sólo Jesús se ha atrevido a decir que es La Vida. Si no hubiera resucitado, hubiera sido un mentiroso. Y si hubiera mentido en eso, hubiera mentido en todo lo demás, y nada de lo que hubiera dicho o hecho hubiera valido la pena.

Dice San Pablo que si Jesús no hubiera resucitado seríamos los más infelices de los seres humanos (ver 1 Cor 15, 19), claro, frustrados, tristes, furiosos por habernos dejado embaucar, por haber desperdiciado toda una vida creyendo una utopía. Pero ¡no es así! porque Cristo sí resucitó.

Y la Resurrección de Jesús le da validez a todo. Le da credibilidad a todo lo que anunció, a todo lo que pidió y prometió.

La Resurrección de Jesús vuelve fácil lo difícil (el tener que servir, amar, devolver bien por mal, comprender, edificar el Reino), porque le da sentido, lo ilumina, e incluso -y aunque parezca imposible- lo llena de paz y de alegría.

La Resurrección de Jesús hace que valga la pena creer en Él, es decir, seguirlo. ¿Por qué? Porque la Resurrección de Jesús no es algo que sólo le afecte a Él, sino a nosotros también.

Jesús dijo:

“El que crea en Mí no morirá para siempre.”

(Jn 11, 26)

¿Qué significa esto?

Que creer en Jesús Resucitado nos permite seguirle fuera del sepulcro, resucitar, compartir con Él la vida eterna.

Creer en Jesús Resucitado es creer en Aquel que realizó lo inimaginable, lo imposible: derrotar a la muerte, derribar ese muro tremendo que nos encerraba en una existencia limitada, chata, sin horizonte ni esperanza.

Creer en Jesús Resucitado es decirle sí y tener la seguridad de que no se camina simplemente tras un gran profeta que murió en una cruz, sino que se sigue al Hijo de Dios que invita a ir con Él, anuncia la salvación, promete la vida eterna y lo cumple.

Los cristianos celebramos que Jesús resucitó, que tiene poder para vencerlo todo, incluso la muerte, y que nos toma de la mano para hacernos salir de nuestros sepulcros, de nuestros miedos, pecados, dolores, tristezas y desesperanzas.

Celebramos que podemos encontrarle sentido a nuestra existencia, incluso a lo más negro o angustioso, porque sabemos que con nosotros va el Resucitado y con Él a nuestro lado podemos siempre cantar, como el salmista:

“El Señor es mi luz y mi salvación,

¿a quién temeré?

El Señor es la defensa de mi vida,

¿quién me hará temblar?

...Espero gozar de la dicha del Señor

en el país de la vida.

Espera en el Señor,

sé valiente,

ten ánimo,

espera en el Señor...” (Sal 27, 1. 13-14)

La Misericordia Divina

Se ha vuelto muy popular en las iglesias, centros religiosos y hogares una imagen de Cristo que lo representa de pie, con una mano en actitud de bendecir y la otra sobre el pecho, de donde brotan dos rayos de luz, uno blanco y otro rojo.

Corresponde a una visión que tuvo Santa Faustina Kowalska (1905-1938), religiosa polaca, canonizada por el Papa Juan Pablo II. Ella escribió en sus memorias que Jesús se le apareció, le pidió que mandara pintar dicha imagen, le dijo que los rayos de luz representaban la Divina Misericordia que Él desea derramar sobre todos los seres humanos, y que quería que el primer domingo después de Pascua se celebrara la ‘Fiesta de la Divina Misericordia’, para que todos los que acudieran a Él en busca de ese don divino, lo obtuvieran a manos llenas. El Papa Juan Pablo II instituyó esta fiesta.

Ahora bien, cabría preguntar: ‘¿Qué es exactamente la misericordia?’

Hay quien cree que la palabra ‘misericordia’ es sinónimo de ‘lástima’, de darle a alguien golpecitos en la cabeza y ‘pobretarlo’: decirle ‘pobrecito, qué pena me das’. Ningún galán se atrevería a decirle a la novia: ‘siento por tí...¡mucha misericordia!’; porque probablemente se quedaría solo y con una mejilla roja y ardida. Es que no entendemos lo que la palabra significa.

En su origen, misericordia viene de ‘miseria’ y ‘corazón’, lo cual en ‘cristiano’ significa ‘poner el corazón en la miseria’, es decir, amar al otro no sólo en lo agradable, sino en lo desagradable, no sólo por sus grandes cualidades, sino también con sus pequeñeces, con sus defectos, con lo que lo hace difícil chocante, insoportable. Lo malo es que no sabemos amar así. Suena absurdo. Piensa en esto: Si te pidieran que describas características de tu mejor amigo, seguramente enumerarías lo que te gusta de él. Difícilmente dirías: es alguien que nunca me llama; siempre está dispuesto a traicionarme; no cree nada de lo que le platico; nunca cumple sus promesas; se olvida de acudir cuando quedamos de vernos...

Amamos de los otros sólo sus cualidades; cuando surgen los defectos comentamos extrañados: ‘fulano ha cambiado mucho’, ‘antes no era así’, ‘ya no me gusta llevarme con él’, ‘ya no lo considero mi mejor amigo, me ha decepcionado’.

En cambio Dios ama de manera total. No sólo cuando somos, según nosotros, ‘cristianos ejemplares’, sino también cuando caemos, cuando pecamos, cuando seguimos caminos completamente opuestos a los Suyos, cuando nos olvidamos de orar, cuando nos falta la fe, cuando le prometemos enmendarnos y no lo hacemos, cuando lo dejamos plantado.

Dios nos ama con amor misericordioso, con amor que pone el corazón en nuestras miserias, en nuestras pequeñeces, en aquello menos digno de ser amado.

Dice el salmista:”*¡Alehuya! ¡Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna Su misericordia!*” (Sal 136,1). Y más adelante añade: “*En nuestra humillación se acordó de nosotros, porque es eterna Su misericordia.*” (Sal 136,23). Dice ‘*en nuestra humillación*’, es decir, cuando nos morimos de vergüenza, cuando hacemos algo de lo que estamos tan apenados que nos ponemos rojos hasta las orejas y queremos que la tierra nos trague, aun entonces el Señor tiene para nosotros misericordia, aunque todos nos vean feo y se burlen o aparten de nosotros, el Señor no nos olvida, no se

aleja, nos sigue amando, porque *‘es eterna Su misericordia’*.

¡Qué descanso para el alma saber que tenemos un Dios del que se puede decir no que está listo para juzgarnos y condenarnos, sino que *‘la misericordia y la fidelidad lo preceden’*...! (ver Sal 89,15).

Ello no significa que nos ‘apapache’ en nuestro pecado ni se quede tranquilo viéndonos hundidos en nuestras miserias. Justamente para rescatarnos de ellas murió Jesús en la cruz. Lo que es posible afirmar es que nunca confunde ‘pecador’ con ‘pecado’, y no nos deja de amar ni aunque pequemos. No deja de tendernos la mano, de esperar que lo dejemos librarnos de todo aquello que no nos deja vivir y gozar la libertad de ser hijos de Dios. Él no ama tu pecado, pero te ama a ti.

Celebrar la Misericordia Divina es dejarse ‘caer en blandito’ en el amor de Dios, confiar en que podemos vivir, como se dice en Misa después de rezar el Padrenuestro: ‘ayudados por Su misericordia’. ¿Cómo nos ayuda la misericordia? Nos libra de la desesperanza, nos libra de creer que nuestros pecados son demasiado grandes o imperdonables: La misericordia de Dios nos ayuda porque nos rescata, nos hace ver que todavía tenemos remedio. Solemos rechazar al que nos rechaza. Si creyéramos que Dios está enojado con nosotros y que nada de lo que hagamos cambiará eso, probablemente nos alejaríamos de Él diciendo: ‘pues si Él no quiere tener nada que ver conmigo, yo tampoco quiero tener nada que ver con Él’. En cambio, confiar en la misericordia del Señor es tener la seguridad de que en cualquier momento de tu vida y sin importar qué hayas hecho o cuánto tiempo hayas estado alejado de Él, puedes regresar a casa y lo encontrarás esperándote con los brazos abiertos.

Dice San Pablo:

*“No tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda
compadecerse de nuestras flaquezas,
pues fue probado en todo igual que nosotros,
excepto en el pecado.
Acerquémonos, por tanto, confiadamente,
al trono de gracia,
a fin de alcanzar misericordia...”*

(Heb 4, 15-16)

¿Aprovecharás hoy este regalo?

¿Tienes vida?

Si alguien te preguntara si tú tienes vida, seguramente responderías: ¡es obvio!, ¡qué pregunta más tonta! Pero hay que aclarar que no se te cuestiona si no eres difunto (¿no estarás leyendo esto desde una fosa?...) sino si tienes vida, es decir, si no vas por el mundo como muerto, si no andas por ahí desasosegado, sintiendo un hueco en tu interior, que algo te falta y no sabes bien qué...

¿A qué le llamamos tener vida?

Alguno puede decir, ‘¡esto es vida!’ mientras se tumba en su rincón favorito, armado de una bebida bien fría y un radio para oír el partido de futbol; otro puede pensarlo sentado en una playa viendo pasar muchachas en bikini; alguien más exclama esto cuando se dispone a devorar un plato de su guisado favorito. ¡Esto es vida! Pero cabría preguntarse, ¿sí de veras esto es vida?, ¿es la vida a la que se refiere Jesús?, ¿lo mejor a que podemos aspirar? ¿No será que hemos bajado bastante nuestras expectativas?, ¿que nos conformamos con muy poco? Recuerdo esa escena bíblica donde Saúl sale a buscar unas burras que se le perdieron a su papá y como no las encuentra quiere consultar a un profeta para que le diga dónde están, pero lo que el profeta le va a decir no es el paradero de las burras, sino ¡que Dios lo quiere ungir rey de su pueblo!

Igualito nos pasa nosotros: andamos buscando burras, nos conformamos con pequeñeces, siendo que Dios tiene para nosotros un destino ¡muy especial!

Jesús anuncia que Su cuerpo y Su sangre dan la vida al mundo, y cabría preguntarse a qué se refiere, pues por lo que se ve, gran parte de ese mundo está convencido de que tiene vida y una ¡muy buena!

Creemos que tener buena vida es tener mucho dinero; que no nos duela nada; que nadie se nos muera; que se nos cumplan todas nuestras ocurrencias, y si esto no sucede, lamentamos: ‘esto no es vida’.

Pero la vida de la que habla Jesús cuando dice que nos va a dar a comer Su cuerpo *‘para que el mundo tenga vida’* (Jn 6, 51) es una vida que se comienza a disfrutar ya desde ahora, y luego en plenitud en la eternidad, cuando uno entra en comunión con Él y aprende a vivirlo todo con Él y como Él: desde el amor. Entonces la vida deja de ser un caminar sin sentido, tratando de aprovechar el momento porque no se tiene una razón de ser ni un horizonte claro, y se convierte en un camino que se vive de la mano del Señor. Y ¡esto sí que es vida! Porque así se vive feliz, con la paz que el Resucitado les regala a los que son Sus discípulos; con esa alegría que Él prometió que nada nos podría arrebatar.

Tener la vida que Cristo ofrece es tener la capacidad de amar y perdonar aun a quien uno creía imperdonable; es mantener la serenidad y la esperanza aun en medio del dolor o la tragedia; es vivir lo ordinario de manera extraordinaria.

Jesús dijo: *‘Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida’* (Jn 14, 6), un Camino que se nos muestra, una Verdad que nos ilumina, una Vida que nos permite responder a la pregunta inicial con un rotundo ¡sí!, tengo Vida, y la tengo ¡en abundancia!

¿Celebrarías tu dependencia?

Muchos países suelen celebrar su ‘Independencia’. Es curioso cómo el ser ‘independiente’ se ha convertido en un valor importantísimo en nuestro tiempo. A nivel personal nos gusta pensar que nos valemos por nosotros mismos, que no ‘dependemos’ de nadie, y el que se encuentra en una situación que lo obliga a depender de otros, lamenta ser ‘una carga’.

Sin embargo, si vemos el asunto desde la fe descubrimos que Jesús nos propone una manera de vivir que va a contracorriente de esta mentalidad. En primer lugar nos hace darnos cuenta de nuestra absoluta dependencia del Padre: nos invita a ponernos cotidianamente en Sus manos, pedirle: ‘*danos hoy el pan de cada día*’ (Lc 11, 3), no el pan del mes o el del año (para no tener que volver a pedir en mucho tiempo), sino el pan diario, lo que nos mantiene siempre conscientes de que todo se lo debemos a Él y que sin Él no somos nada.

Dice el salmista al Señor: ‘*Abres tu mano y sacias de bienes a todos los vivientes; retiras tu aliento y expiran, vuelven a ser polvo...*’ (Sal 104, 28-29).

Una y otra vez estamos llamados a volver la mirada hacia Dios para solicitar Su ayuda. Y esta ayuda suele llegarnos a través de quienes nos rodean, lo cual nos fuerza a

reconocer que no somos tan independientes como creíamos, que necesitamos a los otros para todo. Piensa en esto: Jesús nos dejó un solo mandamiento: “*Que os améis unos a otros como Yo os he amado*” (Jn 15,12) lo cual significa no sólo que Jesús está pidiéndote que ames a otros, sino también que está pidiéndole a otros que te amen a ti. La pregunta es: ¿les permites tú cumplir ese mandato de amarte?

No está de más recordar que amar significa hacer un bien concreto a quien se ama.

Quizá a ti te gusta hacer el bien, hacer favores a otros, te sientes feliz ayudando a los demás, pero cuando pasas por un momento difícil, cuando necesitas de los demás eres incapaz de admitirlo, jamás pides ayuda, dices: ‘no quiero molestar, que no piensen que soy una lata, no quiero caerles gordo’. Y ahí vas, tratando inútilmente de salir adelante sin ayuda, sin permitir que otro te ame, es decir, que otro te haga un bien, tal como lo pide Jesús.

Según tú estás librando al hermano de una carga, según Jesús le estás impidiendo amar.

¿No has pensado que esa buena acción que no dejaste que hiciera esa persona por ti, quizá iba a ser la única cosa buena que ella iba a hacer en ese día? (¿o quizá en esa semana o peor aún, en el mes o el año?). Permitirle ayudarte iba a ayudarle a dejar de lado su egoísmo, descubrir el gozo de hacer algo por alguien más y aprender el valor de esa frase de Jesús que cita San Pablo: ‘*mayor felicidad hay en dar que en recibir*’ (Hch 20, 35).

Ahora bien, no se trata de volverse uno un ‘aprovechado’ que, como decimos en México, ‘se cargue a lo pariente’ y abuse de otros, no. Se trata de aprender a aceptar con humildad, gratitud e incluso alegría, la ayuda cuando ésta se necesita.

El otro día le comentaba a un amigo que en una reunión en la iglesia una señora platicó que para sentirse ‘muy independiente’, vendió su casa y su coche, se compró una ‘casa rodante’ y se fue a vivir lejos de sus cinco hijos. Pero un

día se quedó encerrada en el bañito de su trailer treinta y seis horas antes de que alguien se diera cuenta y la ayudara a salir, y desde entonces reconoció que es ridículo sentir que puede uno prescindir de los demás. Mi amigo me dijo que lo ridículo era que hubiera alguien que creyera ser independiente si es obvio que en todo dependemos de los demás: en lo que comemos, lo que vestimos, donde vivimos, etc. y que en lugar de lamentar nuestra dependencia, deberíamos apreciarla e incluso disfrutarla como un regalo de Dios.

Decía San Juan de la Cruz que al final de la vida seremos examinados en el amor. La sorpresa será que quizá esto se refiera no sólo a si supimos dar amor, sino a si supimos recibirlo...

Si no reciben, es porque piden mal...

En la Biblia se dice que si no alcanzamos lo que ambicionamos es porque *pedimos mal*. (ver Stg 3,13-4,3) ¿Qué significa esto?

Algunos podrían pensar que se nos quiere dar a entender que existe alguna ‘fórmula secreta’ que garantiza que se nos conceda lo que pedimos. Para aprovecharse de quienes piensan así, comerciantes astutos y poco escrupulosos anuncian en revistas y hasta en televisión, toda clase de ‘talismanes’ cuyas supuestas propiedades mágicas aseguran que quien los posee reciba riquezas, bienestar, poder y cuanto se le ocurra solicitar (excepto, claro, la devolución de su dinero cuando compruebe que todo es un vil fraude).

Otros que se dicen ‘creyentes’ y se precian de no confiar en ‘cuarzos’, ‘pirámides’ y demás parafernalia supersticiosa, quizá interpretan la frase del apóstol como que para obtener lo que ansían tienen que seguir al pie de la letra una cierta novena o ciertas oraciones que vienen en una estampita que la ‘comadre’ o el ‘cuate’ les recomendaron como ‘milagrosísima’. Y se pasan los días repitiendo frases pomposas que quizá ni entienden, con las manos en alto y las rodillas lastimadas, buscando hacerle ‘manita de puerquito’ a algún santo de su devoción para que les haga caso.

Quizá lo que significa eso de que *'pedimos mal'* es que solemos pedir cosas que en realidad no nos convienen. Alguien podría decir: '¿Cómo no me va a convenir? Si estoy rogando ganarme la lotería y esa 'lana' me caería ¡¡muy bien!!'. Para entender esto, conviene recordar que Jesús dijo que no debemos angustiarnos pues el Padre sabe lo que nos hace falta (ver Lc 12, 22-31). Partimos entonces de que Dios es nuestro Padre, es decir no es una 'divinidad' todopoderosa pero lejana a la que no le importamos mayor cosa, sino que es un Padre que nos ama y está pendiente de nosotros, tanto, que sabe lo que necesitamos. Ojo: Hay que hacer aquí una diferencia entre lo que nosotros creemos que necesitamos y lo que el Padre, en Su infinita sabiduría y amor paternal, sabe que requerimos:

Nuestra idea de lo que nos resulta 'indispensable' suele estar motivada por nuestro deseo de mantener un cierto bienestar material e inmediato (que no nos duela nada; que no se nos enferme o muera ningún ser querido; que no nos vaya mal económicamente...). En cambio, lo que motiva a Dios para concedernos o no algo es que Él verdaderamente conoce lo que es mejor para nosotros, pues además de que ve por encima del tiempo y el espacio (cosa que no podemos hacer nosotros, por lo cual a veces deseamos hoy algo que mañana ya ni íbamos a aprovechar), Él nos ama y busca nuestro bienestar espiritual: ve si otorgarnos algo contribuirá o no a hacernos crecer como personas; si nos ayudará a salir de nuestro egoísmo; si nos permitirá amar más; si fortalecerá nuestra fe; si nos acercará más hacia Él... Ahora bien, el hecho de que Dios nos conceda algo no trae automáticamente aparejado el que eso nos resulte bien: depende de nosotros no 'derrocharlo' -como hace notar el apóstol Santiago- sino aprovecharlo según la voluntad de Dios.

Así, resulta absurdo buscar modos de 'obligar' a Dios a concedernos lo que le exigimos o creer que porque se siguen ciertos 'ritos' se asegura que no le quede más remedio que ceder.

Nuestra petición madura como creyentes que nos sabemos hijos muy amados de un Padre que vela por lo que nos conviene, consiste en pedirle confiadamente lo que deseamos y tener la absoluta tranquilidad de saber que si nos lo concede -y lo empleamos según Su voluntad- ello será para nuestro bien, y si no nos lo concede, también.

Los ángeles ¿existen?

Los comerciantes nos han inundado de ángeles. Los hay de todos los tamaños y materiales imaginables; los encontramos en libros, adornos, ‘colgijes’ y hasta en ¡la sopa! La gente los compra, los regala. Y lo malo aquí no es la sobrepoblación angélica, sino que nos están bombardeando con información sobre los ángeles que suele estar distorsionada por uno de estos tres elementos:

La fantasía

La tele nos presenta a ‘Jonathan’ (de ‘Camino al Cielo’), un difunto ‘ascendido’ a ángel, (¡qué disparate!, los ángeles fueron creados así, no fueron humanos primero), y a ‘Mónica’, ingenua angelita (de ‘Tocado por un Ángel’) que jamás habla de Jesucristo y cuando lee la Biblia llama a Dios ‘Jehová’ (palabra que se suele usar en grupos no cristianos).

En cine vemos a Nicholas Cage como un ángel de gabardina negra, tan enamorado de una rubia que decide ¡hacerse humano! (absurdo que si fuera posible sería pésima elección: pues se perdería lo más por lo menos), y a John Travolta como un ángel vulgar y desaliñado. ¡Cuánto desatino!

La incredulidad

Algunos teólogos ‘modernos’ argumentan que como antiguamente no se concebía que un poderoso rey se rebajara a

comunicarse directamente con sus súbditos más pequeños (para eso tenía ministros y mensajeros), en la Escritura surgió la idea de que Dios también tenía toda una corte de ayudantes (ángeles) para comunicarse con los seres humanos, pero que ahora ya nadie cree que los ángeles existan, pues todos saben que Dios no necesita de nadie para comunicarse con quien quiera. Este razonamiento cae por tierra si reflexionamos que Dios no suele relacionarse ‘en directo’ con nosotros, sino a través de diversos medios, uno de los cuales es el de las personas que nos rodean: descubrimos Su amor gracias a que alguien nos ama; Su perdón gracias a que alguien nos perdona; Su ayuda gracias a que alguien nos tiende la mano...y así sucesivamente. Por lo tanto, si Él, que es Todopoderoso, no sólo no desdeña la ayuda de las criaturas humanas ni prescinde de ella sino que la anima pues nos envía a hacer el bien y nos pide que en Su nombre ayudemos a otros y oremos por ellos, es lógico pensar que tampoco desdeñe la ayuda de las criaturas espirituales; que así como elige manifestar Su amor a los seres humanos a través de otros seres humanos, también elija manifestarlo a través los ángeles; que así como nos invita a ser instrumentos Suyos para hacer sentir Su presencia amorosa en el mundo, también los invite a ellos. Dios puede enviarnos ayuda a través de criaturas corporales o espirituales. Dice el Catecismo de la Iglesia Católica: “Toda la vida de la Iglesia se beneficia de la ayuda misteriosa y poderosa de los ángeles” (CIC 334). Y recordemos que durante el Acto Penitencial en Misa pedimos: “a Santa María Virgen, a los ángeles, a los santos y a ustedes hermanos que intercedan por mí ante Dios nuestro Señor.”.

Hay católicos que aseguran no creer en los ángeles porque no los ven, pero ¿no proclamamos en el Credo que Dios creó lo visible y lo invisible? y ¿cómo podemos creer en Él aunque no lo veamos, y dudar de la existencia de los ángeles porque no los vemos? ¿No es contradictorio? Por otra parte, ¿no es tener una idea demasiado chata del poder de Dios el pensar que sólo puede crear lo que a nosotros -que tenemos

un conocimiento limitadísimo acerca del universo, la materia, la energía, etc.- nos parezca posible?

Otros recurren a la ‘etimología’ y dicen que como la palabra ‘ángel’ significa ‘mensajero’, cualquier persona que en un momento dado sea ‘mensajera’ de Dios, es decir, que lleve a otro algo de Su amor, Su paz, etc. está haciéndole de ‘ángel’ y por tanto es ya un ángel. Suena muy bonito, pero no está en concordancia con lo que enseña la Iglesia Católica, para la cual la existencia de los ángeles es un dogma de fe, que se definió desde el IV Concilio de Letrán, en el año 1059. Fijémonos además que cuando se menciona a los ángeles durante la Misa, en la Sagrada Escritura, etc. no se hace referencia a ellos como si fueran ‘buenas gentes’, sino como criaturas personales espirituales que sirven a Dios. Podemos decirle a alguien: ‘eres un ángel’, como podemos decirle: ‘eres un sol’, con la conciencia de que es una comparación, no una realidad.

El exceso

Así como hay quien no cree en los ángeles, hay quien cree ¡demasiado! En el movimiento Nueva Era o New Age se considera a los ángeles como dioses a los que se rinde toda clase de cultos. Tampoco eso es católico. Recordemos las palabras que un ángel dijo a San Juan cuando éste quiso adorarlo: *“No, cuidado: yo soy un siervo como tú...A Dios tienes que adorar.”* (Ap 22, 9).

¿Qué dice la Biblia?

Desde el Génesis hasta el Apocalipsis, los ángeles están presentes en toda la Biblia cumpliendo las tareas más diversas (guiar, rescatar, sanar, acompañar en viajes; impedir algún mal, anunciar algo; aparecer en sueños; consolar; alabar a Dios...). ¿Cómo se debe interpretar la presencia de los ángeles en los relatos bíblicos? ¿Como fantasía?, ¿como mera imagen literaria?, ¿como símbolo? o ¿como realidad?

¿Qué dice la Iglesia?

Para aclarar las cosas y acabar con malentendidos, nada como acudir a la sabiduría de nuestra Madre y Maestra. El Catecismo de la Iglesia afirma que la existencia de los ángeles, “seres espirituales, no corporales, es una verdad de fe” (CIC 328); que “pertenecen a Cristo porque fueron creados *por y para Él*” (CIC 331), y que como “criaturas puramente espirituales, tienen inteligencia y voluntad; son criaturas personales e inmortales, y superan en perfección a todas las criaturas visibles (ver Col 1,16)” (CIC 331). La Iglesia celebra a san Miguel, san Gabriel y san Rafael, Arcángeles, y también a los santos Ángeles Custodios. Respecto a estos últimos, el Catecismo de la Iglesia Católica afirma: “Cada fiel tiene a su lado un ángel como protector y pastor para conducirlo a la vida” (CIC 336). Jesús los menciona en Mt 18, 10;

En consecuencia: Creer en los ángeles no sólo nos hace vivir en concordancia con lo que enseña nuestra Iglesia Católica, sino que enriquece enormemente nuestra vida espiritual pues amplía el horizonte de seres a los que podemos solicitar ayuda para nosotros y para los demás. Alguien puede decir: ‘yo le pido ayuda directamente a Dios y basta’. A lo que cabría responder , que creer en los ángeles no significa dejar de pedir las cosas directamente a Dios para pedírselas a los ángeles (recordemos que ellos, al igual que nosotros, son simplemente criaturas), sabemos que sólo Dios es Todopoderoso. Lo que sucede es que así como pedimos a Dios que Su ayuda se manifieste a través de las personas (“que mi hijo encuentre un buen amigo en su escuela para que no ande en malas compañías”; “mándame alguien que me eche la mano en esta chamba”), así también podemos solicitarle que nos mande ángeles que nos conforten y nos cuiden (“Señor, mi hija va a regresar muy tarde, que tus ángeles la protejan”; “mi nieto está en el hospital, que tus ángeles rodeen su camita y lo hagan sentir Tu paz”). No recuerdo qué santo recomendaba que cuando nos preocupa una persona (por su situación emocional,

espiritual, de salud, o porque tenemos dificultades con ella) le pidamos a su Ángel de la Guarda que ore y vele por ella. Que así como nos encomendamos a las oraciones de otras personas, igual solicitemos las oraciones de los ángeles.

Como se ve, creer en la existencia de los ángeles no es algo primitivo o del pasado, ni tampoco es una especie de nueva religión. El creer en los ángeles -situándolos en su justa dimensión de criaturas- es percibir que estamos rodeados del amor infinito de Dios que se manifiesta en todo cuanto ha creado, lo que vemos y lo que todavía no vemos.

Celebremos pues la existencia de estos extraordinarios amigos, encomendémonos a su protección y junto con ellos alabemos y demos gracias a Dios por haberlos creado para gloria suya y beneficio nuestro.

¿Dichoso el que teme al Señor?

El Salmo 128 hace una afirmación que suele malinterpretarse:

“Dichoso el que teme al Señor” (Sal 128, 1)

Pregunté a algunas personas qué entendían por eso de ‘*temer al Señor*’. Una viejita contestó: “¡uy, que hay que tenerle muuuucho respetito a Dios porque lo ve todo y si haces algo malo ¡verás cómo te va!”; un padre de familia respondió: “que Dios tiene la sartén por el mango y puede hacerte lo que quiera, así que si le tienes miedo y te portas bien, serás dichoso”; un niño dijo: “que Dios nos asusta, porque no lo puedes ver pero Él a ti sí!”

Esas respuestas demuestran dos cosas:

1. Que muchos creyentes tienen una idea no sólo equivocada, sino muy injusta, acerca de Dios

Tienen grabada esa imagen con que a veces representan a Dios en algunas pinturas y murales: un triángulo con un gran ojo adentro, al que no se le va ¡una! Se sienten siempre

observados por Él, y eso los hace sentirse incómodos, como si estuvieran bajo el permanente escrutinio de un director de escuela que está esperando encontrar la menor manchita para poner tache, para aplicar un castigo.

Urge cambiar esa manera de percibir a Dios. Es verdad que todo lo ve, pero lo ve con mirada misericordiosa, dispuesto siempre a comprender, a perdonar, a tender la mano. Saberte mirado por Él no es algo que deba hacerte sentir mal, sino al contrario, gozar sabiéndote cuidado, atendido, por un Padre amoroso que está tan pendiente de ti como para contar los cabellos de tu cabeza (ver Lc 12,7).

2. Que equivocadamente se confunde ‘temor de Dios’ con ‘miedo a Dios’

Temor de Dios no significa tenerle ‘miedo’ a Dios. Para entender esto valga este ejemplo: Cuando una mamá primeriza se dispone a darle su primer baño a su hijo recién nacido, tiene temor de que se le resbale, temor de dejarlo caer, de que le entre jabón en los ojitos, de que trague agua, de que se enfríe, en fin, temor de hacerle daño. ¿Le tiene ‘miedo’ a su bebido? ¡Claro que no! Pero siente temor de hacer cualquier cosa que pueda afectarlo. Pues bien, el temor de Dios es algo así. Es sentir tal respeto reverente hacia un Dios que es todo amor, que nos ha dado tanto, que nos ha colmado de tantas gracias y ternura, que tememos hacer algo que pueda herirlo, lastimarlo, hacerlo sentir no amado, no correspondido por nosotros.

El ‘temor de Dios’ es uno de los dones del Espíritu Santo, y nos ayuda a alejarnos del pecado porque nos hace temer afectar nuestra relación con Dios.

Decía San Ignacio de Loyola que la mayor perfección espiritual se alcanza cuando no sólo preferimos morir antes que cometer un pecado mortal, sino incluso venial, es decir, que salimos del círculo vicioso de ‘peco hoy al fin que me confieso mañana’ y ya no queremos consentir en algo que va

en contra de lo que el Señor espera de nosotros. Es como en un matrimonio: si el marido dice: “le hago esta ‘trastada’ a mi mujer, al fin que luego me perdona”, es posible que sí, la mujer lo perdone, pero a la larga las ‘trastadas’ acumuladas irán dando al traste (vágase la redundancia) con la relación. En cambio si dice: ‘¿cómo le voy a hacer esta ‘trastada’ a mi chatita, si nos queremos tanto?’, el temor de lastimar a su mujer lo mantiene en el buen camino. Se comprende así que si tienes ‘temor de Dios’ (es decir, temor a defraudar las esperanzas que Él tiene puestas en ti; temor a no corresponder a Su infinito amor), vives entonces buscando cumplir la voluntad de Aquel que te creó y conoce lo que es mejor para ti, por lo cual puedes tener la seguridad de que sigues el mejor camino, el único que puede llevarte a la paz, a la plenitud, a una dicha que no tendrá final.

Carta a Juan Pablo II

(En el 25° aniversario de su Pontificado)

Querido Juan Pablo II:

Han pasado veinticinco años desde aquella mañana en que casi llegas tarde a ese Cónclave en el que tenías una cita con el Espíritu Santo para que te eligieran Papa. Venías -típico tuyo- de una excursión para visitar un santuario mariano. Se te descompuso el automóvil y un camionero te llevó (que seguro después platicaba: “¡le di ‘aventón’ al Papa!”).

Cinco lustros desde que te asomaste al balcón en San Pedro y solicitaste nuestra ayuda, pero ¡fuiste tú quien nos la dio! Surge por eso este agradecimiento: por lo que recibimos y aprendimos de ti en estas dos décadas y media:

Gracias por aquel primer discurso en el que nos invitaste a no temer y a abrir el corazón a Jesús. En este tiempo en que nos paraliza el miedo y la violencia; en el que no tenemos seguro el empleo, ni el alimento, ni la casa ni el mañana, tus palabras de aliento nos han ayudado a salir adelante.

Gracias por tomarte en serio el Evangelio del buen pastor que va a buscar a la oveja perdida, Papa viajero, misionero, dispuesto siempre a llevar hasta el último rincón del mundo un mensaje de amor, de paz, de reconciliación, sin permitir que te detenga ni el mal tiempo ni la mala salud ni la

mala voluntad de los que amenazaron con atentar contra tu vida.

Gracias por tu coherencia, cuando al salir del hospital, luego de aquel balazo, visitaste a tu agresor en la cárcel para otorgarle tu perdón.

Gracias por darnos lección de paciencia al verte en tus viajes sentado bajo un sol inclemente o a merced de un ventarrón o en medio de una nevada, sin perder la buena disposición que te caracteriza, sin quejarte jamás de las interminables y a veces engorrosas ceremonias que preparamos en tu honor.

Gracias porque en tus recorridos te preocupas más por los otros que por ti, preguntas: ‘¿y estas personas tienen dónde dormir?, ¿algo para comer?’ cuando ves las multitudes de fieles que han querido pasar la noche en vela, a la intemperie, con tal de poder verte aunque sea unos segundos.

Gracias porque a dondequiera que vas tienes palabras de gratitud para aquellos que a otros suelen pasarles desapercibidos: quienes arreglan tu cuarto, cocinan, limpian, manejan, atienden los pequeños grandes detalles que hacen más fácil tu visita.

Gracias porque te has atrevido a pedir perdón por pecados que tú no has cometido, pero que a lo largo de siglos han lastimado la Iglesia que presides: ningún otro líder dio tal lección de humildad.

Gracias por las horas robadas a tu descanso escribiendo miles de páginas que nos han enriquecido fortaleciendo nuestra vida de fe y nuestro amor por la Palabra.

Gracias porque a pesar de ser el hombre que más personas han ido a ver en el planeta, nunca has cedido a la tentación de la popularidad; has osado ir a contracorriente, y cada vez que ha hecho falta has levantado tu voz de profeta para denunciar las injusticias; para protestar contra las guerras; para defender la vida y la dignidad de todas las personas, desde su concepción hasta su muerte.

Gracias porque a pesar de tu salud mermada y las piadosas sugerencias de que ya te retires, sigues adelante,

cuerpo frágil y voluntad de acero, entregando la vida por nosotros.

Gracias porque eres octogenario pero conservas intacto el corazón de niño, la alegría de existir y la capacidad de asombro.

Gracias porque no te da pena que te veamos enfermo y asistido, nos das ejemplo de dignidad y fortaleza y eres consuelo y esperanza para tantos que viven como tú la ancianidad y el dolor. Es verdad que el Señor es tu luz y salvación y nada temes.

Gracias por esa bendición como un abrazo grande que nos diste desde la escalinata del avión, y por quedarte con nosotros aunque te hayas marchado. Sabemos que seguirás aquí, aun cuando un día despiertes acurrucado en las manos amorosas del Padre, con tu cabeza en el regazo de María y contemplando a Jesús, bajo la luz sin ocaso del Espíritu Santo.

Gracias porque confiamos en que aun entonces no nos olvidarás y seguirás como siempre pidiendo a la Guadalupana que ruegue a Dios por nosotros, tus bienamados mexicanos.

Misión y oración

¿Qué viene a tu mente cuando escuchas hablar de ‘misiones’ y ‘misioneros’? Quizá una escena de película: una monjita o un señor -de barbitas, sombrero blanco y bermudas- enseñando catecismo a un grupo de niños africanos que escuchan fascinados. La realidad no es tan romántica. Hoy en día hay países en Asia en los que ser católico y promover la fe en Jesucristo es un delito que se paga con la vida. No hace mucho tiempo salió libre un obispo jesuita que pasó ¡treinta años! preso en una cárcel china -en una celda inundada diez centímetros-por rehusarse a renegar de su fe católica.

No es nada fácil la vida de los misioneros.

Ahí tenemos el caso de la madre Teresa de Calcuta: para poder instalar su orden y las casas para atender a los más pobres entre los pobres, enfrentó muchísimas dificultades: falta de recursos económicos, desconfianza de los lugareños (o franca oposición a tener en el vecindario una casa llena de lo que ellos consideraban seres indeseables); trabas del gobierno; trámites engorrosísimos; incomprensión de sus propias gentes; nostalgia de su patria, en fin, que esta monjita pequeña y aparentemente frágil necesitó una voluntad de acero para vencer tantos obstáculos. Uno podría preguntarse: ¿qué la impulsaba a hacer esto? más aún, ¿qué la sostenía? La respuesta a ambas preguntas es la misma: el amor de Dios. Teresa de Calcuta estaba llena del amor de Dios y se le notaba.

El otro día pedí a varias personas que me dijeran qué era lo que más les llamó la atención de esta monjita extraordinaria. Dieron amplias respuestas, pero el elemento común en todas ellas era: su mirada luminosa y su sonrisa cálida.

Alguien le preguntó a ella que por qué sonreía siempre si encontraba a cada paso personas en el último grado de la miseria, la enfermedad, el abandono, algo verdaderamente entristecedor. Y ella respondió: ‘quiero comunicarles sin palabras que Dios los ama, quiero que se sientan amados por Dios y eso no se logra con caras largas y ceños fruncidos’.

¿De dónde obtenía ella esta sonrisa, esta certeza del amor de Dios? De la cercanía con Él. La madre Teresa de Calcuta pasaba largos ratos en oración y exigía que sus religiosas hicieran lo mismo. Estaba consciente de que el trabajo con los más pobres es muy desgastante, y es indispensable acudir a Dios para recuperar energías y seguir adelante.

Sólo el trato continuo con Aquél que es el Amor, lo llena a uno del amor suficiente para dar a los demás.

De otro modo pronto se agota, se desanima, se rinde. Ella contaba que en un principio hacían una hora de oración ante el Santísimo una vez a la semana, pero que cuando empezaron a hacerla diaria, sintieron cómo su vida espiritual se enriqueció increíblemente y su extenuante labor se hizo mucho más llevadera.

Jesús dio ejemplo de esto. Con frecuencia los discípulos se daban cuenta de que Él se había levantado temprano, cuando todavía estaba oscuro, para irse a orar (ver Mc 1,35). De la oración obtenía la fuerza para enfrentar esas agotadoras jornadas rodeado de multitudes que requerían tanto de Él.

No sólo la oración propia sostiene a un misionero. También la oración que otros hacen por él. Consideremos esto: Santa Teresita del Niño Jesús es la santa patrona de los

misioneros, y ¡nunca salió de su convento! ¿Qué hizo para merecer semejante título? Orar. Orar siempre por ellos.

Cuando murió Teresa de Calcuta nos sentimos todos un poco huérfanos, el mundo se quedó triste sin la reconfortante presencia de esta mujer que nos recordaba continuamente el amor de Dios. ¿Queremos que haya más personas como ella? Oremos. Por nosotros mismos, para tener la fuerza de realizar la misión que Dios nos encomiende, y por esos hombres y mujeres que, como ella, dan la vida con tal de llevar el mensaje del Evangelio a los rincones más apartados y en condiciones muy difíciles.

Dice el teólogo norteamericano Peter Kreeft que si nos diéramos cuenta de cómo aun la más pequeña de nuestras oraciones hace una gran diferencia en la vida de aquéllos por quienes oramos, nos la pasaríamos de rodillas, rezando.

Te invito a que tomes un momento ahora mismo para orar. Pide a Dios por todos aquellos que, como Teresa de Calcuta, decidieron entregarlo todo para ir por el mundo llevando a otros la luz, la esperanza y el consuelo de descubrir el amor inagotable del Señor.

Riquezas que empobrecen y viceversa...

Cuando leemos el Evangelio en el que un hombre rico le pregunta a Jesús cómo puede alcanzar la vida eterna y le parece demasiado fácil la primera respuesta que recibe, y demasiado difícil la segunda, porque exige renunciaciones (ver Mc 10,17-30) y lo vemos marcharse entristecido porque tiene muchos bienes, como que nos entra cierta desesperación, quisiéramos gritarle: ‘¡hey, detente, no seas tonto, no te vayas así!, ¡no estés triste por lo que dejas, piensa en lo que obtendrás!’, pero no hay tiempo; él da vuelta a la esquina y nosotros a la página. Nos quedamos frustrados, asumimos que se fue para no volver. Pero hay una pequeñita frase que San Marcos deja caer por ahí, que nos da la pauta para pensar que muy posiblemente la historia tuvo un final distinto al que solemos adjudicarle. Nos dice San Marcos que “*Jesús lo miró con amor*”. ¡Esta sí que es una redundancia! Aquel que es El Amor (así con mayúsculas) siempre mira con amor. Decir que *miró con amor* es advertir en Él un amor tan especial en Su mirada, una especie de ‘concentrado’ de amor, que necesariamente habrá llegado al fondo del corazón de este hombre. Semejante mirada de amor de Jesús es, sin duda,

irresistible. Recordemos lo que dijo el profeta: “*Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir*” (Jer 20,7). ¿Por qué lo mira así Jesús? Quizá no sólo porque lo conmueve la ilusión que tiene de alcanzar la vida eterna, o porque le entenece oírle decir que desde joven se ha afanado en cumplir los mandamientos, o porque ve en él potencial para ser un gran discípulo; me gusta pensar que Jesús le administra esta ‘dosis extra’ de Su amor para hacer contrapeso en un corazón que se ha llenado de bienes materiales, de posesiones, de cosas que según su dueño lo hacen rico, pero que en realidad lo vuelven cada vez más pobre...

Jesús, que ha dicho que de nada le sirve a alguien ganar el mundo si se pierde a sí mismo (ver Lc 9,25) quiere rescatar a este hombre cuyas riquezas le han empobrecido el alma, y lo prepara para lo que le ha pedido (decía San Agustín: ‘dame lo que me pides y pídemelo lo que quieras’). Sabe que nadie quiere renunciar a algo si no obtiene un mayor beneficio, y por eso le ofrece en abundancia lo mejor: Su amor, Su amistad, Su invitación a seguirlo. Le da algo para recordar cuando llegue a casa y su intención empiece a flaquear; algo imborrable a lo cual pueda aferrarse cuando comience a dolerle el irse separando de todas esas cosas superfluas que hacían muy cómoda su existencia y que habían comenzado a volvérselo indispensables: le da una mirada amorosa que se le quede grabada en el alma y la ilumine por encima del relumbrón de todas sus riquezas, y le haga comprender que son puro oropel.

Jesús comenta con Sus discípulos: “*¡Qué difícil les va a ser a los ricos entrar en el Reino de Dios!*” (Mc 10,23), no porque a Él no le gusten los ricos y esté, como algunos quieren creer, pensando en cerrarles las puertas del cielo en las narices, sino porque el Reino de Dios es el reinado del amor, de la donación, de la entrega, es el reinado total de Dios en cada corazón, y hay ‘ricos’ a los que les cuesta muchísimo trabajo renunciar a su egoísmo, a su ambición, a su avaricia (que, como dice San Pablo es una forma de idolatría, -ver Col 3,5-). Y ojo, no se trata de decir: ‘pobres los millonarios, ya los amolaron’. Los ricos de los que se habla aquí no

necesariamente tienen una abultada cuenta en el banco; Jesús llama ‘rico’ a todo aquel que “*atesora riquezas para sí y no se enriquece en orden a Dios*” (Lc 12,21); a todo aquel que se siente saciado (ver Lc 6,24); a todo aquel que cree que por sí mismo puede salir adelante, prescindiendo de Dios (ver Lc 12,15-20).

Jesús ha dicho que la seducción de las riquezas puede ahogar la semilla del Reino (ver Lc 8,14), pero no olvidemos que esta semilla es siempre fértil y eficaz, más resistente de lo que creemos, y sabe penetrar y dar fruto sin que sepamos cómo. Así que no nos desanimemos al ver a este hombre rico marcharse apesadumbrado; es natural que por ahora lo asuste tener que deshacerse de sus seguridades -acostumbrado como está a depender de ellas, aunque sean falsas-. Aguardemos un poco. Seguramente lo veremos volver, gozoso, luego de permitir que una inolvidable mirada de su Señor desaloje de su corazón todo el lastre y lo aligere llenándolo a tope con el único bien que no sólo no se agota sino que sin cesar se multiplica y nunca defrauda a quien en él confía: el infinito amor de Dios.

Y la muerte, una ganancia...

El otro día en una reunión, alguien comentó: “se murió fulano, pobre”. Y otra persona -que por cierto padecía cáncer en fase terminal- preguntó: “¿por qué pobre?”. Se hizo un silencio y cada uno de los que estábamos ahí pensamos que, efectivamente, no hay razón para compadecer a quien se muere. Platicamos al respecto y concluimos que ese tipo de expresiones muestran fuerte influencia de una mentalidad atea muy generalizada en nuestro tiempo que ve la muerte como un final rotundo, un corte sin esperanza, un hoyo negro al que se entra para nunca más salir. Desde el punto de vista de quien no tiene fe, el que muere se ve como un niño al que su papá fue a sacar demasiado pronto de la fiesta, mientras que el creyente cristiano considera que el que muere más bien ¡entra a la fiesta! (aunque sea antes de lo que esperaba), y eso no debería ser motivo de pena sino de alegría. Pensemos en los jóvenes que esperan afuera de una ‘disco’ el momento de entrar. No se les ocurre compadecer a los que van entrando (‘pobres, ya van a poder empezar a bailar desde ahorita...’). Los que hacen fila para entrar a un espectáculo no sienten la menor lástima por los que entran primero, al contrario, envidian que obtendrán los mejores lugares. Pues bien, morir es entrar a algo infinitamente mejor que lo mejor que

pudiéramos imaginar en este mundo. Es hora de dejar de creer que a los que mueren se les acaba la diversión e ingresan a las filas de esos ‘tocadores de arpa celestiales’ que flotan entre nubes y angelitos, según los suelen pintar en algunas ilustraciones (¡qué aburrición!, ¿quién querría pasar la eternidad tocando el arpa? ¡ni Nicanor Zabaleta!). La muerte no es eso, no es el fin del gozo ni el principio del tedio, ¡todo lo contrario! Para los primeros cristianos la muerte era considerada el verdadero nacimiento de una persona, el momento feliz en que salía de este mundo con toda su carga de sufrimientos y dificultades y comenzaba a disfrutar la vida eterna en compañía de Dios (por eso se conmemora a los santos el día de su muerte, no de su cumpleaños).

Dice San Pablo:

“Hermanos, no queremos que estéis en la ignorancia respecto de los muertos, para que no os entristezcáis como los demás, que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y que resucitó, de la misma manera Dios llevará consigo a quienes murieron en Jesús....

...Y así estaremos siempre con el Señor. Consolaos, pues, mutuamente con estas palabras....”

(1Tes 4,13-15a.18).

El saber que nuestros difuntos queridos ya están gozando del mayor bien que puede existir, hace más llevadera su ausencia; es como si alguien a quien quieres mucho se ganara de premio un viaje fabuloso a un lugar al que siempre había tenido ilusión de ir, sin duda lo extrañarías mientras estuviera fuera, pero te consolaría imaginarlo feliz, viviendo fascinado esa experiencia que tanto anhelaba. Y la gran diferencia aquí es que ese viajero probablemente no estaría en permanente comunicación contigo, pero con tu querido difunto puedes mantener una comunicación espiritual constante a través del Señor: él intercede por ti y tú puedes seguir orando por él. Es la ‘comunidad de los santos’, que nos hace sentir que la muerte no es ausencia, sino diferencia de presencia: unos

viven en el cielo (invisibles para nosotros), otros vivimos en la tierra, todos unidos en el Señor.

Cabe insistir en que esta comunicación es a través del Señor: pretender ‘saltarlo’ y entrar ‘en contacto’ con un difunto a través de una ‘medium’ o mediante el uso de una ‘ouija’ es considerado por la Iglesia un grave pecado, porque el que responde ese llamado no es el difuntito sino el maligno, y no es juego abrirle la puerta al mal pues ¡siempre acepta la invitación a entrar!

Por último vale la pena comentar que aunque la muerte es, como dice San Pablo, ‘*una ganancia*’ (Flp 1,21), no nos toca a nosotros adelantar el momento, y también, que no hay muertes demasiado tardías o demasiado tempranas, y que toda muerte llega en el momento preciso en el que el Señor, Sabio Viñador, considera que ese particular fruto está ya maduro para caer en Sus manos amorosas...

Una fiesta de ¡17 siglos!

Cada año la Iglesia celebra la Dedicación de la Basílica de Letrán. Y antes de que alguien piense que esto se refiere a la inauguración de algún templo situado en el Eje Central Lázaro Cárdenas (antes conocido como San Juan de Letrán) en la ciudad de México, hay que aclarar que no es así.

Dicha fiesta es una celebración mundial, aunque también tiene mucho que ver con tu iglesia local, ¿sabes por qué? porque se celebra el cumpleaños de la tátara-tátara-tátara-tátara-tátara-tatarabuela de esa iglesia a la que acudes a Misa. Ni te lo imaginabas, ¿verdad? ¿Quieres averiguar de qué se trata todo esto? Verás:

Como seguramente sabes, en los primeros tiempos del cristianismo, los cristianos eran perseguidos por las autoridades romanas, pues los consideraban antropófagos (porque se oía decir que comían el cuerpo y la sangre de ‘un tal Jesús’); creían que cometían incestos (pues todos ellos decían ser ‘hermanos’) y se burlaban de ellos porque afirmaban que su líder había resucitado de entre los muertos. Por todo ello, los primeros cristianos tenían que reunirse a leer la Palabra y a compartir la Eucaristía en sus propias casas o en lugares ocultos, porque si sus perseguidores los encontraban, los llevaban al circo romano, pero no creas que a ver la función, sino a ¡darla! condenados a morir atacados por leones,

por toros salvajes, quemados en hogueras, etc. Así fue durante ¡siglos! hasta que en el año 313 el emperador romano Constantino se volvió cristiano y cesó la persecución. Así, de buenas a primeras, miles de personas se volvieron cristianas (desafortunadamente no todas por convicción, como sucedía cuando ser cristiano exigía verdadero heroísmo, sino en muchos casos por ‘lambiscones’, para quedar bien con el emperador...).

El enorme número de creyentes hacía necesario tener un lugar especial donde poder reunirse a celebrar la Cena del Señor. Los arquitectos tenían que ingeniárselas para diseñar algo nuevo. Conocían los templos paganos, conocían las sinagogas judías, y podían tomar ideas de unos y otras, pero había que proponer un edificio específicamente pensado para cubrir las necesidades de una comunidad cristiana. ¿Te imaginas el reto que esto implicaba? Había que crear una obra hermosa, que elevara el espíritu de los fieles; que fuera suficientemente grande para que cupieran multitudes, pero no tanto que resultara un ‘elefante blanco’ pues debía ser muy funcional ya que en ella se llevarían a cabo todas las celebraciones cristianas. Surgieron así las Basílicas (que viene de ‘basileus’: que significa rey), una de las cuales es la de Letrán en Roma, dedicada a San Juan Bautista y a San Juan Apóstol y Evangelista (de ahí el nombre de: Basílica de San Juan de Letrán), que es la más antigua que se conserva prácticamente intacta. Construida en forma de cruz, techos muy altos y ventanas abiertas hacia el cielo, cuenta con una larga nave central que culmina en un hermoso presbiterio en cuyo centro está el altar.

¡Qué impresión habrán tenido los cristianos que entraron por primera vez y miraban a todos lados como no creyendo que fuera posible que pudieran celebrar su fe a plena luz del día, en un lugar tan amplio, tan luminoso, tan bello, tan adecuado para dar gloria a su Señor! ¡Qué emoción habrán sentido, qué nudo en la garganta!

La Iglesia nos invita a recordar ese momento.

Así que cuando que vayas a Misa date cuenta de que tu pequeña capillita o parroquia no es un simple edificio que algún arquitecto se ‘sacó de la manga’, sino que la manera como está distribuida (un pasillo central que lleva hacia el altar) y lo que hay en su interior (el Sagrario, la cruz, el altar, el ambón, etc.) tiene una razón de ser y está ahí según un diseño muy especial con una larguísima historia, pues nos llega a nosotros católicos desde los orígenes del cristianismo.

Siéntete espiritualmente unido a esos primeros creyentes y da gracias por tener un lugar tan especial en el que puedes reunirte con otros hermanos en torno a la mesa del Señor, a recibir a manos llenas los dones que, desde los tiempos más remotos, Él continúa repartiendo entre nosotros.

La otra ‘revolución’...

Cuando en México se conmemora la Revolución Mexicana hay discursos, se recuerda a los héroes, se llevan a cabo desfiles y los diarios entrevistan a algún viejítito de los que participaron en ella; fuera de esto sólo los libros y los políticos la mencionan, no la gente común en su vida de todos los días, porque a ésta como a muchas otras revoluciones, por importante que haya sido o por muchos logros que haya conseguido, finalmente se le considera un evento del pasado.

Pensar en este tema nos hace recordar que en la vida espiritual también tenemos nuestra ‘revolución’. Y como toda revolución que se respete, ésta también busca cambiar el orden de las cosas, terminar con la opresión, luchar para que todas las personas vivan mejor. La gran diferencia es que esta revolución no es armada, no pertenece al pasado y no hay ‘veteranos retirados’, pues quienes participan en ella tienen que seguir luchando hasta el día en que se mueran. ¿De qué revolución se trata? De una que revoluciona la manera como ves y como reaccionas ante los acontecimientos; de una que destruye todas tus ataduras y te libera de toda tiranía; de una que te rescata de la esclavitud y te devuelve tu verdadera dignidad; de una revolución llamada: ‘conversión’.

San Marcos cuenta que lo primero que hizo Jesús cuando empezó a predicar fue pedirle a Sus oyentes: ‘*conviértanse*’ (Mc 1, 15).

¿Qué es la conversión? La palabra viene del griego ‘*metanoia*’ que significa ‘cambio de rumbo, cambio de mentalidad’. Esto quiere decir que Jesús nos invita a no cerrar la mente, a no casarnos con nuestros prejuicios, a no instalarnos en una manera de ser o de reaccionar (jamás acostumbrarnos a ser rencorosos, mentirosos, injustos, prepotentes...). Él quiere que no dejemos que nos encadene el pecado ni nos gobierne el mal, sino que vivamos como lo que somos: hijos de Dios, amados y libres, y para ello nos llama a ‘convertirnos’, es decir a estar dispuestos a ver las cosas de otra manera, la Suya: una manera iluminada por el amor, la verdad, la paz, el perdón, la justicia, la humildad.

Algunas personas creen que la conversión ocurre una sola vez en la vida, cuando alguien que se había alejado de Dios se arrepiente y restablece su relación con Él, pero esto no sólo es así. La conversión debe suceder todos los días, incluso en repetidas ocasiones a lo largo de un día. ¿Qué significa esto? Que la conversión se da cada vez que prefieres los caminos de Dios a los tuyos propios, cada vez que eliges algo tomando en cuenta la voluntad de Dios y no tu propio egoísmo. Un ejemplo: te reúnes con tus amigas y sabes un chisme tremendo de una que no asistió a la reunión. Tienes la posibilidad de contarle y ser el centro de atracción -y ‘darle en la torre’ a la reputación de la ausente- o puedes callarte porque sabes que Dios no aprobaría que difames a alguien. Elegir no decir nada ¡es conversión!, es cambiar de manera de ser y reaccionar cristianamente. Otro ejemplo: tienes una tarde libre: puedes pasarla emborrachándote con tus amigos o conviviendo sanamente con tu familia. Decidir no tirar el dinero en vicios y usar el tiempo para acercarte a tus seres queridos ¡es conversión! ¿Te das cuenta? La posibilidad de conversión está siempre ahí, a cada vuelta del camino, en cada instante de la vida. Convertirse es preguntarse: ‘esto que voy a hacer, ¿me acerca más a Dios? Si sigo como voy, ¿estoy

caminando hacia Dios o en dirección contraria?’ Si la respuesta es: en dirección contraria, hay que meter ¡freno y reversa! Eso es conversión.

Jesús dijo:

*“habrá más alegría en el cielo
por un solo pecador que se convierta
que por noventa y nueve justos
que no tengan necesidad de conversión”*

(Lc 15,7).

Cada vez que te conviertes, es decir, cada vez que eliges dejarte conducir por Dios en tu vida, no sólo estás tomando la mejor decisión (ya que como Él te creó, sólo Él sabe lo que es mejor para ti), sino que estás dándole un verdadero alegrón. ¡Sí! en este mismo instante puedes hacer que se organice ¡toda una fiesta! en el cielo por ti.

Shhh...escucha...¿no oyes cómo afinan las arpas?...

¿Los reyes o el Rey?

Cuando celebramos la Solemnidad de ‘Nuestro Señor Jesucristo, Rey del universo’, alguno podría pensar que semejante título significa que Jesucristo reina en el espacio, que es Rey de los marcianos, venusinos, jupiterianos y cuantos extraterrestres puedan andar revoloteando por el cosmos. Sin negar que Jesucristo reina sobre toda la Creación, cabe comentar que por ahora no estás invitado a lanzar la mirada al espacio exterior, sino más bien al interior, para reflexionar en esto:

Cuando Jesús admite que es Rey, inmediatamente añade que Su Reino no es de este mundo (ver Jn 18,36;). Como decimos ahora: ‘pinta su raya’, se deslinda por completo de lo que solemos entender por ‘reino’. ¿Por qué? porque quiere hacernos ver que Él no es para nada como esos monarcas que son tiranos y someten a sus súbditos, exigiéndoles demasiado. Y esto no sólo se refiere a reyes de carne y hueso, sino a esos otros reyes que quizá hemos coronado nosotros mismos en nuestra propia casa aunque nos avasallan. Consideremos cómo el rey ‘dinero’ nos obliga a deseirlo cada vez más, nos enemista con los hermanos, nos lleva a cometer toda clase de tropelías por conseguirlo; bien lo dice San Pablo: “*la raíz de todos los males es el afán de dinero*” (1Tm 6,10); el rey ‘poder’ nos enloquece haciendo que nos creamos superiores a todos, hasta dejarnos

completamente solos y aislados; el rey ‘vicio’ nos embrutece y violenta, nos vuelve esclavos, nos lastima a nosotros y a quienes nos rodean y al final nos deja terriblemente vacíos y desamparados; el rey ‘belleza física’ nos fuerza a gastar y gastar en cosméticos, en gimnasios y operaciones, en una inútil y ridícula carrera contra el tiempo; el rey ‘televisión’ se apodera de nuestro ambiente familiar hasta romper toda comunicación y convertirnos en estatuas que pasan horas mirándola sin hablar ni pensar; el rey ‘lujuria’ nos hace vernos y ver a los demás como meros instrumentos de placer pasajero; el rey ‘consumismo’ nos convence de que necesitamos siempre algo más y nunca nos deja estar conformes con lo que tenemos; el rey ‘pereza’ nos seduce a seguir sólo el camino más fácil, a huir de cualquier esfuerzo, a desaprovechar nuestros dones. En fin, basten estos ejemplos para comprender por qué el Señor -que murió por nosotros para darnos la vida- no quiere tener nada que ver con estos otros ‘señores’ que sólo nos hacen vegetar en lo que el Papa llama ‘la cultura de la muerte.’

La Iglesia nos invita a celebrar que Jesucristo es nuestro Rey para que nos demos cuenta de que es hora de destronar a todos esos reyezuelos a los que les hemos permitido gobernarnos demasiado tiempo (recordemos que Él afirmó enfáticamente que no podemos servir a dos señores -ver Lc 16,1-). Es hora de preferirlo a Él por encima de todo, hora de reconocer que Su Reino es el único que vale la pena pues en él reina la misericordia de un Rey que sólo sabe amar, confiar, perdonar, esperar lo mejor de cada uno; un Rey para quien nadie llega demasiado tarde y que nunca prohíbe a nadie la entrada; un Rey para quien no sólo cuenta la acción sino también la intención (y por eso nunca le parece demasiado insignificante nuestra más pequeña obra buena); un Rey para quien tú eres lo más importante del mundo y por eso se desvive por conquistarte e invitarte a unirse a Él por los siglos de los siglos.

Jesús nos enseñó a orar para pedir que Su Reino se establezca entre nosotros (ver Mt 6,10), lo cual no significa

que sólo lo pidamos como quien le escribe a Santa Claus, sino que nos comprometamos a construirlo en nuestra vida. ¿Cómo? Con los materiales de que está hecho el Reino y que el propio Rey ha puesto a nuestro alcance: el amor; la verdad; la paz; la justicia; el perdón; la tolerancia; la comprensión...

Estableces el Reino en este mundo y permites que el Señor sea de veras tu Rey cada vez que consigues que estos materiales sean la materia prima de pensamientos, palabras y acciones con los que edificas (en el amplio sentido de la palabra) a tu familia, a tus amigos, a tu comunidad.

Pregúntate: ‘¿Quieres servir a los reyecitos o al Rey?’; ‘¿a dónde te llevará tu elección?’ y sobre todo: ‘¿cuál será y cuánto durará tu recompensa?’...

¡Feliz año nuevo!

¿Sabías que la Iglesia celebra el año nuevo antes del 31 de diciembre? Cuatro domingos antes de Navidad la Iglesia celebra el comienzo de un nuevo ‘año litúrgico’.

¿Qué es eso de ‘año litúrgico’? El término se refiere a la ‘liturgia’ que se celebra a lo largo de un año. ¿Y qué es ‘liturgia’? Se llama así la ‘acción cultural de la Iglesia’, es decir, lo que la Iglesia lleva a cabo para rendir culto a Dios. Suena más complicado de lo que en realidad es. La cosa está así: Como nuestra Madre y Maestra, la Iglesia quería que pudiéramos meditar y celebrar, de manera ordenada y lógica, los momentos más importantes y significativos de la Vida, Muerte y Resurrección de Cristo, así como lo relativo a María, los santos y santas, la vida de la Iglesia, etc. Y como el ser humano está acostumbrado a vivir los ciclos de la naturaleza, las estaciones del año, etc. a la Iglesia se le ocurrió aprovechar también ciclos de un año de duración para que a lo largo de ese tiempo se vayan viviendo estas celebraciones integradas a la existencia cotidiana de los fieles.

Por lógica, lo primero que se celebra de Cristo es Su Nacimiento, pero así como un niño nace después de nueve meses que los papás aprovechan para prepararse, así también la Iglesia nos invita a prepararnos a celebrar el Nacimiento del Hijo de Dios, preparación que abarca cuatro domingos anteriores a Navidad, tiempo que recibe el nombre de

‘Adviento’ y con el cual comienza cada nuevo ciclo o ‘año litúrgico’. ¿Qué quiere decir ‘Adviento’?: advenimiento, venida, llegada: en Adviento nos preparamos para festejar la venida de Jesús. Alguno dirá: ‘¡Pero Jesús ya vino!’ Sí, es verdad, y Su venida histórica hace dos mil años es parte importantísima de lo que se celebra en Adviento, pero también se celebra Su segunda venida al final de los tiempos.

Un canto que se suele cantar en Adviento dice: ‘¡Ven, ven Señor no tardes!’ para expresar que los creyentes no vemos con miedo la llegada del fin del mundo, sino con gozo y esperanza, según dijo Jesús: “*cobrad ánimo y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra liberación.*” (Lc 21, 28).

Las Lecturas que se proclaman durante la Misa en Adviento alientan de modo especial nuestro anhelo, pues nos recuerdan las maravillosas promesas de Dios para cuando se establezcan la tierra y el cielo nuevos.

Veamos un ejemplo:

*“De las espadas forjarán arados
y de las lanzas, podaderas;
ya no alzaré la espada pueblo contra pueblo,
ya no se adiestrarán para la guerra”*(Is 2,4);

*“Habitará el lobo con el cordero,
la pantera se echará con el cabrito,
el novillo y el león pacerán juntos...
Nadie hará daño ni estrago.”* (Is 11, 6.9)

*“Destruirá la muerte para siempre;
el Señor Dios enjugará las lágrimas
de todos los rostros.”* (Is 25,8)

¡Qué maravilla! Uno no puede menos que conmoverse y desear que venga ya ese tiempo de paz, justicia, amor y alegría. En esta época de tanta violencia y dolor, ¡qué consolador saber lo que el Señor nos tiene preparado! La Iglesia nos invita a aprovechar el Adviento para fijar la mirada

en ese horizonte hacia el que caminamos, cuando Jesucristo reine sobre todo y derrote el mal, el pecado y la muerte para siempre, cuando comencemos a vivir la alegría que nadie puede arrebatarnos, la bienaventuranza eterna.

Algo que vale la pena saber respecto al ciclo litúrgico es que durante los domingos se procura leer en forma continuada el Evangelio de un mismo autor. El año en el que se lee principalmente el Evangelio según San Mateo se llama ‘ciclo A’; el de San Marcos, ‘ciclo B’ y el de San Lucas: ‘ciclo C’. El de San Juan se suele leer en tiempos especiales, a lo largo del año.

Una excelente manera de prepararnos a celebrar que *‘La Palabra de Dios se hizo hombre y habitó entre nosotros’* (Jn 1,14) es comprar el Misalito mensual y saborear la Palabra, las deliciosas Lecturas que la Iglesia ha elegido sabia y amorosamente para sembrar la alegría y la esperanza en nuestro corazón y animarnos a decir: ¡Maranathá! ¡El Señor vendrá!, ¡Ven, Señor!

Los gustos de Dios

¿Te gustan las sorpresas? Échale un vistazo al tercer capítulo del Evangelio según San Lucas y ¡te llevarás una!

Comienza San Lucas a decirnos quiénes eran los ‘meros meros’ de ese tiempo: quién era emperador, quién gobernaba, quiénes dirigían los destinos de las gentes y entonces dice una frase que despierta muchísimo interés: ‘y *la Palabra de Dios fue dirigida a...*’ Si esto fuera una película, la cámara habría estado tomando escenas del interior de imponentes palacios y nos mostraría a estos personajes, vestidos a todo lujo, trasnochándose en un banquete, rodeados de sirvientes y cortesanos dispuestos a halagarlos y obedecerlos en todo. Uno por uno los mostraría la cámara y los espectadores nos preguntaríamos: ‘¿a quién de éstos importantísimos señorones le fue dirigida la Palabra de Dios?’ ‘¿Al emperador César Tiberio?, ¿al procurador Pilato?, ¿a alguno de los tetrarcas (es decir, gobernadores de tres regiones) Herodes, Filippo o Lisantias?, ¿tal vez a alguno de los sumos sacerdotes?’ Uno podría sentir la tensión que se acumula, como en una película de misterio...¿a quién?, ¿a quién le fue dirigida la Palabra de Dios?, ¡Ya díganos! Una musiquita le pondría suspenso al asunto, y cuando creyéramos estar a punto de quitarnos de dudas, la cámara no se detendría en ninguno de ellos, sino que continuaría su recorrido hasta

salir y mostrarnos el exterior, tomar los jardines, y más allá, las casas que rodeaban el palacio, y más allá, los campos alrededor de la ciudad, y todavía más allá, hasta llegar a una inmensa extensión de colinas de roca y arena, en la cual distinguiríamos una figura lejana, solitaria: un hombre, vestido apenas con una tosca piel de camello (en tremendo contraste con las ricas vestiduras que acabamos de contemplar), sentado en silencio, contemplando el amanecer. Es Juan el Bautista, y se nos revela por fin: a él *'fue dirigida la Palabra de Dios, en el desierto'*. ¿Que quéééé?, ¿que Dios no eligió a ninguno de los ricos, famosos e influyentes para hablarle?, ¿que quiso dirigir Su Palabra al que a los ojos del mundo era el más insignificante de todos los posibles candidatos? ¿Por qué hizo Dios semejante cosa? Porque los gustos de Dios suelen ser al revés de los del mundo. Para el mundo lo que cuenta es tener un gran título, mucho dinero, poder y prestigio, pero los que tienen todo esto están tan apegados a ello, y tienen tanta confianza en sus propios medios, que no tienen tiempo para Dios, no se acuerdan nunca de Él. En cambio los pobres de espíritu, es decir, los que no se han dejado atar por las cosas, los humildes que no creen en su propia importancia sino que se reconocen dependientes de Dios y están siempre abiertos a recibir lo que Él quiera darles, los que no viven atrincherados dentro de sus propias seguridades, sino que viven a 'descampado', con la mirada siempre vuelta hacia Él, éstos son capaces de escuchar la voz de Dios. Quién hubiera pensado que Dios tuviera esos gustos, que pudiendo escoger entre los más ricos y famosos eligiera y siga eligiendo siempre a los más sencillos, a los que no se creen superiores a nadie, a los que no viven en eterna competencia por ser mejores que otros, sino que se contentan con amar y servir, con poner lo que son y lo que tienen a disposición de Dios y de los hermanos...Como María, que se llamaba a sí misma *'esclava del Señor'* (Lc 1, 38); como Juan Diego, que le dijo a Santa María de Guadalupe que él sólo era 'hombre del campo, mecapan, parihuela, cola, ala'.

Como ves, la Palabra de Dios te invita a reflexionar que a Él se le conquista desde la pequeñez y la humildad. Y no es que promueva que nos complejemos y nos creamos poca cosa (lo que ahora llaman ‘baja autoestima’), ¡todo lo contrario! es justamente porque somos valiosísimos a Sus ojos que no quiere que nos rebajemos a creer que valemos por las posesiones que acumulamos: quiere que nos demos cuenta de que somos ¡invaluables! porque Él nos creó y nos ama con amor incondicional e infinito.

Si has sentido que vales menos que otros que parecen más importantes que tú, el Evangelio te recuerda que la Palabra de Dios no fue dirigida a quien se creía grande y autosuficiente, sino a uno que se reconoció necesitado de Dios y por eso supo recibir y aprovechar el don inapreciable de escuchar y ser bendecido e inspirado por la Palabra siempre discreta y luminosa de Dios.

La verdadera razón de la alegría

El otro día caminaba por el centro de la ciudad -en plena temporada navideña- y de pronto, afuera de una tienda, había un Santa Claus que se carcajeaba agarrándose la panza y meciéndose de atrás para adelante. Y me puse a pensar: ‘bueno, y éste, ¿de qué se ríe?’. Como algunas personas se detuvieron también a contemplarlo, aproveché para preguntarles de qué creían que se reía Santa Claus. Una jovencita respondió: ‘no sé, siempre se ha reído, quién sabe por qué’; una señora dijo: ‘es que es el típico gordito feliz’, y su niño aseguró: ‘se ríe porque tiene nariz como de payaso y los payasos siempre se ríen’. Qué curioso que todos han visto a Santa Claus pero nadie sabe por qué o de qué se ríe tanto. Y mientras uno se aleja de ahí quedan resonando en los oídos unos ‘jo jo jo’ que realmente no significan nada.

Qué triste que la temporada navideña esté rodeada de cosas tan llamativas pero tan vacías, y que distraen tanto la atención de lo fundamental. Para muchas personas la Navidad es bonita porque se decoran las casas y calles de foquitos de colores, flores de nochebuena, brillantes esferas, se reciben regalos y se cena sabroso, pero esta manera de ver la Navidad deja afuera de la celebración a ¡muchísima gente! Los que no pueden comprar arbolito, se apenan; los que no tienen dinero

para dar algo ‘apantallador’ se acomplejan; los que no recibieron un buen regalo, se sienten defraudados; los que no son invitados a ninguna posada ni tienen con quién cenar el 24, se deprimen, y así sucesivamente. Gracias a los comerciantes, mucha personas se han ido, como decimos, ‘con la finta’, ya no le encuentran a la Navidad su verdadero sentido y la ven venir con horror: les parecen los gastos, excesivos; los adornos, ridículos; las reuniones familiares, fastidiosas; la nostalgia por los que ya no están, insoportable y están hartos de oír villancicos ¡hasta en el supermercado!, en suma: con gusto borrarían la Navidad del calendario.

Como contrapeso a todo esto, la segunda Lectura del Tercer Domingo de Adviento (que antes se llamaba domingo ‘Gaudete’ -que en latín significa: ‘alegraos’- y en el que se enciende la vela rosa de la corona de Adviento, como símbolo de alegría) pone las cosas en su lugar (a buena hora, pues a partir de ese domingo faltan diez días para Navidad).

Dice San Pablo:

*“Alégrense siempre en el Señor;
se los repito: ¡Alégrense!...
El Señor está cerca.
No se inquieten por nada...”*

(Flp 4, 4.5b)

¡He aquí la verdadera y única razón para la alegría!, no que un señor gordo vestido en traje rojo reparta regalitos, ni merendarse a un pobre guajolote, ni siquiera recibir un aguinaldo, porque todo eso es pasajero y se acaba. Que el Señor está cerca, en cambio, ¡sí es motivo de auténtico gozo! Significa que Dios te ama tanto que sin tener ninguna necesidad de ello quiso hacerse humano para acercarse a ti, para compartir contigo todo lo que tú vives, pero no sólo como un gesto de solidaridad admirable, sino para darle un sentido a tu existencia y rescatarte de todo aquello de lo que nunca hubieras podido salir por ti mismo: el dolor, la tristeza, la desesperación, el miedo, el pecado, la muerte.

La alegría de esta temporada no está destinada -como este mundo consumista se empeña en hacernos creer- a unos cuantos que tienen con qué y con quién celebrar. La Navidad llega ¡para todos!: para ese enfermo que pasará ese día en el hospital; para ese anciano a quien nadie visita; para ese niño que no tendrá regalo en su zapatito; para esa persona que llora la muerte de alguien muy querido; para todos los que vivimos en este mundo violento e injusto y nos sentimos tentados a tener demasiadas razones para el miedo y la desesperanza. Llega la Navidad para ti, seas quien seas, estés donde estés, a recordarte que Aquel que te creó por amor no te ha abandonado, que está justo aquí, a tu lado, que Dios ha querido venir a acompañarte, no sólo cuando te sientes bien, sino en tu enfermedad, pobreza y dolor, ayudándote a encontrarle sentido a todo, mostrándote un camino, sembrando una esperanza en tu corazón que te permita descubrir en tu vida lo que anunciará San Juan en el Evangelio de la mañana de Navidad: que el Señor es tu luz, que Su luz *“brilla en las tinieblas y las tinieblas no la vencieron”* (Jn 1,5).

Atrévete a encontrarte con Él...

En el Evangelio que narra la visita de María a su prima Isabel, llama la atención que Isabel se dé cuenta de que María lleva en su vientre a su Señor y que incluso el niño del que Isabel a su vez está embarazada salte de gozo.. Alguno podría preguntarse: ‘¿Qué tenían ojos de rayos X?’ La respuesta la da el propio San Lucas, que explica que tanto Isabel como Juan, están llenos del Espíritu Santo (ver Lc 1, 15. 41). Es el Espíritu Santo, quien les da la capacidad de percibir la presencia de Jesús aunque venga oculta dentro del seno de María.

Recibimos esa misma capacidad en el Bautismo: también a nosotros nos ilumina el Espíritu Santo para poder descubrir al Señor que viene a nuestro encuentro en quienes nos rodean. El problema es que no nos damos cuenta. Desperdiciamos ese don, porque vivimos en un mundo que nos invita a no ver más allá de las apariencias, a quedarnos en la superficie y etiquetar a las personas (suegra sangrona, cuñadito metiche, limosnero inoportuno, vecina insoportable, etc.) sin darnos oportunidad de profundizar, de ir más allá del aspecto exterior y descubrir en ellas a Jesús.

Y esto se nota en Navidad. Al mundo le gusta ver a Jesús en un portalito decorado con heno y musgo, rodeado de

encantadoras figuritas, pero es incapaz de verlo en las personas de carne y hueso. Siguen resonando en nuestros días las palabras de Juan el Bautista: “*Entre vosotros hay uno al que no conocéis...*” (Jn 1, 26). Esto recuerda aquella vieja historia sobre un hombre que oraba fervientemente a Dios pidiendo que le permitiera conocerlo. Por fin un día Dios le contestó y le prometió que al día siguiente iría a comer con él a su casa. El hombre se puso muy contento, se levantó temprano, preparó con cuidado una mesa al aire libre, bajo una hermosa higuera, a las puertas de su hogar. A media mañana descubrió que un mendigo se había sentado a descansar en una de las sillas y se apresuró a gritarle: ‘¡Quítate, no te puedes sentar aquí, espero una visita importantísima!’ A mediodía descubrió a una mujer embarazada y su niño sentados, disfrutando la sombrita, y también los echó; y así, se pasó el día y la tarde corriendo a todos los que se atrevían a sentarse en esos dos lugares que había preparado para su cita con Dios. Al anoecer se sintió decepcionado y oró para reclamarle a Dios que no hubiera ido como prometió. Y Dios le respondió: ‘¡Claro que fui!, ¡pero me echaste de tu lado una y otra vez!, Yo estaba en ese mendigo, en esa mujer embarazada, en ese niño, en todas las personas que ocuparon esos lugares y a las que corraste todo el día! ¡Yo sí acudí a tu encuentro, fuiste tú el que no supo encontrarse Conmigo!’.

¿Qué tal si la próxima vez que celebres Navidad en lugar de pretender encontrarte con Jesús donde tú quieres (en el cómodo Nacimiento que le preparaste) te atreves a preguntarle a Él dónde quiere que lo encuentres?

Quizá Aquel que se identificó con los pobres, pequeños, indeseables y rechazados, y dijo que lo que haces aun al más insignificante de Sus hermanos, se lo haces a Él (ver Mt 25, 31-46), quiera que lo encuentres acogiendo en tu celebración a alguien a quien nunca has tomado en cuenta, alguien que no llevará regalos ni puede corresponderte, a quien nadie ha invitado ni ha hecho sentir bienvenido.

Quizá Aquel que nos dejó un solo mandamiento: el de amarnos unos a otros como Él nos ama (ver Jn 13, 34) e

insistió en la importancia del perdón, quiera que te encuentres con Él reconciliándote con alguien a quien hace mucho no le hablas, con quien no has querido tener nada que ver, a quien decidiste dar por muerto, de quien dices: ‘no lo necesito’, pero a quien tú sí le haces ¡mucho falta!...

Quizá Aquel que nunca dejó a nadie fuera de su abrazo, quiera que dejes de amenazar: ‘¡si viene fulano a la cena de Navidad, yo no vengo’; ‘si se les ocurre invitar a X ¡no cuenten conmigo!’ y en lugar de eso te decidas por fin a hacerle a Él en esa persona un espacio en la posada de tu corazón...

En tu próxima Navidad prepara tu encuentro con ese Jesús ‘incómodo’ que no se resigna a ser figurita acostada en un pesebre. Atrévete a encontrarte con Él en quienes pone en tu camino, y ten por seguro que cada encuentro te llenará de luz y alegría, y vivirás y harás a otros vivir de verdad: ¡una feliz Navidad!

Gracias familiares

El último día del año se celebra a la Sagrada Familia. ¿Te has puesto a pensar por qué razones se le ocurrió a Jesús venir a este mundo como miembro de una familia?

Él, que podía haber inventado cualquier manera imaginable, eligió formar parte del hogar de María y de José.

En estos tiempos en que hay tantas familias rotas, tanta gente que detesta a su familia, tantos jóvenes que buscan irse a estudiar o trabajar lo más lejos posible de sus ‘molestos’ parientes, se nos recuerda que Dios no sólo dispuso que los humanos vengamos al mundo como parte de una familia, sino que Él mismo quiso disfrutar de una.

Si Dios considera que la familia es un don y no una carga, ¿cómo es que tantas personas están convencidas de lo contrario? ¿Por qué hay tantas familias peleadas, divididas, cuyos miembros se la pasan atacándose unos a otros o de plano en plena ‘guerra fría’ en la que ya no hay entre ellos ni un sí ni un no, sino puros ‘qué-te-importa’? Basta analizar un poquito los problemas para descubrir en todos ellos un elemento común: falta de amor. Todo pleito familiar, chico o grande, corto o ‘de permanencia voluntaria’, surge por alguien que se sintió no amado, no comprendido, no perdonado, no acogido...

Qué diferente sería el mundo si los ‘te-quiero’ no se nos atoraran en la garganta y aprendiéramos a expresarlos sin temor a hacer el ridículo o a parecer ‘débiles’. Decimos: ‘pero si ya sabe lo que siento, no necesito repetirlo’. Grave error: no somos computadoras que registran los datos de una vez por todas en el ‘disco duro’; necesitamos que nos recuerden que somos queridos, necesitados, apreciados...

¿Por qué crees que Dios nos invita una y otra vez a escuchar Su Palabra, a recibir la Eucaristía, a experimentar Su abrazo? Porque sabe que no nos basta con ir a Misa una vez en la vida, sino que cada domingo -o mejor aún, diario- nos hace falta que nos hable al oído, nos reitere cuánto nos ama, nos sienta a Su mesa, nos apapache, nos permita entrar en amorosa comunión con Él.

¿Qué te parece si la próxima vez que celebres año nuevo, fiesta de la Sagrada Familia, haces algo especial para que los miembros de tu familia se sientan amados y bendecidos?

He aquí una sugerencia:

Sólo necesitas comprar doce velas (son ideales las que venden en cajitas a la salida de los templos y que la gente suele usar en su devoción a la Divina Providencia) y tener a mano doce hojas de papel.

En la parte de arriba de una hoja escribes: enero; en otra hoja: febrero, y así sucesivamente, a cada hoja le asignas un mes del año. Antes del 31 de diciembre pides a los familiares con quienes celebrarás Año Nuevo, que recuerden las cosas importantes que les sucedieron este año (por ejemplo cumpleaños o aniversarios) y te digan en qué mes ocurrieron. Anotas en la hoja del mes correspondiente, cada una de estas cosas importantes que pasaron. Al final de esto tendrás diversas anotaciones en cada una de las doce páginas.

Pones las velas en candeleros -o sobre algo que no se quemará- en una mesa. Reúnes alrededor de ésta a los miembros de la familia (de preferencia al anochecer del día 31).

Entonces explicas que se han reunido todos para dar gracias a Dios por todas las bendiciones que han recibido en

este año. Se enciende la primera vela y se lee -en clave de 'gratitud'- lo que ocurrió en enero, por ejemplo: 'Señor: en enero celebramos el cumpleaños de fulano, y te damos gracias por el don de su vida' (cada uno menciona las cualidades de fulano, lo que hace por otros en la familia..); de cada cosa anotada se da gracias, se le busca lo bueno. Si no hay nada anotado en algún mes, se da gracias por el don cotidiano de la vida o de la salud, o de la amistad.

Al terminar de decir lo de un mes, se prende otra vela y se lee lo del siguiente mes.

Al final, las doce velas encendidas se van consumiendo, como se va consumiendo el año viejo, y son un hermoso centro de mesa para sentarse a compartir la cena de Año Nuevo y contemplar los rostros de los seres amados, iluminados por la alegría de descubrir que de verdad Dios los ha colmado de bendiciones, la mayor de las cuales es contar siempre con Él, y también unos con otros.

Para empezar bien el año no hace falta atragantarse de uvas o ponerse un calzón rojo: basta con asegurarse de que el invitado principal sea el amor y la gratitud a Dios, y a la familia que Él te dio...

Las señales de Dios

Cuando escuchamos por primera vez que se celebra la ‘Epifanía’ del Señor seguramente pensamos que semejante palabrita necesita explicación. ¿Qué significa ‘epifanía’?: manifestación. Eso como que suena a gente que marcha con el puño en alto gritando: ‘¡el pueblo unido jamás será vencido!’; pero ‘manifestación’ significa simplemente ‘darse a conocer’, y aunque los manifestantes suelen darse a conocer en una marcha en la que llevan pancartas y gritan consignas, en el caso de Dios, cuando Él se manifiesta, más bien quienes se tienen que poner en marcha somos nosotros, pues Dios se manifiesta para ponernos en movimiento, para hacernos avanzar en nuestra vida espiritual. Ahí tenemos el caso de los magos o sabios de Oriente: Si Dios puso una estrella en su horizonte fue para que ellos se lanzaron a seguirla...

Una vez que sabemos que Dios se manifiesta, cabría preguntar, ¿de qué maneras se manifiesta Dios en nuestra vida? Desde luego sabemos que a través de Su Palabra, a través de la Iglesia, a través de los Sacramentos -signos sensibles de Su amor-, a través de la comunidad, etc. pero ¿sabemos descubrir cómo se manifiesta en nuestra vida cotidiana, ahí en donde vivimos, laboramos, descansamos y trajinamos todos los días?

Dice el Señor a través del profeta Isaías: *“Me hice el encontradizo a quienes no preguntaban por Mí; me he dejado hallar de quienes no me buscaban. Dije: ‘Aquí estoy, aquí estoy’ a gente que no invocaba Mi nombre.”* (Is 65, 1). ¿Te imaginas? Esto quiere decir que Dios te está haciendo señas a ti, que se la pasa diciéndote. ¡hey, aquí estoy! para ver si adviertes Su presencia, que es un Enamorado que no se cansa de buscar el modo de llamar tu atención, pues busca conquistarte. ¿Por qué puedes pasar de largo sin darte cuenta? Probablemente porque luego de leer que Dios se les manifestó a aquellos sabios de Oriente a través de una estrella en el cielo, como que esperas que lo mismo te pase a ti, y como con tanto smog a veces no alcanzas a ver ni la luna, dices: ‘a mí Dios no me habla’, ‘nunca pone señales en mi camino’.

Estamos acostumbrados a ver ilustraciones que pintan a los sabios de Oriente caminando bajo un cielo todo negro con una sola estrellota brillando arriba del portal de Belén, pero seguramente las cosas no sucedieron así. ¿Te has puesto a pensar cómo esos sabios de Oriente habrán visto el cielo de noche sin que les estorbaran, como a nosotros, las luces de la ciudad, las nubes o la contaminación? ¡Tachonadísimo de estrellas! Pero entre todas ellas supieron descubrir aquella que era especial, aquella que Dios puso en la bóveda celeste para ellos, como señal que los guiara. ¿Cómo le hicieron?, ¿fue ‘chiripada’? ¡No! Es que estaban atentos, vigilantes, abiertos a captar e interpretar los signos de Dios en su horizonte.

Pues bien, el mismo Dios que se manifestó a los sabios de Oriente se manifiesta hoy en nuestra vida, en tu vida. Pone en tu camino señales especiales. El problema es que son tan fáciles de confundir como una estrella en un cielo estrellado, tan discretas que pueden parecerte ‘coincidencias’, ‘casualidades’, cosas que de todas maneras iban a suceder...

¿Cómo saber si algo es una señal de Dios o es producto de tu imaginación? Por sus frutos. Lo que viene de Dios da siempre buenos frutos, es siempre para bien, te hace crecer en amor, en humildad, en paciencia, en capacidad de dar, de perdonar, de comprender, de tolerar, de amar. Es un

‘apapacho’ que llena tu alma de paz, de alegría, de consuelo. Te hace avanzar en tu camino de fe. Puede ser algo tan pequeñito como un rayito de sol que te dio en pleno rostro cuando andabas todo cabizbajo por la calle y te alegró la mañana; puede ser algo tan decisivo como esa oportunidad que sin esperarla te llegó y transformó tu vida...

Algo que debes saber acerca de las señales de Dios es que no suelen venir con instrucciones y mapa: ya ves que los magos tuvieron que preguntar, que de pronto como que se les perdió la estrella...

El Señor no te da por adelantado todas las respuestas: sólo te garantiza acompañarte todo el trayecto e ir dándote señales de Su amor para que puedas seguir...

Dependerá de ti saber reconocerlas y aceptar su invitación a caminar...

Jesús entre los pecadores

Con la fiesta del Bautismo del Señor termina el tiempo de Navidad. Esto sorprende a quienes pensaron que la temporada se acabó cuando limpiaron el plato del último recalentado de romeritos, y también a quienes mantienen el ‘Nacimiento’ y los adornos navideños hasta el 2 de febrero, día de la Candelaria, cuando visten al Niño, lo llevan a bendecir y hacen una tamaliza. Pero la realidad es que la Iglesia clausura con esa fiesta el ciclo navideño, y como para cerrar el círculo presenta la segunda parte de ese Evangelio que se proclamó al inicio del Adviento y que entonces nos mostraba a Juan el Bautista animando a sus oyentes a reorientar sus vidas hacia Dios, y luego lo presenta en el Jordán, bautizándolos. Ahora bien, en dicho Evangelio la figura central no es Juan, sino Jesús.

Dice San Lucas:

*“entre la gente que se bautizaba,
también Jesús fue bautizado.”*(Lc 3, 21).

Imagínate la escena: Luego de oír la predicación de Juan, todos los que se reconocen pecadores, es decir, que han hecho cosas contrarias a la voluntad de Dios, entran al agua para ser bautizados. Entre ellos seguramente no hay fariseos ni

escribas, que sin duda se mantienen a distancia para que a todos les quede bien claro que ni son pecadores ni se mezclan con pecadores, y si alguien les preguntara si creen que Dios está muy cerca de los que están ahí en el agua, sin duda dirían de inmediato que no, y lo más probable es que lo mismo respondieran ¡incluso los que esperan ser bautizados! Sin embargo, y esto es lo extraordinario, ¡Dios en persona está entre ellos! Sorprendiéndonos, como siempre, el Señor no se guía por nuestras maneras de juzgar, no le importa ser visto en ‘malas compañías’, no cree en eso de ‘dime con quién andas...’ A diferencia de algunos seres humanos que primero se mueren antes que permitir que los vean con determinada persona o grupo de personas, Jesús no discrimina a nadie ni tiene el menor empacho en caminar entre los pecadores. ¿Qué significa esto?, ¿que hay que pecar para que Dios se nos acerque? No. Jesús siempre invitaba a todos a no pecar más, porque el pecado fractura y lastima al ser humano, pues lo hace ir contra la vocación de amor a la que Dios lo ha llamado. Lo que esta escena muestra es que a Jesús no le horroriza acercársenos, aunque seamos pecadores, porque nos ama.

Dice San Pablo:

*“la prueba de que Dios nos ama
es que Cristo murió por nosotros
cuando todavía éramos pecadores”* (Rom 5, 8).

Hay personas que se sienten tan pecadoras que creen que el Señor las mira con disgusto, con repugnancia; cuando requieren ayuda divina le piden a otros: ‘usted que está tan cerca de Dios, rece por mí’. Se perciben lejos del Señor y se conforman con considerarse ‘creyentes de segunda’; viven resignados pero tristes. Conocí el caso extremo de un señor que se juzgaba tan pecador que concluía que era indigno ¡de confesarse! No se daba cuenta de que ese Sacramento fue instituido precisamente para ayudarlo a levantarse de su caída; rechazaba ¡la medicina que podía curarlo! Algo similar le pasó a Santa Teresa de Ávila. Contaba que el darse cuenta de

sus pecados -por mínimos que fueran- la hizo sentir tal vergüenza de sí misma -por corresponder tan mal al amor de Dios- que se sintió indigna de relacionarse con Él. Dejó de orar (decía: ‘¿cómo yo voy a atreverme a hablarle?’); dejó de comulgar (sin haber cometido una falta que pudiera ameritarlo), y así fue apartándose del Señor hasta que comprendió que estaba haciendo exactamente lo contrario de lo que debía, pues si era pecadora, ¡con más razón debía mantenerse cerca de Aquel que había venido a salvar a pecadores como ella!

Si a causa de tus pecados sientes que has dañado o de plano perdido la relación con Dios, saborea esta escena del Evangelio, imagina que estás ahí, en el Jordán. Piensa que el Señor pudo haber hecho una cita con Juan para que lo bautizara cuando no hubiera nadie, pero quiso entrar al agua entre los pecadores para que tú lo sintieras cercano, solidario y comprendieras que no vino a juzgarte ni a condenarte, sino a encontrarse contigo, dondequiera que estés, porque Su amor por ti no tiene orillas...

Que seamos uno

¿Sabías que la Iglesia suele celebrar un ‘octavario’ por la unidad de los cristianos? Pues sí, dedica ocho días a orar muy especialmente para que todos los que creemos en Cristo (católicos, luteranos, anglicanos, etc.) volvamos a ser una sola gran familia.

Cuando uno lee en la Biblia que Jesús pidió: “*que todos sean uno. Como Tú, Padre, en Mí y Yo en Ti.*” (Jn 17,21), uno se pregunta cómo fue que los cristianos llegamos a estar tan divididos. Para responder esto habría que remontarse a tiempos muy lejanos. Durante el primer milenio del cristianismo, la Iglesia Católica fue la única iglesia cristiana. A ella se debe la compilación de la Biblia como la conocemos hoy (y la incansable difusión de la Palabra de Dios, antes de que existiera la Biblia y también después, cuando no se había inventado la imprenta y la Escritura no llegaba a todos los fieles). Ella fue la primera en administrar el Bautismo, la Comunión, etc. Todo cristiano pertenecía a la Iglesia Católica Apostólica Romana. ¿Qué sucedió? Explicado de manera muy simplista podría decirse que a lo largo de la historia se dieron graves desacuerdos entre el Papa y ciertos miembros prominentes de la Iglesia, algunos de los cuales decidieron abandonarla y formar su propia iglesia, acorde a sus ideas, en lugar de quedarse a arreglar sus diferencias desde dentro. Las nuevas iglesias fundadas por aquellas personas tuvieron

seguidores, y así, al paso del tiempo, nuevas generaciones crecieron acostumbradas a acudir a esas iglesias, y acostumbradas también a que éstas volvieran a dividirse cada vez que alguno de sus miembros discrepaba con la jerarquía (por lo cual el día de hoy existen innumerables denominaciones cristianas en todo el mundo, más lo que se acumule esta semana...).

Cuando en una familia surgen problemas y uno de los hijos decide abandonarla en lugar de quedarse a resolver el conflicto y se va de casa dando un portazo, la madre nunca deja de esperar su regreso. Pues bien, como Madre que es, la Iglesia Católica considera a los cristianos que la abandonaron y a los que han crecido lejos de ella, como hermanos separados a los que no ha dejado de extrañar, por los que ora en cada Eucaristía y a los que dedica una semana de oración especial.

Alguien podría preguntarse: ‘¿bueno y qué caso tiene orar por la unidad de los cristianos?, mientras ellos sean buenos cristianos y nosotros también, pues que cada uno siga por su lado y todos tan contentos, ¿no?’. La respuesta a esto puede hallarse en una comparación: si te invitan a un banquete donde hay una mesa larguísima con toda la comida y bebida que puedas imaginar, los platillos más suculentos, botanas, ensaladas, sopas, guisados, postres, antojos, en fin, verdaderamente todo lo que alguien pudiera apetecer, seguramente querrías compartirlo con tus seres queridos, te gustaría que toda tu familia pudiera disfrutar junta estas maravillas. Pues así es como se siente la Iglesia Católica: no se conforma con disfrutar todo lo que tiene ella sola, quisiera poder compartir su tesoro con todos y que los hermanos separados pudieran, por ejemplo, compartir con nosotros el inmenso consuelo de recibir el Sacramento de la Reconciliación y saberse perdonados y abrazados por Dios; percibir la Presencia Real de Jesús en la Eucaristía y acompañarnos a pasar un rato delicioso de oración ante Jesús en el Sagrario, o entrar en comunión íntima con Él al recibir Su Cuerpo y Su Sangre; saber interpretar textos de la Escritura con la ayuda del Magisterio y de la Tradición; alegrarse como

nosotros por tener miles de hermanos y hermanas mayores que interceden por todos en la comunión de los santos; aprender a gozar la inigualable ternura de reposar la cabeza en el regazo de María, Madre de Dios y Madre nuestra y descansar en la certeza de que ella nos ama a todos y ruega siempre por nosotros....

El Papa, sucesor de Pedro en línea ininterrumpida desde que Jesús fundó la Iglesia, pide que oremos por la unidad de todos los cristianos, no porque anhele aumentar su grey y su poder, sino porque su corazón de padre y pastor de la Iglesia Católica quisiera que todas las ovejas formaran, como quiso Jesús, “*un solo rebaño*” (Jn 10,16) y que todos los cristianos alejados pudieran considerar que la Iglesia es hogar al cual pueden volver para sentirse acogidos, amados, alimentados, y cantar, como el salmista: “*Ved: qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos...*” (Sal 133, 1)

¡Hey, tú!... ¡sí, tú!... ¡te habla Dios!

Cuando leemos en el Evangelio según San Lucas que Jesús tomó un texto de la Escritura, lo leyó y luego afirmó: *‘Hoy mismo se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír’* (Lc 4, 21), solemos pensar que Él se refiere a que se cumplió el texto del profeta Isaías que leyó (que dice que el Espíritu del Señor lo ha ungido para llevar a los pobres la buena nueva, anunciar la liberación a los cautivos...) y esto, desde luego, es cierto: en Jesús se cumple todo lo anunciado por los antiguos profetas, pero quisiera proponer que no limitemos esa frase del Señor, que no nos conformemos con pensar que la dijo sólo para ese particular trozo de la Escritura: ¿Por qué no atrevemos a tenerla presente, por ejemplo, cada vez que escuchamos la Palabra proclamada en Misa? ¡Qué diferente sería nuestra manera de atender lo que dicen las Lecturas y el Evangelio si pensáramos que lo que dicen se está cumpliendo hoy en nuestra vida, que nos queda como anillo al dedo, que viene muy al caso!

Pues ¡así sucede en verdad!

Dice San Pablo:

*“Ciertamente es viva la Palabra de Dios,
y eficaz,
y más cortante que espada alguna de dos filos.
Penetra hasta las fronteras
entre el alma y el espíritu,
hasta las junturas y médulas;
y escruta los sentimientos y pensamientos
del corazón.”* (Heb 4,12).

¿Qué significa esto? Que la Palabra de Dios no es como cualquier palabra que se pronuncia y se pierde en el viento; tampoco es palabrería vana ni ‘rollo’ caduco; es Palabra que está viva y es eficaz, es decir que es actualísima pues ilumina lo que estás viviendo en este momento y hay en ella un mensaje divino para ti, una luz, como dice el salmista: *‘para alumbrar el camino’* (ver Sal 119,105).

Afirma Dios que Su Palabra cumple su encargo, pues es como lluvia que no vuelve al cielo sin antes empapar la tierra, fecundarla y hacerla germinar (ver Is 55, 10-11), eso quiere decir que cuando Dios te da Su Palabra lo hace con un propósito muy definido: consolarte por ese momento difícil que estás pasando; animarte a realizar ese sueño que sembró en tu corazón; exhortarte a cambiar cierta cosa que necesitas enderezar; hacerte saber que está a tu lado; llenar tu alma de paz y de esperanza, fecundar tu corazón y hacer que des abundantes buenos frutos...

El Dios que te creó, que te ama más que nadie y sabe, mejor que nadie por lo que estás pasando y lo que más te conviene para salir adelante, es el que te habla a través de Su Palabra. No te vayas con ‘la finta’ de que eso que dice no es para ti sino para otro de los muchos que llenan la iglesia; ni creas que eso que oyes no te concierne porque lo has oído antes muchas veces. El Señor que sabe exactamente lo que te sucede ahorita, te está dirigiendo la Palabra a ti, no importa que al mismo tiempo se la dirija también a otros, aunque la

Palabra sea la misma que todos escuchan, para cada uno tiene un mensaje especial, a cada uno le llega al corazón de manera distinta. Lo único que se necesita es ¡abrirse a la escucha! No en balde el primer mandamiento de los judíos es el ‘Shemá Israel’: ¡Escucha, Israel!. Tenemos un Dios que nos habla, que se comunica con nosotros mediante Su Palabra, ¡qué tristeza que permitamos que esta Palabra nos entre por un oído y nos salga por otro!, ¡qué desperdicio que la oigamos como quien oye llover y que al momento en que se proclama la Palabra de Dios en Misa estemos ocupados sacando dinero para la limosna, pensando en el elote que compraremos a la salida, planeando a dónde iremos a pasar la tarde!

Jesús te dice: la Palabra que estás escuchando se cumple hoy, viene al caso hoy en tu vida, ¡date cuenta, préstale atención! Cuando uno lee la segunda parte del Evangelio antes citado, ve de qué manera desperdiciaron la Palabra del Señor los que la escucharon en aquella sinagoga de Nazaret. Por andar pensando en otras cosas, por distraerse preguntándose de dónde le venía a Jesús tanta sabiduría, no captaron el extraordinario mensaje que venía a traerles. Todos los ahí presentes estaban muy necesitados de consuelo, de buena nueva, de liberación, pero pusieron oídos sordos a Aquel que vino a anunciárselos. Hoy el Señor tiene algo especial que decirte a ti... ¿sabrás escucharlo?

Algo para recordar...

Estás de pie en el camellón, junto a un árbol en cuyas ramas están trepados cuatro chavos contentísimos. Tienes personas delante de ti, junto a ti, detrás de ti, casi ni te puedes mover, pero nadie te empuja, nadie practica el molesto “quítate tú pa’ ponerme yo” que suele suceder entre las multitudes. La acera de enfrente también está a reventar, en contraste con la avenida por donde desde hace mucho rato no pasa ningún coche. La gente está a la expectativa, igual que tú. Un señor que trae un radio avisa de vez en cuando cómo van las cosas; anuncia que ya se acerca. Aumenta la tensión. En eso se empieza a oír el rumor lejano del helicóptero que cubre el evento, y alguien grita: ‘¡ya viene!’ Te asomas y ves a lo lejos las luces de las motocicletas que van adelante y te late más fuerte el corazón; te preparas para no distraerte ni un segundo. La gente comienza a aplaudir, a gritar, el ruido se mezcla con el de las motos que empiezan a cruzar ante a ti, y en eso ¡ahí está! el papamóvil, pasando frente a tus ojos, como en cámara lenta, dándote oportunidad de ver con toda claridad a Juan Pablo II. No parpadeas, no respiras, no quieres perderte nada: su mirada buena, su sonrisa, su enorme carisma, el aura que parece rodearlo y que va dejando algo especial a su paso. Dura segundos pero toca a todos los presentes. Se ve en sus rostros: genuina alegría, satisfacción, paz. Nadie se queja de haber esperado tanto para obtener tan poquito porque todos

recibieron lo que anhelaban: verlo pasar, y sentir ese ‘no-sé-qué’ que emana de su persona, y ahora regresan a sus casas como tú, sonrientes, felices, agradecidos de haber vivido ese momento que nunca olvidarán.

El Papa quizá no alcanza a captar lo que provoca a su paso, pero sí percibe que muchos han aguardado horas para verlo, y en sus recorridos se mantiene alerta, atento, dando a la gente lo que ansía: su mirada, su bendición. Estar viendo filas y filas de fieles que aplauden podría resultar monótono y aburrido, y sin embargo nunca baja la vista, nunca aprovecha para dormirse, no dice: ‘voy a echarme una siestita en el trayecto para recuperarme’. A pesar de su tremendo cansancio hace un esfuerzo más grande aún para mantenerse mirando a la gente a través de las ventanas del papamóvil. Te preguntas: ‘¿por qué hace estos viajes tan agotadores que exigen tanto de él? No es por el placer de sentirse aclamado, se ve que no hay un átomo de vanidad en él. ¿Entonces? Es porque tiene un mensaje para nosotros, para ti. El Papa viene hasta acá por ti, porque quiere hablarte. Está dispuesto a dar hasta lo último por comunicarte algo. Qué pena si de sus visitas sólo recuerdas las imágenes pero no las palabras: al Papa en la escalinata del avión, pero no su discurso inicial; al Papa sosteniendo un muñequito de peluche en el Estadio Azteca, pero no lo que dijo después; al Papa llevando con los dedos el ritmo de las danzas indígenas en la Basílica de Guadalupe, pero no su homilía. Qué pena para él ser el más visto pero no el más escuchado, porque lo ha entregado todo con tal de comunicar su mensaje.

Hay un himno en la Liturgia de las Horas que dice que son hermosos los pasos del que lleva la paz a sus hermanos y deja los pedazos de su alma enamorada en el sendero; Juan Pablo II, ha dejado muchas veces pedazos de su alma en nuestros senderos. Cuando vino por primera vez, estaba erguido, vigoroso, ágil, caminaba por sí mismo, sonreía; la última vez lo vimos encorvado, envejecido, lastimado por una enfermedad que le ha robado movilidad y expresión en el

rostro, y que le dificulta hablar. Lleva un cuarto de siglo desgastándose con tal de hacer llegar a todos su mensaje: un mensaje de aliento a los desanimados para que no pierdan la esperanza aun en la enfermedad o la vejez; un mensaje a los jóvenes que los anime a construir un mundo mejor; un mensaje de vida y unión para las familias; un mensaje para ti, para que sepas que Dios te ama y no tienes nada que temer.

Se han cumplido más de veinticinco años de la primera de muchas visitas de este Papa que en nuestra tierra comprendió su vocación de incansable viajero al servicio del Señor, y la mejor manera de agradecerle a este sucesor de San Pedro el no haberse quedado encerrado en su lejano país, sino haber venido tantas veces al tuyo, es recordándolo, no sólo por su carisma, sino por su sabiduría; conservar no sólo las fotos sino las palabras; no sólo quedarte con el inevitable nudo en la garganta ante esa última mirada y bendición en la que quiso abrazarnos a todos antes de abordar su vuelo y partir sin saber si volvería, sino que ahora que no hay cámaras ni multitudes y los medios se ocupan de otras noticias, mantengas resonando en tu interior todo lo que este mensajero de Dios vino hasta acá para decirte, y lo aproveches para iluminar tu vida y la de muchas otros...

Si se te ponen los pelos de punta...

Hay un bello texto de la Escritura que suele leerse en las bodas, pero se nota que los novios están más pendientes del fotógrafo que del lector, y los asistentes más interesados en ver qué trae puesto fulanita o si regresa a tiempo el atolondrado padrino que salió corriendo por las arras, que en atender lo que dice San Pablo, porque si en verdad escucharan sus palabras ¡se les pondrían a todos los pelos de punta! Y lo mismo nos pasaría a nosotros si en lugar de pensar: ‘ay, qué bonito les hablaba San Pablo a los Corintios’, nos sintiéramos aludidos y reconociéramos que lo que les dijo a ellos nos lo dice ahora a nosotros para darnos un exigentísimo plan de vida que aterriza de forma concreta el único mandamiento que nos dejó Jesús: “*Que se amen unos a otros como Yo los he amado*” (Jn 15, 12).

Empieza San Pablo planteando que uno podría hacer cosas verdaderamente ‘apantalladoras’ y da algunos ejemplos: hablar como los ángeles; tener el don de profecía; conocerlo todo; tener tanta fe como para mover montañas; repartir en limosnas todo lo que uno posee e incluso dejarse quemar vivo, pero en seguida añade que ninguna de esas cosas sirve si uno no tiene caridad, es decir, amor que se pone en práctica, amor que se demuestra en acciones. ¡Zas! Está diciendo que nada,

absolutamente nada de lo que hagas sirve de algo si no tienes amor. Ni ser excelente orador, ni gran sabio, ni creyente ni mártir ni héroe. ¡En la torre! Por lo visto eso de tener amor es lo más importante que existe, mejor dicho, lo único importante, así que más vale tener una idea bien clara de lo que esto significa.

¿Qué es el amor?

Mucha gente cree que el amor es un sentimiento, una emoción que te hace ‘sentir mariposas en el estómago’ al ver a la persona amada. Pero el amor no es emoción ni sentimiento, es una actitud que adoptas voluntariamente; eliges amar aunque al ver a la otra persona sientas mariposas ¡en el hígado!

Si hubiera que dar una definición de lo que es el amor, podría decirse que es buscar el bien verdadero para la otra persona y hacer lo posible para lograrlo. Y ojo, el bien de la otra persona no necesariamente es lo que mejor te conviene a ti, lo que menos flojera te da, lo que más te gusta. Puede ser algo latoso, complicado, que pida mucho de ti, más de lo que quizá estarías dispuesto a dar, especialmente cuando se trata de amar a quien no te cae bien, a quien te choca, incluso a quien te ha hecho un mal. Jesús pide que amemos a nuestros enemigos, que hagamos el bien a quien nos odie (ver Lc 6, 27). ¿Cómo podemos lograrlo? San Pablo nos lo dice. Nos hace el favor de darnos toda una lista de maneras de ejercer el amor para que podamos tomarla como plan de vida, para que podamos usarla como guía a la hora de relacionarnos con los demás. Dice San Pablo:

*“El amor es comprensivo, es servicial
y no tiene envidia; no es presumido
ni se envanece; no es grosero ni egoísta;
no se irrita ni guarda rencor;
no se alegra con la injusticia,
sino que goza con la verdad.
El amor disculpa sin límites,
confía sin límites, espera sin límites,
soporta sin límites.” (1Cor 13, 4-7).*

Solemos tomar todas estas características como un ideal que sería muy bonito alcanzar pero que nos parece imposible, pero está mucho más al alcance de nuestras posibilidades de lo que imaginamos: cada vez que comprendes a alguien en lugar de juzgarlo, estás amando; cada vez que haces un favor, estás amando; cada vez que eres capaz de alegrarte con algo bueno que le pasa a otro, estás amando; cada vez que callas una palabra hiriente; cada vez que piensas en el bienestar de alguien antes que en el tuyo propio; cada vez que eres capaz de perdonar, estás amando. ¿Te das cuenta? En tu vida cotidiana está presente el amor más de lo que pensabas; lo que el Señor pide de ti es que no te limites a amar a tu círculo de familiares y amigos, sino que hagas del amor una forma de vida, una manera de ver el mundo y de relacionarte con todas las personas que crucen tu camino, incluidos los ‘sangrones’, los malos, los difíciles. Dice San Juan de la Cruz que “al final de la vida serás examinado en el amor.” ¿La idea te pone los pelos de punta? entonces pídele ayuda a Aquel que sabe todo acerca del amor y que está más que dispuesto a ayudarte desde ahora a obtener una excelente calificación...

¿Quién dice: ¡yo!?”?

En el capítulo sexto del libro del profeta Isaías (ver Is 6,1-8) hay un contraste enorme que resulta verdaderamente conmovedor. Dice el profeta Isaías que vio a Dios “*sentado sobre un trono muy alto y magnífico*”, que la orla de Su manto llenaba el templo, que unos serafines lo aclamaban como el ‘*Santo, Santo, Santo*’, Aquel cuya “*gloria llena toda la tierra*”, y cuenta que hasta las puertas temblaban al clamor de Su voz. Es una escena impresionante que muestra la grandeza y majestuosidad de Dios. Pero entonces nos cuenta Isaías que oyó la voz del Señor que decía: “*¿A quién enviaré? ¿Quién irá de parte mía?*”. Es ¡inaudito! De un Señor tan poderoso, tan imponente, uno esperaría que se levantara y con mirada penetrante, dedo flamígero y voz atronadora señalara a alguno y le dijera: ‘¡Oye, tú!, decidí que voy a enviarte a ti, así que tú irás de parte mía, y te callas y obedeces, porque ¡Yo soy Dios!, ¡te lo ordeno!, y ¡¡no tienes de otra!!’ Pero no sucede así. Todo lo contrario. El Señor pregunta en voz alta a quién enviará, casi casi como esperando voluntarios, que alguien por ahí alce la mano, que se ofrezca, que diga: ‘yo’. ¿No es conmovedor? El estilo de Dios, siempre tan delicado, tan discreto, que a pesar de anhelar intensamente que respondamos a Su invitación, nunca nos obliga. Dios pregunta: “*¿A quién enviaré?*” y permite que nos hagamos ‘rosca’, que finjamos demencia, que respondamos: ‘ahorita, ¿eh? nomás espérate

tantito que salga de este asunto'; que le digamos que sí pero no digamos cuándo. Su invitación es tan abierta, tan libre, que nos parece que fácilmente podemos pasarla por alto sin mayores consecuencias, dejarla para después, arrinconarla, olvidarla. En el fondo hay quizá cierto temor a ofrecerse de voluntario (un señor que hizo eso en un circo, acabó ¡en la jaula del león!), así que decimos, '¿Dios anda buscando a quién envía?', pues que ni voltee para acá, que elija a otro, hay muchos, a ver a quién se le ocurre, para eso es Dios; yo lo más que puedo hacer es darle unas buenas sugerencias, por ejemplo que envíe -de preferencia bien lejos- a mi cuñadita o a mi suegro, eso sería perfecto, pero a mí que me deje como estoy que así estoy bien'.

¿Por qué reaccionamos así? Porque no hemos comprendido lo que significa ser enviados por Dios, como que nos imaginamos que a Él le encantan los mártires así que cuando envía a alguien es para que le vaya 'como en feria', o para que deje todo y se vaya de ermitaño o de monja; se nos olvida que fue el Señor quien nos dio nuestros talentos y capacidades, que sabe para qué somos buenos así que jamás nos enviará a hacer algo que contradiga lo que nos llamó a ser. Lo que Él pide es que lo que hagas, lo hagas como enviado suyo, es decir, que desde tu situación particular de miembro de una familia, de una comunidad, ejerzas tus capacidades no sólo porque puedes o te gusta hacerlo, sino para construir el Reino. Lo vemos en el Evangelio: Simón era pescador, y el Señor no destruyó su vocación, sólo le dio un nuevo giro, un nuevo sentido: lo invitó a pescar para el Reino de Dios (ver Lc 5,10).

La pregunta del Señor sigue resonando hoy. Él sigue buscando quién irá de parte suya, ¿a hacer qué? a defender Sus intereses en un mundo que tiende a olvidarlos; a ser Su representante. ¿Eso qué implica? Saber que no importa en dónde estés o con quién, cuándo o cómo, tú eres enviado de Dios y Él espera que aproveches cada oportunidad para hacer presentes en tu mundo Su justicia, paz, perdón, verdad, compasión, amor...

Hoy te pregunta el Señor: ¿Quién irá de parte mía?, ¿a visitar a ese enfermo que está solo y deprimido?, ¿a esa reunión de amigas para que nadie ‘destace’ a las ausentes?, ¿a proponerle a los cuates una diversión sana -sin borracheras-?, ¿quién irá de mi parte a platicar con ese pariente amargado al que nadie se le acerca?, ¿a sonreírle a esa dependienta tan malhumorada?, ¿a llevar algo calientito a ese niño en situación de calle? ¿quién irá de parte mía a sembrar paz en esta familia?, ¿a defender a ese trabajador que sufrió una injusticia?, ¿a buscar que se reconcilien esos dos que están enojados?, ¿quién irá de parte mía a ofrecer palabras de consuelo, a compartir una alegría, a tender una mano, a dar un consejo, un gran abrazo?

¿A quién enviaré? ¿Quién irá de parte mía?...

¿Sabes en quién confiar?

Hay en el Antiguo Testamento una frase muy fuerte: *‘Maldito el hombre que confía en el hombre’* (Jer 17, 5). ¿Para qué nos dicen esto?, ¿para confirmar nuestras peores sospechas de que estamos rodeados de una ‘bola’ de ‘aprovechados’, digamos: ‘¡ajá!, ¡ya sabía yo que no podía fiarme de nadie!’ y empezemos a ver de reojo a todo el mundo y a pensar mal hasta de nuestra sombra? No, nada de eso. Lo que posiblemente busca este texto es advertirnos contra la autosuficiencia.

Actualmente se han puesto de moda libros, ‘cursos’, ‘seminarios’, ‘diplomados’ en los que se enseña a la gente a creer que todo lo puede si se lo propone. A las personas les gusta oír eso, les gusta sentirse poderosas y convencerse de que tienen el control total de su existencia. Se venden como pan caliente unos libros -por llamarlos de algún modo- dizque de ‘metafísica’ en los que se dan recetas para obtener lo que uno quiera con sólo concentrarse en verse a sí mismo envuelto en un rayo morado o verde o rosa o del color que la imaginación del autor le dictó. Y ahí están los pobres ilusos esperando que baje el rayo de las 11 a cumplirles sus fantasías. Se abarrotan las conferencias de ‘gurús’ o ‘guías’ extranjeros que ofrecen llamativas fórmulas para obtener éxito, amor,

salud y dinero (son expertos en esto último, pero sólo para su propio beneficio). Sus seguidores salen convencidos de que pueden lograr lo que sea, el problema es que han puesto sus esperanzas en algo que no puede sostenerlas.

El hombre que sólo confía en sus propios medios, pronto se estrella contra sus propios límites, y una enfermedad, la muerte de un ser querido, una crisis, lo desconcierta y desespera.

El profeta Jeremías nos recuerda que somos criaturas no dioses, por más que haya quien desee hacernos creer lo contrario. No lo podemos todo y es ridícula nuestra pretensión de valernos por nosotros mismos: dependemos de Dios.

Dice Jesús:

*“Yo soy la Vid; vosotros los sarmientos...
separados de Mí no podéis hacer nada.”*

(Jn 15,5).

Es el Señor quien nos da a cada instante vida, luz, entendimiento, posibilidades para desarrollarnos.

Pregunta San Pablo:

“¿Qué tienes que no hayas recibido (de Dios)?”

(1Cor 4,7).

Esto no significa que debamos sentarnos a esperar que todo se nos dé hecho, no, la fe no inmoviliza: creemos en un Señor que nos llama a desarrollar al máximo nuestras capacidades (ver Mt 25,14-30), a tener sueños y proyectos. Lo que se nos pide es confiar, en primer lugar, en Dios, y tener claro que Él sostiene esas capacidades, sueños y proyectos. Ello nos da la paz de saber que si algo no sale como habíamos imaginado, y todo está en manos de Dios, ya se le ocurrirá a Él algo mejor. Dice el profeta:

“Bendito el hombre que confía en el Señor, pues no defraudará el Señor su confianza” (Jer 17, 7).

Cabe comentar que aparte de la autosuficiencia de quienes no toman en cuenta a Dios está la de quienes creen que saben mejor que Él lo que conviene, y cuando oran no piden, ¡exigen! Dicen: ‘vamos a orar por fulano y va a sanar’, sin ponerse a pensar que quizá Dios está permitiendo esa enfermedad para que ese enfermo crezca en paciencia y en humildad o para que su familia crezca en amor. Y cuando aquel no mejora le dicen: ‘es que te faltó fe’, como si el hecho de tener ‘mucha fe’ garantice que Dios cumpla lo que sea que uno le pida por encima de Su mejor juicio.

La verdadera fe consiste en confiar en que por Su infinita sabiduría y el amor que nos tiene, Dios hace siempre lo mejor para nosotros. Sólo si crees esto no quedas defraudado.

Como seres humanos limitados por el tiempo y el espacio, no sabemos las razones de Dios para permitir algo con lo que quizá no estemos de acuerdo, así que lo mejor que podemos hacer es fiarnos de Él y orar como Jesús en el huerto: decirle lo que nos gustaría que sucediera, pero aceptar de antemano que lo que Él decida será lo mejor (ver Lc 22, 42).

El profeta Jeremías propone una comparación no sólo para que reflexiones, sino para que elijas... Dice que quien confía en sí mismo y “*aparta del Señor su corazón*” vive como cardo en un desierto inhabitable, es decir que sus propios recursos le serán siempre insuficientes para salir adelante en la vida, sobre todo en la adversidad; y en cambio el que se fia de Dios es como un árbol plantado junto al agua, por lo cual aunque haya calor o sequía se mantendrá siempre frondoso y dando frutos, es decir, aunque en su vida enfrente dificultades, tendrá siempre una fuente inagotable de donde obtener el sustento y la fortaleza para nunca marchitarse...

La ceniza: un incendio anunciado

‘Parece que regalan’ me comentó un amigo al ver la larguísima fila de personas formadas para entrar a la iglesia. ‘Y ¿por qué salen todos con la frente tiznada?’ Se acercó a preguntarle a algunos y le dijeron: ‘es que es Miércoles de Ceniza’, y él insistió: ‘y ¿por qué vinieron a que les pusieran ceniza?’ Alguien contestó: ‘por costumbre’, otro: ‘para que Dios me vea y me ayude’; uno más dijo: ‘me mandó mi mamá’ y hubo quien respondió: ‘nomááás’. Mi amigo concluyó que muchos católicos participan de esto sin tener idea de lo que significa.

¿Cuál es el significado de este rito?

En la Biblia dice que la gente se echaba ceniza para expresar dolor (ver Est 4,1) y arrepentimiento (ver Jon 3, 6-8). La Iglesia ha usado la ceniza en este mismo sentido, pues el llamado ‘Miércoles de Ceniza’ marca el inicio de la Cuaresma, que es un tiempo penitencial de cuarenta días en el cual se nos invita a revisar nuestra vida y a sentir dolor por nuestros pecados (es decir, lamentar las veces en que le dijimos ‘no’ a Dios y no vivimos según Su propuesta de amor, paz, perdón, justicia, verdad), así como arrepentimiento y deseo de cambio, lo cual nos prepara para que, al terminar la Cuaresma vivamos a plenitud la Semana Santa en la cual celebramos la razón de

nuestra fe: que Cristo murió por nosotros, para librarnos del pecado, y resucitó, para darnos vida eterna.

Ahora bien, para que ir a ponerse ceniza no sea sólo un ritual vacío sino que sirva como punto de partida para iniciar un camino que haga de la Cuaresma un tiempo de crecimiento espiritual, podemos reflexionar en lo siguiente:

Cuando uno piensa en ceniza viene a la mente lo más obvio: que se trata del polvo que queda luego de quemar algo; en ese sentido, recordemos que Jesús dijo: *“He venido a traer fuego a la tierra, y ¡cuánto desearía que ya estuviera ardiendo!”* (Lc 12, 49), frase que no hay que tomar al pie de la letra (Jesús no era piromaniaco) sino como una imagen en la que el Señor expresa Su anhelo de encender una hoguera en cada corazón: una hoguera que ilumine y destierre toda tiniebla; una hoguera que derrita la frialdad en la relación con Él y con los hermanos; una hoguera en la que se pueda acrisolar lo bueno, como se acrisola el oro; una hoguera que invite a otros a acercarse y a disfrutar de su acogedora calidez; una hoguera en la que se pueda quemar todo lo que es inútil: los viejos rencores, los malos recuerdos, las tristezas, los miedos...

¿Qué tal si consideras que la ceniza que pongan en tu frente anuncia un incendio?, pero no un incendio pasado y extinguido, sino uno que se mantiene al rojo vivo en ti porque aceptas la invitación que se te hace para convertirte y creer en el Evangelio, y eso implica que cada día revisarás que tus pensamientos, palabras y acciones no sólo no sofoquen ese fuego que el Señor ha encendido en tu corazón, sino que le permitan crecer y lo propaguen a tu alrededor.

Que el Miércoles de Ceniza no sea un día para cumplir un rito sólo por costumbre o, peor, por superstición, sino una oportunidad para meditar y detectar de qué manera concreta colaborarás con el Señor para incendiar el mundo: quizá siendo antorcha que alumbré y consuele a alguien que se siente en tinieblas porque está enfermo, anciano o solo; fogata alrededor de la cual puedan reunirse y reconciliarse los que

estaban distanciados; vela, aparentemente pequeña pero capaz de llevar una luz de alegría y esperanza a los de tu propia casa...

Cada Miércoles de Ceniza se nos advierte que somos polvo y al polvo volveremos (nos saben algo...).

Tú elige qué clase de polvo quieres ser: el que se sacude y se barre porque no sirve para nada, o el que queda luego de que se ha permitido que el fuego arrase con todos los rastrojos resecos en un campo: ceniza fértil que enriquece la tierra y hace que se produzca la más rica cosecha...

¡Hagamos la ola!

¿Sabías que así como en los estadios de fútbol se organiza una gran ola humana que ondula por todas las gradas y anima muchísimo el ambiente, la Iglesia también tiene su ‘ola’ para animar el tiempo de Cuaresma? Pues sí, nos la propone cada año en el Evangelio que se proclama al iniciar ese tiempo (ver Mt 6, 1-6; 16-18), y así como la ola futbolera consta de tres partes (estar sentados, levantarse con los brazos en alto y volverse a sentar), la ola que se nos propone a los católicos también está compuesta de tres partes: o de oración, l de limosna y a de ayuno y de abstinencia: ola, y si practicas las tres puedes tener la seguridad de que vivirás los cuarenta días previos a la Semana Santa como una experiencia que animará increíblemente tu vida cristiana. Veamos cómo:

Oración

Suele pasar que muchas personas que creen en Dios no saben cómo hablar con Él, y no por falta de ganas, sino porque quizá se les figura que es algo muy complicado o que está reservado para gente muy buena o ‘muuuy mocha’. La verdad es que para hablar con Dios no se necesitan reglas ni palabras rimbombantes ni posturas ni gestos ni cualidades. Piensa en la persona con la que más a gusto platicas; pues es todavía más a gusto platicar con Dios porque no tiene horarios; nunca se ausenta, ni se duerme, ni se cansa de oírte; le interesa

profundamente todo lo que quieras decirle; te conoce como nadie; te ama más que nadie y está siempre dispuesto a intervenir en tu vida para bien. ¿Se te hace poco? La Iglesia te invita a que cada día tomes un tiempito -cuando menos quince minutos, ojalá media hora- para dedicárselo a este Amigo que está siempre esperando que acudas a Él, no sólo en las emergencias ni sólo para pedirle y pedirle cosas, sino para alabarlo por todas Sus maravillas, agradecerle los favores que te hace, pedirle perdón por tus faltas de amor, contarle todo lo que traes adentro, encomendarle a tus seres queridos, tus proyectos, tus sueños; meditar Su Palabra y aprender a detectar los mil detalles que sucederán en tu vida como clara evidencia de que te escucha y te responde.

Limosna

Cuando se invita a la gente a dar limosna, hay quien dice: ‘si apenas me alcanza con lo que gano, ya parece que voy a dar limosna’; otros responden dejando caer una monedita en la mano de un mendigo, pero ¡eso no es dar limosna! La palabra ‘limosna’ significa: ‘misericordia de Dios’ lo cual implica poner el corazón en la miseria de otra persona (y por miseria no se entiende solamente pobreza económica sino toda clase de pecados y defectos). Dar limosna implica amar a los demás, es decir, buscar un modo concreto de hacerles un bien, sean como sean. En esta Cuaresma se te invita a mirar a tu alrededor, detectar quién está necesitado no de tu juicio, indiferencia o intolerancia, sino de tu amor, y hacer algo concreto cada día para que se sienta amado con un amor compasivo, generoso y gratuito, como el que recibes tú de Dios, a manos llenas.

Ayuno/**A**bstinencia

Hay dos días de ayuno al año: Miércoles de Ceniza y Viernes Santo, en que se invita a los fieles a consumir un alimento muy ligero, como una mortificación que nos ayuda a aprender a dominarnos a nosotros mismos y a dedicar nuestra

atención a las cosas de Dios y no a las del mundo. Respecto a la abstinencia, mucha gente cree que consiste en dejar de comer carne roja los viernes -y atracarse de romeritos o de un sabroso pescadito al mojo de ajo- pero esto es desvirtuar el sentido de esta práctica. Dejar de comer carne es lo elemental, pero como cristiano se pide más de ti: no comerte a ese 'prójimo' que te cae gordo; no sólo dejar de ver la tele, sino usar ese tiempo para visitar a algún anciano o enfermito; no sólo privarte de fumar o de tomar alcohol, sino dar el dineral que te ahorraste a quien más lo necesite; en suma: que lo que dejas haga una diferencia a favor de alguien.

Si la ola en un estadio crea una atmósfera de alegría y solidaridad, ¡imagínate lo que podríamos lograr en el mundo si todos los católicos nos decidimos a hacer la 'ola' de Dios! No te quedes con los brazos cruzados, el Señor cuenta contigo, ándale anímate, ¡aquí viene ya la ola!, levántate, ¡te toca a ti!

Dios no se mide...

Si Abraham hubiera vivido en el DF cuando Dios le pidió que saliera a contar las estrellas y le prometió que así de numerosa sería su descendencia, hubiera pensado: ‘¿jule, ya estuvo que me quedé sin sucesores’ -porque con tanto smog no hubiera visto ¡ni una!- pero no, Abraham no era ‘chilango’ y el cielo que salió a contemplar era un cielo nocturno tan puro y lleno de estrellas que debe haberle causado una intensa emoción. ¿Te imaginas lo que habrá sentido este anciano mientras no sólo sus ojos se iban cuajando de luces sino también su corazón al vislumbrar que se cumpliría su más hondo anhelo, su más loco sueño, lo que ya no se atrevía a esperar? Se había pasado la vida deseando tener un hijo con Sara su mujer y no había podido. Ahora él era un viejo y su mujer también. Y cuando según él ya no había nada que hacer al respecto, Dios le promete algo que rebasa por completo todo lo que hubiera podido imaginar: que sería padre de un pueblo innumerable. Seguramente Abraham no aspiraba a tanto y se hubiera conformado con mucho menos, ¡ah! pero Dios no se mide cuando se trata de prometer maravillas y cumplir lo prometido...

Esta escena del libro del Génesis (ver Gen 15, 5-12.17-18), se presta para que nos preguntemos qué esperamos de Dios: Sería una pena que esperáramos demasiado poco, pues Él tiene ¡tanto para ofrecernos! ¿Cómo reaccionamos ante las

promesas de Dios? ¿Cómo reaccionas tú? Cuando promete librarte de tus ataduras y opresiones; llevar tus cargas; darte descanso; llenar tu corazón con una alegría que nadie te pueda arrebatarte; ir a prepararte un lugar para que pases con Él la eternidad; quedarse contigo todos los días hasta el fin del mundo...¿le crees?, o ¿sólo crees en lo que te parece sensato y humanamente posible? ¿Permites que tus límites te desanimen?, ¿que le arranquen las alas a tus sueños? El texto que leemos hoy dice que Abraham le creyó a Dios. Así de simple. No porque le sonara lógico lo que le prometía (de hecho pensar en ser papás primerizos a su edad hizo que tanto a Abraham como a Sara les ‘ganara la risa’: ver Gén 17,17; 18,12), sino porque se lo prometía nada menos que Dios, el Todopoderoso.

El otro día tuve oportunidad de acudir al Domo Digital (una especie de planetario que está junto al Museo Papalote, en Chapultepec, en la ciudad de México), y aunque la función es muy breve (dura unos veinte minutos) es suficiente para que lo hagan a uno ver una noche estrellada como quizá nunca la ha visto (seguramente muy similar a la que contempló Abraham), y lo lleven a uno a viajar al cosmos desde donde se ve la tierra como un puntito tan minúsculo que uno se da cuenta de que ¡somos pequeñititos!, ¡una nada verdaderamente! Ante esto uno puede desarrollar ‘baja autoestima’; preguntarle a Dios como el salmista: ‘¿qué es el hombre para que de él te acuerdes?’ (Sal 8,5), o bien puede optar por regocijarse con este pensamiento: el Creador de toda esta magnificencia ¡también nos creó a nosotros!, y para Él no somos poca cosa: nos ama, se interesa por lo que hay en nuestro corazón, nos sostiene en la palma de Su mano y cuando nos promete algo -por increíble que parezca- ¡tiene absolutamente todo el poder para cumplirlo! Luego de este paseíto por el universo se ve desde otra perspectiva lo que Dios promete no sólo a Abraham, sino a Moisés, a María, a Sus apóstoles y a todos cuantos confían en Él -lo cual nos incluye a ti y a mí-: Aquel que crea lo mismo inmensas galaxias que diminutos copos de

nieve, cometas que catarinitas, lo puede todo y nunca nos dejará ‘colgados de la brocha’. Dice el profeta:

*‘Bendito aquel que confía en el Señor,
pues no defraudará el Señor su confianza’.*

(Jer 17,7)

Los cristianos celebramos no sólo que Dios cumple Sus promesas, sino lo que eso significa para nosotros, para ti: que Aquel que derrotó la tiniebla es Quien promete librarte del temor y la desesperanza; Aquel que resucitó es Quien te promete la vida eterna.

Deja que tu alma se inunde con el gozo de saberte destinatario de las más extraordinarias promesas de un Dios que cumple lo que promete y sin medida...

El poder de las mujeres

El otro día apareció en el periódico la furibunda declaración de una ultrafeminista que afirmaba ser católica, pero se quejaba amargamente porque decía que ‘en la Iglesia las mujeres no tienen puestos de poder’. Al leer su comentario, no puede uno menos que preguntarse: ¿Qué no se da cuenta de su incongruencia al pretender ser de Cristo y al mismo tiempo ambicionar poder? Jesús dijo:

*“...el que quiera llegar a ser grande entre vosotros,
será vuestro servidor,
y el que quiera ser el primero entre vosotros,
será esclavo de todos,
que tampoco el Hijo del hombre
ha venido a ser servido, sino a servir
y a dar su vida como rescate por muchos.”*

(Mc 10, 44-45).

Quien anhela puestos de poder en la Iglesia no ha entendido que para ser verdadero cristiano hace falta desapegarse, romper ataduras, hacerse menos, no buscar tener más, amarrarse más a este mundo, ‘apantallar’ más... A quienes tienen puestos ‘altos’ no hay que envidiarlos sino compadecerlos: están sometidos a tremenda presión y a muchas tentaciones, y además tendrán que rendir cuentas muy

rigurosas. Recordemos que *‘a quien se le dio mucho, se le reclamará mucho; y a quien se confió mucho, se le pedirá más’* (Lc 12, 48b).

Ante la queja de esa feminista, habría que responder: Las mujeres sí tienen poder en la Iglesia, y ¡mucho!, pero así como los criterios de Dios no coinciden con los del mundo, el poder de las mujeres en la Iglesia no es un poder como lo entiende el mundo, sino muy diferente.

Pensemos en María. Cuando el ángel le anuncia que será la Madre Virgen del Salvador, ¿qué hace ella? ¿Sentarse a planear su ‘gabinetazo’ ahora que va a ser nada menos que mamá de Dios? ¿Idear antojos imposibles para que el Padre de su Hijo se los cumpla? ¿Buscar casa en un rumbo mejorcito? ¿Inscribirse en la ‘mesa de regalos’ de algún importante almacén para asegurarse un succulento ‘baby shower’? ¡Nada de eso! La mujer que más derecho tiene para ‘crearse lo máximo’, no piensa ni un segundo en ella misma, no se queda regocijándose con el ‘poder’ que puede aprovechar como progenitora del Señor, no. Para demostrar que no hay imposibles para Dios, el ángel le ha dicho que Isabel está embarazada, y María, en lugar de archivar esa información como algo secundario y concentrarse en el notición de su futura maternidad (como nosotros, que solemos preocuparnos por lo que nos atañe directamente y descartamos lo que les pasa a los demás), se siente interpelada por este dato. Como mujer que no está viendo quién le sirve sino a quién servir, piensa de inmediato que si Isabel, que es considerada una ‘anciana’, tiene seis meses de embarazo, seguro necesita ayuda, y ella está dispuesta a ayudarla. Así de simple. No espera que nadie le diga que tiene que ir, le basta con saber que hay una necesidad, para sentir que le concierne a ella (a diferencia de nosotros, que con frecuencia justificamos nuestra inacción diciendo: ‘nadie me pidió que ayudara’). No considera que ya hizo suficiente con aceptar el paquetazo de ser la madre del Señor (como nosotros, siempre tan dispuestos a hacer la reseña de toooodo el bien que ya hicimos para que a nadie se le ocurra pedir que hagamos más). No se pone a ver a

quién manda en su lugar (como nosotros, que somos expertos en eso de ‘delegar’ asuntos engorrosos para que los hagan otros). Nada de eso. La madre de Dios no reclama ‘puestos de poder’, se coloca voluntariamente en el último puesto, y, sin saberlo, elige lo mejor: el puesto favorito de Dios, en el que suele hacerse presente entre nosotros, en el que suelen encontrarlo los que lo buscan...

Quien se preocupa por adquirir poder entre los hombres, pierde automáticamente el poder ante Dios, porque a Dios se le conquista desde la pequeñez (¡si lo sabrá María, que proclama su gozo porque el Señor ha puesto sus ojos en ella, que se considera su esclava -ver Lc 1, 48).

Dice San Pedro, recordando las palabras del libro de Proverbios 3,34: “*Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes*” (1Pe 5,5).

La mujer, como todo creyente, está llamada a amar y servir, y, como dice Juan Pablo II, en el amor y en el servicio aporta su particular carisma: su ternura de madre, su delicadeza de amiga, su sabiduría de maestra, su abnegación al lado de un enfermo, en fin, su sensibilidad femenina, para enriquecer a la Iglesia. En ello radica su poder.

Recordemos a la hermana de Marta, María, quien unos días antes de que comenzara la Pasión del Señor, entra a donde están cenando Jesús y los discípulos, y unge con perfume de nardo los pies de su Señor. Esta mujer no aprovecha esos momentos para exigir un buen ‘hueso’, para pelearse por ver quién es el más importante (como hacen más adelante los discípulos -ver Lc 22, 24-26), sino que se dispone a hacer lo que sabe hacer mejor: volcar toda su ternura en su Maestro, y aligerar un ambiente que percibe silencioso y sombrío (es fácil imaginar que quizá todos ahí estaban ensimismados, callados, sin animarse a hablar de lo que sentían que sucedería en poco tiempo). Dice San Juan que *‘la casa se llenó del olor del perfume’* (Jn 12,3c). La exquisita sensibilidad de una mujer, transforma por completo la atmósfera, inundándola con el aroma delicioso de una flor. ¡Qué poder!

La misma feminista entrevistada decía que las mujeres no tienen poder en el cristianismo porque éste es producto de una mentalidad ‘machista’. Se nota que no conoce a Jesús, que no es ni machista ni misógino, y como muestra de ello basta leer las páginas del Evangelio: En primer lugar, elige nacer de una mujer (ver Mt 1, 18; Gal 4,4); la primera vez que acepta públicamente ser el Mesías, se lo anuncia a una mujer, la samaritana junto al pozo (ver Jn 4, 25-26); una de las primeras cosas que hace al iniciar Su ministerio público es curar a una mujer, la suegra de Pedro (ver Mc 1,29-31); San Lucas comenta que muchas mujeres lo acompañan, junto con los Doce (ver Lc 8,1-3) y, por último, pero no por ello menos importante, elige como testigos de la noticia más maravillosa de todos los tiempos, la de su Resurrección, a ¡las mujeres! (ver Lc 24, 1-11), y ello por encima de la mentalidad de su tiempo, que no considera válido el testimonio que proviene de labios femeninos.

Queda claro pues, que Jesús jamás discrimina a las mujeres. Las que hoy se quejan de que en la Iglesia no tienen ‘poder’, no han comprendido que Jesús no las está ‘haciendo menos’, sino ¡todo lo contrario! las está elevando a un lugar especialísimo, las está asociando a lo que Él mismo vivió, las está invitando a servir como Él. Dice San Pablo que Cristo:

*“...siendo de condición divina,
no retuvo ávidamente los privilegios
de ser igual a Dios,
sino que se despojó de sí mismo,
tomando condición de siervo”*

(Flp 2,6-7a)

En la Última Cena, Jesús se pone a lavar los pies a los discípulos, hace lo que sólo hacía ¡el último de los esclavos de una casa! e invita a sus discípulos a imitarlo.

La feminista mencionada terminaba su comentario mostrando su indignación porque según ella en la Iglesia sólo quieren a las mujeres como ‘personal de servicio’ y no para

‘mandar’. Qué pena que la palabra ‘servicio’ esté tan desprestigiada que haya quien crea que es sinónimo de labor mal pagada, embrutecedora e injusta. El concepto de ‘servicio’ no debe interpretarse como lo interpreta el mundo, sino con criterios cristianos, y en este sentido, servir es sinónimo de amar, y Jesús nos dejó un solo mandamiento, que nos amemos unos a otros como Él nos ama (ver Jn 15,12), por lo cual imitarlo en el amor implica necesariamente imitarlo también en el servicio y poner los propios dones y capacidades a disposición de los demás, para beneficio de todos. ¡No es poca cosa buscar asemejarse a Cristo en esto!

Que nadie se queje, pues, de no tener ‘poder’ en la Iglesia, porque a todos -y a todas- nos ha sido dado el mayor ‘poder’ que puede existir, el único que cuenta, el que verdaderamente determinará no qué puestito ocuparemos en este mundo que se acaba, sino dónde pasaremos la vida eterna: el poder de amar y servir.

De viaje con San José

La primera vez que lo vi San José era un viejito que sostenía un bastón en una mano y en la otra un farol para iluminar a María y al Niño en el pesebre del Nacimiento que se ponía en casa; luego lo encontré en la iglesia, muy rejuvenecido (nunca supe cómo le hizo) cargando al Niño y sosteniendo una varita de nardo, (pues según una antigua tradición, un sacerdote del templo de Jerusalén repartió varitas de nardo entre varios jóvenes para ver quién desposaría a María y la varita de José fue la que floreció, gracias a una ayudadita de ‘allá arriba’, oportuno ‘chanchullo’ celestial...), pero donde realmente aprendí a conocerlo, admirarlo y quererlo fue en la Biblia. En ella se dice de él poco pero ¡sustancioso! En el texto bíblico que cada año se proclama en la celebración de la Solemnidad de San José (ver Mt 1,16-18-21.24), llama la atención una palabra con la que se le describe. Se nos dice que era un hombre “*justo*”. Acostumbrados como estamos a nuestra definición de justicia como un toma y daca parejo, como un darle a cada cual su merecido, quizá nos sorprende que se defina así a José si pensamos que cuando descubrió que María esperaba un hijo que no era de él, no hizo lo que podríamos considerar ‘justo’ que era denunciarla para que recibiera el castigo que se le imponía a las mujeres que se embarazaban sin estar casadas, sino que decidió dejarla en secreto, echarse encima una culpa que no le correspondía y

perderlo todo: casa, trabajo, familia, amigos, planes y su bien ganada buena fama. También nos sorprende que se diga que José era *'justo'* cuando leemos que todos consideraban a Jesús el *'hijo del carpintero'* (ver Mc 6, 3), lo cual significa que cuando supo que el hijo de María había sido concebido por el Espíritu Santo y recibió la increíble encomienda de criar nada menos que al Hijo de Dios, siguió como si nada, practicando su oficio para sostener a su familia; no exigió lo que a nosotros nos hubiera parecido mínimamente *'justo'*: que Dios lo sacara de trabajar; que lo hiciera ganar la lotería; que le construyera un palacio; que lo becara de por vida...

Viendo todo esto uno no puede menos que preguntarse: ¿qué clase de justicia es ésta de San José si parece que él siempre sale perdiendo, que nunca recibe lo que a nuestro parecer es *'justo'*? Es la justicia al estilo de Dios. Es una justicia que podríamos llamar de la *'ley del embudo al revés'*, donde elige lo angostito para él y lo ancho para los demás porque en esta justicia se antepone a todo el amor y la misericordia; en esta justicia *'dar a cada cual su merecido'* es amar sin medida y dar todo a todos, sin escatimar: todo el perdón, toda la ternura, todo el apoyo, toda la ayuda que haga falta. Es la justicia de Dios. La justicia del Amoroso, del Misericordioso, del que da sin esperar nada a cambio; del que nunca hace nada buscando su propio beneficio; del que se entrega sin medida. José es un hombre *'justo'* al estilo de Dios. No por casualidad Él le encomendó el cuidado y la educación de Jesús.

Es significativo que la Solemnidad del *'justo'* San José siempre suceda en Cuaresma, tiempo en el que nos disponemos a celebrar la justicia de Dios: una justicia que no nos envía un castigo para hacernos pagar por nuestras faltas, sino a Su Hijo Único, para rescatarnos del pecado y de la muerte.

Qué tal si así como en el tiempo de Adviento caminamos hacia la Navidad acompañados por Isaías, Juan el Bautista y María (a quienes encontramos en las Lecturas que

se proclaman en Misa en esos días), caminamos el tiempo de Cuaresma llevando como compañero de viaje a San José, encomendándonos a sus oraciones y pidiéndole que nos enseñe a ser ‘justos’ como él para que en nuestra relación con los demás antepongamos al juicio la misericordia; para que en nuestra relación con Dios no impere el cálculo sino la gratitud y el amor; para que cuando las cosas se pongan difíciles permitamos que el Señor nos haga soñar y nos atrevamos a llevar luego a cabo Su proyecto. En tan buena compañía llegaremos a celebrar la Pascua con el gozo de comprobar, como José, que aun en la noche más oscura, la Luz del Señor rompe la tiniebla y el alba siempre llega cuando uno se deja despertar y conducir por Dios.

Lluvia

La sequía ha durado demasiado tiempo. El cauce del río se ha convertido en una hondonada polvorienta; no hay follaje en los árboles, no hay arbustos en la llanura. La fauna salvaje que habita en esta zona no puede resistir mucho más. Los monos escarban y escarban la tierra en espera de encontrar alguna raíz que puedan comer; las jirafas mordisquean unas vainas secas en lo alto de los árboles; los animales más pequeños se quedan donde están, acalorados, sedientos, decaídos. Así pasan los días. Algunos mueren. La situación es desesperante. Entonces sucede el milagro. El aire trae aroma de lluvia y allá a lo lejos, en las montañas, se ven unas nubes oscuras que pronto descargan una torrencial tormenta entre rayos y truenos. Al día siguiente se nota un cambio en el ambiente. Los animales se espabilan, levantan las orejas, escuchan algo que es música para sus oídos: el ruido del agua que se acerca. Por el lecho reseco del río va avanzando lento pero seguro, un arroyo mezclado con tierra, espeso, chocolatoso, que ocupa las márgenes de lado a lado y va avanzando, como una ola discreta que va poquito a poco ganando terreno y sigue y sigue su curso interminablemente. En poco tiempo, esa primera agua lodosa va aclarándose, va volviéndose cristalina, va tiñéndose del azul intenso del cielo y se vuelve una fiesta contemplarla pura y refrescante. Los animales que la han estado mirando inmóviles como no acabando de creer lo que ven sus ojos, por fin se le aproximan.

Los elefantes la chupan con sus trompas y se la echan encima gozando de lo lindo la inesperada ducha; los demás se dedican a desquitar su sed. Todos se acercan a beber juntos; ninguno se siente amenazado: hay un tácito acuerdo de que no es hora de aprovechar la ocasión para devorar al vecino. El agua lo ha transformado todo.

Esta escena que suele suceder en África viene a la mente al leer lo que dice el Señor a través del profeta Isaías:

*“Me darán gloria las bestias salvajes,
los chacales y las avestruces,
porque haré correr agua en el desierto
y ríos en el yermo
para apagar la sed de mi pueblo escogido.”*
(Is 43, 20)

La imagen de ríos que corren en la tierra árida se aprecia más cuando se piensa en que el agua es realmente capaz de transformar un desierto en un vergel. Pero no se trata de hacer aquí una reflexión ecológica, sino una comparación espiritual. Hay un Salmo que dice: *“Como cambian los ríos la suerte del desierto, cambia también ahora nuestra suerte, Señor.”*(Sal 126, 4). Probablemente en uno u otro momento de nuestra vida todos hemos tenido momentos de reflexión, de introspección, de visitar nuestros desiertos interiores y reconocer que hay áreas en nuestro corazón que están áridas, reseca, muertas: áreas en las que quizá hace mucho que no reverdece el perdón; áreas que se han ido quedado sin brotes nuevos de comprensión, de tolerancia, de ayuda hacia otros; áreas de las que ya no sacamos ni una gota que mitigue en los demás la sed de amor, de fraternidad, de justicia, de paz, de reconciliación. Reconocemos nuestra sequía y nos preguntamos si no es demasiado tarde, si aún habrá remedio.

Como respuesta vienen las esperanzadoras palabras que nos dice el Señor:

*“No recuerden lo pasado ni piensen en lo antiguo;
Yo voy a realizar algo nuevo. Ya está brotando.
¿No lo notan?
Haré que corran los ríos en la tierra árida...”*
(Is 43, 18-19)

El Señor nos pide que no nos atoremos en lo que ya pasó, que no nos quedemos instalados en nuestros desiertos, porque Él puede hacer que corran los ríos donde parecía imposible. La buena noticia que nos trae la Palabra es que hay esperanza para nosotros porque el Señor tiene el poder para transformar nuestros desolados paisajes interiores en oasis. Sólo se necesita que nos abramos a la acción de Dios en nuestra vida, que dejemos que llueva sobre nosotros Su gracia transformadora, como agua limpia que empape nuestra tierra y la inunde hasta provocar que ahí donde no creíamos que pudiera brotar nada, nos brote el amor, la alegría, la paciencia, la misericordia, como un río caudaloso del que muchos hermanos tengan por fin el gozo de abreviar...

¿Hace cuánto que no te confiesas?

Cuando le haces esta pregunta a alguien, con lamentable frecuencia te responden: ‘uuuuuyyyy, ni me acuerdo’, o ‘supongo que antes de hacer mi Primera Comunión’, o peor aún: ‘nunca’. Muchos creyentes sienten que la Confesión -es decir, el Sacramento de la Reconciliación- ‘no es para ellos’, y suelen explicar por qué citando alguna de estas cuatro objeciones que vale la pena revisar y responder:

1. No tengo pecados

Cuando alguien afirma esto -y no es la Virgen María- cabría preguntarle qué entiende por ‘pecado’; quizá cree que pecar es hacer algo gordo como matar a alguien o robar un banco, pero no sólo es así. Pecar es decirle ‘no’ a Dios, a lo único que te pide que es amar. Jesús nos dejó sólo un mandamiento: *‘que os améis unos a otros como Yo os amo’* (Jn 15, 12) y advirtió también que el pecado no sólo abarca las obras, sino las intenciones del corazón (ver Mt 5, 21-28), así que, cada vez que piensas pestes de alguien, deseas su mal, envidias, juzgas, albergas rencor, estás pecando. También se peca de palabra: por ejemplo cuando mientes, criticas, difamas a otros; de obra: cuando haces algo por rencor, ira, egoísmo o para dañar; y de

omisión: cuando no haces un bien que podrías haber hecho. ¿Te das cuenta? ¡Es facilísimo pecar!, ¿quién no ha dicho una mentira?, ¿quién no ha sentido rencor? Dice San Juan: “*Si decimos: ‘No tenemos pecado’, nos engañamos*” (1Jn 1,8).

2. ¿Por qué tengo que ir a decirle mis pecados a uno que quizá es más pecador que yo?

Por dos razones:

a) Porque a quien le dices tus pecados es a Dios

El sacerdote es sólo un mediador para que tú puedas recibir el perdón de Dios, y la efectividad de este Sacramento no depende de la santidad del sacerdote.

b) Porque fue Jesucristo el que instituyó el Sacramento de la Reconciliación

Él dio a Sus apóstoles el poder de perdonar pecados en Su nombre (ver Jn 20,22-23; Mt 16,19 y 2Cor 5,18) y para que pudieran perdonarlos ¡tenían que oírlos! y obviamente delegar este poder a sus sucesores a través de los siglos. Jesús instituyó este Sacramento para tu bien.

3. Tuve una mala experiencia y ya no quiero volverme a confesar

¿Nunca has tenido un incidente desagradable durante la comida? Y no por eso has dejado de comer.

Es cierto que no todos los sacerdotes tienen el carisma de ser buenos confesores, pero afortunadamente son muchos los que tienen la paciencia, sabiduría y tacto que se requieren.

No dejes que una mala experiencia te prive de disfrutar un Sacramento en verdad consolador. Pídele a algunos católicos que conozcas que te recomienden a un sacerdote que sepan que es buen confesor, ve con él y verás la diferencia.

Date una oportunidad.

4. No necesito confesarme; le pido perdón a Dios en mi interior y basta

El Sacramento de la Reconciliación te da muchas cosas que no puedes obtener por ti mismo:

a) Decir lo que hiciste.

No es lo mismo pensar que hiciste mal y olvidarlo, que decírselo a alguien. Eso te hace reconocerlo, asumirlo y buscar cambiar (Como cuando en las juntas de Alcohólicos Anónimos alguien se levanta y dice su nombre y reconoce que es alcohólico: comienza su sanación).

b) Desahogarte.

Hay cosas que has hecho que no puedes contarle a nadie. Es un alivio poderlas decir al sacerdote y saber que él no las dirá a nadie, bajo pena de excomunión.

c) Recibir consejo.

Por su gracia sacerdotal, experiencia y todo lo que ha oído, un buen confesor te ilumina, te da ideas para superar tu pecado que a ti no se te hubieran ocurrido.

d) Recibir el perdón de Dios.

¡Es maravilloso que Dios condescienda a permitir que un hombre perdone lo que le hacemos a Él! Escuchar las palabras de la absolución y recibir la bendición es sentir de manera palpable que el Señor nos perdona.

e) Recibir una gracia especial para superar tu pecado.

El Señor derrama sobre ti toda Su gracia y Su ternura y te da una fuerza especial para que no caigas de nuevo en aquello que te hizo caer. Es algo extraordinario que te pierdes si no te confiesas.

Quando leemos la parábola del ‘hijo pródigo’ que Jesús nos cuenta como ejemplo del amor de Dios Padre (ver Lc 15,11ss), nos conmueve lo que sucede al joven que luego de haberse alejado y caído en lo peor vuelve a casa: es recibido por su papá que ¡lo abraza y lo besa! Siempre he pensado que afuera de los confesionarios debería haber alguien abrazando a los que salen de confesarse, para hacerlos sentir ese gozoso

gesto de bienvenida del Padre celestial que está haciendo ¡fiesta! por su conversión.

La Iglesia pide que te confieses cuando menos una vez al año para asegurarse de que aunque sea cada doce meses aligeres tus cargas y te dejes apapachar por Dios, Padre amoroso que viene a tu encuentro con los brazos abiertos. ¿Lo dejarás abrazarte o lo dejarás esperando? Tú decides...

Por ti

Supe de un niño chiquito al que sus abuelos llevaron a la iglesia. Cuando vio a Jesús en la cruz, preguntó: ‘¿por qué está ahí, eh? y la abuela queriendo darle una especie de mini lección de teología le dijo: ‘por nosotros, mijito, por nuestros pecados’. Cuando el niño fue al catecismo, la maestra preguntó: ‘¿saben por qué murió Jesús en la cruz?’ El niño gritó muy convencido: ‘¡por mis abuelitos, maestra!’’. Les dio risa la respuesta del niño, pero la verdad es que no estaba tan desencaminada, sólo se quedó ¡corta!: efectivamente Jesús murió en la cruz por los abuelitos de ese niño, pero no nada más por ellos, sino por todos nosotros, por ti y por mí. Pero no hay que tomar esto en el sentido de decir: ‘por nuestra culpa’, porque no ganamos nada con sentirnos culpables. Más bien habría que entender esto en un sentido positivo: Jesús aceptó morir en la cruz por amor a nosotros. (Alguien podría decir: ‘no por mí, yo todavía ¡ni nacía!’), pero hay que tener en cuenta que para Dios no existe el tiempo, y aunque en ese momento todavía no hubiéramos nacido, Él ya nos amaba, ya nos tenía presentes en Su corazón).

Considera cómo te quedarías si un día pudieras preguntarle a Jesucristo: ‘¿cómo le hacías para aguantar los golpes, los escupitajos, los azotes, el peso del madero, que te clavaran las muñecas y los pies?, ¿cómo no te quebrabas, qué te impulsaba a seguir resistiendo?’ y te respondiera: ‘pensar

en ti'. Seguramente te sorprendería mucho Su respuesta, pero es la verdad. Pensaba en ti, en tus ilusiones y sueños y también en tus temores y angustias; en tu lucha por superar cosas que te agobian; en tu necesidad de tener una esperanza que te anime a continuar; en tu necesidad de que alguien te levante en tus caídas y esté de tu lado en tu lucha contra el mal en tu vida; en tu necesidad de tener una luz en tu oscuridad, un consuelo en tu llanto, una puerta al final del camino para que tu vida no termine en un sepulcro. Y porque pensaba en ti estuvo dispuesto a ofrecer Su vida para darte todo eso, para rescatarte de una vez y para siempre del pecado y de la muerte.

¿Te estremece comprobar el infinito amor que Jesús siente por ti?, quizá se deba a que siempre has pensado que Jesús murió por 'todos' y ese 'todos' te suena a masa anónima, a 'bola de gente' en la que tú no cuentas; quizá piensas que Jesús calculó que valdría la pena Su sacrificio sólo porque habría billones de personas beneficiadas, pero eso no es verdad; grábate esto: si fueras el único ser humano sobre la tierra, de todos modos Jesús habría aceptado morir en la cruz por amor a ti. Así de importante eres tú para Él.

Cuando leas en el Evangelio el relato de todo lo que padeció Jesús desde el momento en que se lo llevan preso en el Huerto de los Olivos, luego de celebrar la Última Cena, hasta que muere en la cruz, te invito a que te metas en la escena, te imagines que estás ahí: sentir el ambiente, veas a los que están ahí, veas a Jesús, seas testigo de todo lo que pasa y de todo lo que Él padece; y todo el tiempo mantengas este pensamiento en tu cabeza: 'todo esto lo vivió Jesús pensando en mí; consideró que yo valía la pena, que valía la pena padecer todo esto para rescatarme a mí, para que yo pudiera vencer al mal y a la muerte, para que pudiera tener vida eterna, para regalarme la salvación; ¡cuánto me ama a mí el Señor!'

Y no hagas esta reflexión solamente una vez, sino cada vez que leas o escuches este relato (incluso si tienes

oportunidad de ver la película 'La Pasión de Cristo' -del director Mel Gibson- piensa en esto también mientras la ves).

Se te pondrá la piel 'chinita' cuando logres captar la enormidad de lo que hizo el Señor por ti, cuando seas consciente del infinito amor que Dios te tiene, pero no te conformes con sólo sentir emoción, asombro o gratitud, mejor pregúntate: si 'amor con amor se paga', ¿qué harás para corresponderle?

Sed saciada

¿Alguna vez has visto a un perro que cree que está llamado a volar? ¿No? Yo tampoco. Quizá puede pegarte un susto horrible ladrándote furiosamente desde una azotea, pero sigues caminando tan tranquilo porque sabes que jamás se le ocurrirá aventarse a la calle: le queda muy clarito que no tiene ni tendrá alas. En cambio es muy posible que sí hayas visto a una oruga que aparentemente es sólo un gusanito, pero que está tan segura de que un día volará que se dedica a tejerse una casita y se atreve a encerrarse en ella por completo -aunque queda aislada y a oscuras- porque de alguna manera sabe que ahí tendrá lugar una transformación increíble y un día saldrá convertida en mariposa, lo cual sucede. Y si te estás preguntando por qué me puse tan ‘zoológica’ te diré que es para probar una cosa: que en la Naturaleza todos los seres tenemos un instinto básico que nos dice qué somos, qué podemos y qué no podemos hacer y hasta dónde podemos o no llegar, y así como ningún animal trata de ser otra cosa porque intuye que no puede lograrlo, es interesante reconocer que todos los seres humanos de todos los tiempos, desde los de las civilizaciones más antiguas y primitivas hasta los de nuestros días tenemos un instinto de supervivencia que va más allá de esta vida: tenemos la seguridad de que podemos ser mucho más de lo que somos; que nuestra existencia no termina con la muerte; que hay algo más allá. Eso significa que si Dios nos creó con esta sed, es porque también creó la fuente que puede

saciarla; que si anhelamos la vida eterna es porque estamos llamados a vivirla; si no fuera así bien podríamos haber nacido con la sencilla aceptación de que una vez que nos muriéramos todo acabaría en un hoyo en la tierra, pero nos rebelamos ante esta idea, nos resistimos a aceptar semejante fin, y no por un absurdo deseo nacido del capricho o del miedo, sino porque Dios nos puso en el fondo del alma la semilla de la inmortalidad, el anhelo de vivir la vida sin final a la que nos tiene destinados desde antes de traernos a este mundo.

Los cristianos celebramos el cumplimiento de este deseo; celebramos que derrotaremos a la muerte; que esa nostalgia de infinito que sentimos en lo más hondo no es espejismo ni absurda ilusión ni simple fruto de nuestro temor ante la nada. Celebramos que viviremos para siempre porque Aquel que nos prometió que resucitaremos ¡resucitó!

Los católicos de la iglesia ortodoxa de Oriente se felicitan así en Pascua: uno dice: ‘¡Resucitó!’ a lo que otro contesta: ‘¡En verdad resucitó!’. Entre nosotros quizá haya quien a semejante saludo respondería, lamentablemente, ‘¿y a mí qué?’. Hay muchas personas que dicen creer en Jesús, pero que no celebran Su Resurrección porque la ven como algo que no tiene nada que ver con ellas. No se han dado cuenta de que el hecho de que Jesús resucitara lo cambia ¡todo!, le da un nuevo rumbo a la existencia. En primer lugar responde a una de las interrogantes que más preocupan al ser humano: ‘¿habrá vida después de la muerte?, y más específicamente: ¿tendré vida después de mi muerte? Y la responde con un rotundo ¡sí!, ¡tendrás vida! Jesús prometió que resucitaría y nos resucitaría, y si cumplió lo primero puedes estar seguro de que cumplirá lo segundo. Eso quiere decir que en Pascua no sólo celebramos que Jesús dio el paso de la muerte a la vida (de ahí el nombre de ‘Pascua’ que significa ‘paso’), sino que hizo posible que lo demos nosotros también. Y esto ¡te incluye a ti!

Estamos de fiesta porque nos ha sido regalada la vida que no termina, y eso le da sentido a lo que vivimos aquí y

ahora; ilumina todas nuestras experiencias: empequeñece las tristes y dolorosas y enriquece las buenas con la alegre esperanza de que un día serán ilimitadas.

Regocíjate con la noticia más extraordinaria de toda la historia: Jesús derrotó el mal, el pecado, la muerte, y Su victoria es también tuya si lo tomas de la mano y te dejas conducir por Él y permites que alumbre tu presente y tu futuro esta feliz convicción: ¡Resucitó! ¡En verdad resucitó! ¡Aleluya!

100 - 1 = 200

Imagínate que un banco pone a tu nombre una cuenta millonaria y te promete que cada vez que retires una cierta cantidad, el dueño te repondrá esa cantidad multiplicada por cien, sin importar si sacaste poco o muchísimo. ¿Cómo reaccionarías? Quizá al principio te costaría trabajo creer en semejante trato, pensarías que el dueño del banco está loco o que te están jugando una broma; quizá la primera vez harías un retiro pequeñito para ver qué pasaba, y al comprobar en tu estado de cuenta que efectivamente se te repuso multiplicada por cien la cantidad que sacaste, te alegrarías por tu increíble buena suerte y te dedicarías a sacar y sacar cantidades cada vez mayores lo más rápidamente posible antes de que el banco quebrara (pensarías: al paso que va...).

Pues bien, podemos celebrar la existencia de semejante banco. Se trata del banco de la misericordia, y el dueño es Dios y sí, se podría decir que está un poco loco (pero de amor por nosotros, qué le vamos a hacer) y que es exageradamente dadivoso (pero ni modo de reclamarle, si ¡somos los beneficiados!) pero eso sí: podemos estar seguros de que este banco no quebrará ¡nunca! y que su Dueño no huirá a ninguna parte con nuestras inversiones...

Este banco se rige por un sencillo principio: “*dad y se os dará*” (Lc 6, 38), lo cual traducido en el tema que nos ocupa implica que serán los misericordiosos los que obtendrán

misericordia (ver Mt 5, 7), o lo que es lo mismo: que si quieres recibir misericordia de Dios, debes estar dispuesto a darla a los demás; si quieres que Dios sea generosamente misericordioso contigo debes ser generosamente misericordioso con los demás. Y no es que tú tengas que ‘ganarte’ este don de Dios, no. El Señor te lo ha regalado a manos llenas desde antes de que nacieras y te lo ha seguido regalando aunque no te lo merecieras. Si el Señor te llama a dar misericordia es porque eso te beneficiará en primer lugar a ti (permitiéndote ser fiel a la vocación a amar a la que te llamó cuando te dio la vida), pero también porque no quiere que te vuelvas avaro con lo que te da (recuerda lo que platicó Jesús en Mt 18, 23-35, acerca de cómo le fue a ese hombre que no quiso perdonarle a un compañero una deuda pequeña, cuando a él le había sido perdonada una deuda inmensa...Nobleza obliga.).

Cada año, en el segundo domingo de Pascua se festeja la Misericordia Divina. Festejamos que nuestro Dios no nos desprecia si caemos y pecamos, ni se aparta horrorizado de nosotros cuando no nos comportamos como hijos Suyos y nos dejamos llevar por el egoísmo, la ira, la intolerancia, el resentimiento. Festejamos que Dios pone Su corazón en nuestras miserias (la palabra ‘misericordia’ viene de ‘miseria’ y ‘corazón’); que es capaz de compadecerse de nosotros y comprendernos sin juzgarnos ni condenarnos. Festejamos que está siempre dispuesto a disculparnos cuando le pedimos perdón, tendernos la mano para levantarnos y enderezar nuestro camino, porque Su misericordia es eterna.

La mejor manera de celebrar todo esto es tener con otros la misma actitud de Dios hacia nosotros: no despreciarlos; no horrorizarnos de ellos; no juzgarlos ni condenarlos; perdonarlos... Supe de una señora que cuando sus niños le preguntaban qué quería de ‘cuelga’, respondía: ‘que se porten bien’. Si le preguntáramos al Señor cómo quiere que celebremos Su misericordia seguramente nos diría que no sólo un domingo, sino todos los días del año nos ‘portemos bien’ de esta manera: practicando la misericordia con esa persona que nos cae en el ‘hígado’; con ése al que no hemos perdonado;

con aquélla de la que siempre hablamos mal; con éste pariente tan difícil; con esa gente que nos ha hecho daño...

Jesús se apareció a la religiosa polaca Santa Faustina Kowalzca, le pidió que mandara pintar un cuadro que lo representara como Señor de la Misericordia Divina, y prometió muchos favores y gracias especiales a quien venerara esta imagen en su hogar. ¿Por qué quiere el Señor que esta imagen sea tan difundida y contemplada? Quizá porque alberga la esperanza de que quienes contemplen esta imagen permitan que su mensaje penetre su corazón, y el verla sea un continuo recordatorio de que la Misericordia Divina brota a raudales, pero el que la quiera recibir multiplicada, tendrá que aprender a regalarla...

¿Como niños?

Todo estaba demasiado grande y alto y te colgaban las piernas en las sillas; las tías te pellizcaban los cachetes; los tíos te hacían ‘pat pat’ en la cabeza; tus hermanos mayores te agarraban de mandadero; tu mamá te enviaba a acostar cuando la plática se empezaba a poner buena; en la escuela un grandulón te arrebatava tu paleta durante el recreo y, horror de horrores, había clases ¡de aritmética y de geometría! Quizá algo de esto te sucedió en la infancia, y ahora que te alegras de ser un adulto que dejó atrás todo aquello descubres que Jesús te sale con que: “*Si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos*” (Mt 18,3). ¿Qué? ¿Hacerse *como niños*? ¿Qué quiere decir con eso?

Obviamente Jesús no nos está pidiendo que revivamos una etapa que pertenece al pasado, ni nos está invitando a ser berrinchudos o llorones, ni nos está anunciando, como disparatadamente han interpretado algunos, que reencarnaremos (los católicos no creemos en la reencarnación, en ‘ganarnos’ la salvación viviendo una vida tras otra: sabemos que Jesús nos salvó de una vez y para siempre, con Su muerte y Resurrección. Ver Heb 9, 27-28).

Para entender las palabras de Jesús quizá viene al caso recordar a un amigo cuyos hijos son adolescentes y que me decía el otro día con nostalgia: ‘Cómo extraño esos tiempos en

que mis hijos eran niños. Eran buenos, cariñosos, obedientes. Les pedía algo y lo hacían. Les encantaba estar conmigo; me contaban todo lo que les pasaba; me consideraban lo máximo: ahora les caigo gordo; por todo me critican; todo me lo cuestionan; ni de relajo quieren salir a alguna parte conmigo y ya nunca están en la casa; les pido algo y no lo hacen; los regañan y se enojan; se han vuelto rebeldes, malhumorados; vienen sólo a pedirme dinero y a sacar comida del refri, luego se van dando un portazo; no hay comunicación; no los entiendo. ¡Cómo extraño aquellos tiempos de antes!

Oigo a mi amigo y me da ternura pensar que Dios Padre quizá dice lo mismo de nosotros, extraña en nosotros esas características infantiles que hacen feliz a un papá.

Por ejemplo: A un niño le encanta que su papá lo apapache, en cambio nosotros ¡cuántas veces entramos y salimos de la iglesia con cara de fastidio, molestos por tener que ir, sin permitirle a Dios que nos consuele con Su Palabra, que nos abraza en la Reconciliación, que nos alimente con la Eucaristía!

Un niño mantiene intacta su capacidad de asombro, capta la belleza en las cosas más simples y se puede pasar largo rato contemplando una hormiguita, un rayito de sol en el agua de una fuente, en cambio nosotros ya no sabemos maravillarnos por lo que nos rodea, y por andar de prisa en nuestros asuntos nos pasan desapercibidas las señales que Dios va dejando en nuestro camino como prueba de que existe y nos ama...

Un niño se emociona con la cercanía de un ser querido, se regocija con la visita de alguien a quien ama, a nosotros en cambio ya no nos regocija que el Creador del universo haya venido no sólo de visita, sino a vivir en nuestro mundo, ya no nos hace saltar de alegría que haya querido compartir nuestra condición humana; no nos estremece que nos ame tanto que haya aceptado morir por nosotros, para rescatarnos del pecado y darnos vida eterna.

Un niño hace lo que su papá le ordena, en cambio a nosotros el Señor nos ha pedido una sola cosa: que nos

amemos como Él nos ama, y nos empeñamos en hacer lo contrario: nos llenamos de ira, de rencor, de envidia, de intolerancia, de deseos de venganza.

Un niño disfruta platicándole todo a su papá, pero nosotros dejamos a Dios plantado, esperando inútilmente que le hablemos; pensamos que hay otras cosas mejores que hacer que dedicarle un ratito de oración.

Un niño confía totalmente en su papá, no se pregunta si sabrá elegirle un buen kinder o si sabrá educarlo, y deja que sea su papá quien le explique el mundo porque le cree lo que le dice, en cambio nosotros vivimos cuestionando a Dios, quejándonos, enojándonos con Él porque como que no creemos que permite sólo lo mejor para nosotros y nos choca que no haga lo que le exigimos.

Un niño quiere estar siempre con su papá, en cambio nosotros a veces acudimos al Señor nada más cuando hay una emergencia. Le pedimos un favor y después nos olvidamos de Él; o vamos a Misa sólo por cumplir, nos acercamos a comulgar y nos vamos de ahí lo más pronto posible. Pretendemos crearnos un ‘dios-de-bolsillo’ para usarlo a nuestra conveniencia y nos perdemos el encuentro con el verdadero Dios que está siempre ahí dispuesto a hacernos sentir el amor, el consuelo y la paz como los experimenta un niño cuando se deja abrazar y sostener por su papá.

Cuando el Señor nos pide que seamos como niños nos está animando a recuperar, en nuestra relación con Él, la pureza, la alegría, la sencillez y la confianza que ellos tienen; nos está animando a dejar de portarnos como adolescentes difíciles y a abrir nuestro corazón para recibir Su paternal amor y ternura. No importa si nuestros dientes ya no son de leche sino de porcelana, no pensemos que es demasiado tarde: dispongámonos cada día a redescubrir el gozo de ser niños y volver a acurrucarnos en los brazos del Padre...

Mensaje de madera

Todavía no clarea el día y ya están trabajando. Cada uno en lo que sabe hacer: pegar tabiques; poner castillos, trabes, aplanados, subir mezcla escalando unos peldaños casi imposibles clavados sobre una angosta tabla de madera cuya pendiente da vértigo de sólo verla. Sus manos van edificando casas, edificios, puentes, calles, ciudades. Sin que se sepa cómo y a qué horas, hacen surgir paredes, columnas, techos que albergarán hogares u oficinas después de que ellos se hayan marchado como llegaron, anónimamente, a seguir su oficio en otra parte.

Los observo y recuerdo esas primeras comunidades de cristianos que construían la Iglesia aportando cada uno su carisma, poniendo cada uno lo que tenía a disposición de los demás. Ellos también saben de eso: son también comunidad de constructores que se reúnen y cada mediodía comparten el refresco, el chile, las tortillas calientes, un guisadito si se puede. Mas lo mejor de todo es que también acostumbran compartir su fe.

Cada tres de mayo las iglesias se llenan de albañiles que van cargando cruces de madera primorosamente decoradas por sus mujeres con listones y flores. Es bello el espectáculo y significativo que suceda siempre en este tiempo de Pascua, pues es evidente que la cruz a la que rinden homenaje es la del Resucitado, cruz hermosa, florida, llena de vida.

Dice el salmista: “*Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los constructores*” (Sal 127,1). Ellos lo saben. La cruz que llevan a bendecir y luego colocan en un lugar destacado de la obra es elocuente testimonio de que estos edificadores reconocen que es el Señor quien edifica, que de Él depende todo proyecto, que sin Él no se realiza nada.

Contemplar esa cruz es saber que quienes con sus manos levantaron esta nueva creación la han encomendado al que con Sus manos creó el mundo.

Mirar esa cruz es sentirse llamado a cimentar toda obra en Aquel que es la piedra angular (ver 1Pe 2, 4-8).

Los vecinos de las construcciones suelen alegrarse cuando éstas terminan porque se quejan del ruido, de los martillazos, del radio a todo volumen. Existe una razón mucho mayor para alegrarse: la de ser privilegiados testigos de una manera sencilla y eficaz de evangelización: sin importar quiénes serán los futuros ocupantes de estas construcciones, si son creyentes o no, quienes las realizan se van dejando atrás un mensaje. Al igual que aquellos de quienes nos habla el Evangelio, que luego de encontrarse con Jesús se dedican a contar lo que Él ha hecho en sus vidas, pues no pueden callar, estos hombres entregan también un testimonio mudo pero expresivo: una cruz que proclama la existencia de Dios; una cruz que celebra el trabajo en común; una cruz que prueba que es posible vivir la fraternidad porque evoca ese día en que a su alrededor hubo fiesta y empleados y patrones compartieron la misma comida; una cruz que no permite que se olvide que es al Señor al que hay que agradecerle y encomendarle cada nuevo lugar.

Resulta conmovedor contemplar la ciudad y considerar que todo: lo mismo un edificio ‘inteligente’ del cual salen ejecutivos engomados con portafolio y celular en mano (que quizá ni piensan en Dios), que un convento (en el que se reza todo el día), una residencia suntuosa, un hospital, una tiendita, un asilo, una vivienda de interés social, en suma, cuanto abarca la vista, tiene algo en común: antes que nada fue habitado por

el Señor, que un tres de mayo aceptó encantado una invitación gozosa y humilde para venir a quedarse.

Cuando descubras una cruz de éstas tómate un momento para elevar una plegaria de gratitud a Dios por estos hermanos cuya abnegada labor no solemos reconocer y a quienes no sólo les debemos desde las pirámides hasta los rascacielos, sino también el sembrar, con infinito cariño y devoción, nuestro paisaje urbano con cruces destinadas a recordarnos constantemente que *“del Señor es la tierra y cuanto hay en ella; el orbe y los que en él habitan”*. (Sal 24, 1).

Madre y Maestra

‘¿Cómo es posible que la defiendas si está llena de malos sacerdotes?’ Eso me preguntaba furioso un joven que ha decidido abandonar la Iglesia Católica porque dice que lo han defraudado sacerdotes que no se comportan como él espera. Le respondí con otra pregunta: ‘¿de dónde has sacado la idea de que hay que esperar perfección de los sacerdotes?’ Me dijo: ‘han hecho votos’. Le pregunté: ‘¿y tú?, ¿no has hecho también votos?, ¿no debías ser perfecto?’ De inmediato contestó: ‘yo no’. Le hice ver que como bautizado, y cada año desde su Bautismo, ha hecho votos de renunciar al pecado y al mal (por ej: en la gran fiesta del domingo de Pascua); y que aparte de esto, reconocerse como católico implica no sólo aceptar los beneficios y bendiciones de Dios y quedarse tranquilo sintiendo que se pertenece a una especie de ‘club’ de consentidos, sino también aceptar el exigentísimo compromiso de vivir como Jesús nos pidió: amar a los otros como Él nos amó; no juzgarlos; no condenarlos, perdonarlos; participar de los Sacramentos; dar testimonio, en fin... Me miró desconcertado pero contraatacó: ‘bueno está bien, todos hicimos votos, pero los de ellos son especiales porque están representando a Cristo en la tierra y por eso deberían ser intachables.’ Le dije: ‘Es verdad que cuando celebran los Sacramentos es Cristo quien los celebra por su medio, pero esto sucede independientemente de si el sacerdote es santo o

pecador. Cuando vas a confesarte o a comulgar, no importa si el sacerdote que te da la absolución o la Eucaristía viene de cometer un pecado gordo, el Sacramento que administra de todas maneras es válido (si es que quien lo administra ha sido válidamente ordenado en la Iglesia, claro). El hecho de que un hombre sea ordenado sacerdote no garantiza de por sí su santidad; sigue siendo humano, falible; necesita, igual que todos, hacer una intensa vida de oración, confesarse, acudir a retiros espirituales, en fin, esforzarse, como nos esforzamos todos, por crecer en su fe y en su amistad e intimidad con el Señor. Encontrar a un sacerdote que ha caído en un grave pecado es encontrar a un ser humano más necesitado de la misericordia divina y al que no le aprovecha que lo señalemos escandalizados sino que oremos más por él y busquemos la manera de ayudarlo (y quizá esto signifique permitir que reciba la sanción que le corresponda, si es que ha caído en alguna conducta que lo amerite). Descubrir un sacerdote así no debe ser razón para abandonar la Iglesia. Jesús nunca prometió que Sus seguidores serían automáticamente santos: ahí tenemos a Pedro, que luego de que Jesús lo nombró cabeza de Su Iglesia (ver Mt 16, 18-19) cometió faltas graves: trató de disuadir a Jesús cuando Éste anunció Su muerte y Resurrección (ver Mt 16, 21-23); reaccionó con violencia cuando aprehendieron a Jesús en el Huerto de los Olivos (ver Jn 18, 10-11) y negó tres veces a Su Maestro (ver Mc 14, 66-72), y sin embargo Jesús no lo destituyó, oró por él y al final sólo pidió de él mayor amor (ver Jn 21, 15-17).

Al inicio de la Misa el sacerdote dice: ‘reconozcamos nuestros pecados’, no dice: ‘reconozcan ustedes sus pecados’. La Iglesia acepta públicamente que todos, sacerdotes y laicos, pecamos, ¿de dónde sacan algunos que si los sacerdotes no son perfectos hay que abandonar la Iglesia?

Alguien dijo que los malos sacerdotes cometen homicidio espiritual, pero quien permite que lo aparten de la Iglesia, comete suicidio espiritual. Mi interlocutor comentó que hace falta tener un gran amor por la Iglesia para permanecer en ella, y se preguntó ¿cómo hacer para amarla a

pesar de todo? Le dije: ‘considera que es tu madre y maestra, que criticarla o abandonarla no ayuda a mejorarla; que el único camino es aprender a amarla y luchar por ella desde dentro porque le debes ¡tanto!’ La Iglesia es madre que nos acoge a todos y nos invita a compartir una misma fe y un mismo culto; nos abraza y nos hace experimentar el perdón de Dios (mediante la Reconciliación); intercede por nosotros; nos hace posible participar del único sacrificio de Cristo, nos nutre con el Cuerpo y Sangre de Cristo, y nos da todos los medios que necesitamos para alcanzar la santidad y abrir el corazón a recibir la salvación que Cristo nos da. Como maestra nos enseña las Escrituras -de hecho ella compiló la Biblia-, nos explica cómo interpretarlas (a través del Magisterio); mantiene vivas las enseñanzas y tradiciones de los apóstoles, ininterrumpidamente, desde el inicio del cristianismo. Es cierto que en la Iglesia ha habido y hay grandes pecadores, pero también encontramos en ella los más grandes mártires, teólogos y santos, nuestros hermanos en esta gran familia que Dios ha venido sosteniendo desde hace más de dos mil años y a la que no cesa de conducir mediante Su Espíritu Santo.

Cuando festejemos a las mamás y a los maestros, celebremos también que nuestra Iglesia, Madre y Maestra, nos acoge, sustenta y lleva de la mano hacia el encuentro con Aquel que la fundó y cuya barca conduce a buen puerto a pesar de todos los oleajes y aun en medio de todas las tormentas.

La paz que no vino a traer

¿A qué se refiere Jesucristo cuando afirma que la paz que Él nos da no es como la que da el mundo? (ver Jn 14, 27), A que el mundo ofrece una paz que lo es sólo en apariencia. Y Jesús no vino a traer esa paz.

La paz que vino a traer Jesús no es la paz aparente de dos que callan sus insultos pero cuyas miradas resentidas evitan encontrarse aunque compartan la casa, la oficina, la iglesia, el vecindario.

No es la paz de esos esposos que viven en silencio porque no tienen nada que decirse.

No es la paz de una charla familiar en la que nadie toca temas que incomodan como qué van a hacer para ayudar al hijo con sida, a la hija adolescente embarazada, al cuñado sin empleo, a la abuela enferma.

No es la paz de un asilo donde nunca resuenan los pasos de esos parientes que hace años se desentendieron de quien un día vinieron a dejar.

No es ésa la paz que Cristo vino a traer.

No es la paz de quien pone la música a todo volumen para no reconocer su propia soledad.

No es la paz de una persona tirada en la banqueta, con la mirada perdida por la droga, el alcohol o la desesperanza.

No es la paz del interior de un automóvil que tiene las ventanillas convenientemente cerradas para no escuchar a ese viejito que está afuera pidiendo una limosna.

No es ésa la paz que Cristo vino a traer.

No es la paz que se oye cuando termina el estallido, se asienta el polvo y sólo queda el humo luego de que una bomba ‘inteligente’ terminó con un poblado entero.

No es la paz de montones de cadáveres apilados en una plaza de Ruanda, en una camioneta en Aguas Blancas, en un parque de San Salvador, en un lote baldío de Ciudad Juárez, en una fosa clandestina en cualquier lugar del mundo.

No es la paz de dos adversarios que se miden el uno al otro y se respetan sólo por el tamaño de su capacidad de destruir.

No es ésa la paz que Cristo vino a traer.

No es la paz de una calle solitaria en donde acecha en silencio un violador, un asaltante, un asesino.

No es la paz que da una alambrada de púas, una alarma, un perro eficazmente entrenado para atacar.

No es la paz del que se siente tranquilo porque tiene un arma en el bolsillo.

No es la paz del que se marcha satisfecho después de haber saciado su deseo de venganza.

No es ésa la paz que Cristo vino a traer.

No es la paz de un consultorio vacío en el que ya se concluyó el ‘asunto’ y ya todos salieron, y en la basura se quedó el bebé abortado.

No es la paz de un hospital de enfermos contagiosos a los que nadie se anima a visitar.

No es la paz de esos niños de ojos grandes y cuerpos esqueléticos que ya no tienen fuerzas ni para llorar porque se están muriendo de hambre.

No es la paz alrededor de una cruz y un montoncito de tierra que indican en dónde se enterró a un indígena que falleció de un mal que era curable.

No es ésa la paz que Cristo vino a traer.

No es la paz del que se siente bueno porque entrega en limosnas sólo lo que le sobra.

No es la paz de quien tiende la mano, pero no el corazón.

No es una paz sin fe, que no construye el amor, que no alimenta la esperanza.

No es ésa la paz que Cristo vino a traer...

Antídoto contra la soledad

¿Alguna vez has ido a despedir a alguien a quien quieres mucho y que viaja en ferrocarril? Te quedas en el andén y ves a esa persona a través de una ventana, lo cual te hace sentir que ya algo te separa de ella, y luego el tren comienza a salir de la estación y mientras va despacito caminas a su lado, como para acompañar un poco más a tu ser querido, pero llega un momento en que su marcha gana velocidad y tienes que quedarte de pie ahí, mirando cómo se alejan los vagones hasta perderse en el horizonte. Supongo que así se habrán sentido los apóstoles después de la Ascensión de Jesús. De por sí ya tenían el corazón estrujado por todas las emociones que vivieron en poco más de un mes: primero sufrieron que su Maestro fuera llevado preso, condenado a muerte, abofeteado, escupido, flagelado, coronado de espinas, crucificado, muerto y sepultado; luego sintieron el impacto de saber que resucitó, la emoción indescriptible de verlo de nuevo, tocarlo, comer con Él, sentir que lo recuperaron, y ahora esto: Él vuelve al Padre y ellos se quedan como se queda uno en el andén: sintiéndose solos, desamparados, con la mirada fija en la distancia, como esperando, a ver si lo ven volver.

No sorprende que Dios tuviera que enviarles unos mensajeros para hacerlos reaccionar: “*Galileos, ¿qué hacen allí parados, mirando el cielo?*”. (Hch 1,11).

Durante cuarenta días, los apóstoles han disfrutado de la presencia palpable de su Señor Resucitado, pero la Ascensión establece un ‘antes’ y un ‘después’; marca un cambio radical en su manera de relacionarse con Él: ya no pueden mirarlo a los ojos, compartir con Él un almuerzo de pan y pescado a la orilla del lago, ver Su sonrisa, tocar Sus llagas, sentir Su abrazo. Ahora enfrentan el reto de no quedarse inmóviles, atorados en la nostalgia, añorando ver con sus ojos a Jesús sino aprender a descubrir con el corazón las otras maneras a través de las cuales Él sigue presente entre ellos; y es que, parafraseando a Juan Pablo II, podría decirse que Jesús se fue pero no se fue; se fue pero se quedó.

Al final del Evangelio según San Mateo, Jesús asegura: *“Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”* (Mt 28, 20) y lo cumple.

Corresponde a Sus seguidores -desde los tiempos de los apóstoles hasta nuestros días- reconocer esta continua presencia del Señor que se manifiesta a través de Su Palabra; a través de la Eucaristía; a través de la comunidad, a través de incontables signos y señales que muestran Su infinita misericordia y ternura. El problema es que es muy fácil que las ocupaciones y preocupaciones del mundo nos distraigan y nos dificulten captar la presencia del Señor en nuestra vida.

¿Cómo mantener el corazón sensible, el canal de comunicación abierto? Imitando a los apóstoles:

Dice San Lucas que lo primero que éstos hacen cuando llegan a Jerusalén es ir al templo a alabar a Dios o reunirse en su casa a orar. Es interesante considerar que hasta entonces sólo habíanorado a Dios Padre -Jesús incluso les enseñó el Padrenuestro-, pero a partir de ahora inauguran una nueva práctica: la de orar también a Jesús, su Señor y su Dios. La oración se vuelve así el primer puente que les permite seguir en estrecho contacto con Él, contarle sus cosas; encomendarle sus preocupaciones y necesidades; buscar Su sostén ante amenazas y persecuciones; pedirle luz para tomar decisiones y fortaleza para seguirlas; sentir y disfrutar Su amorosa cercanía...

Cada año, durante el tiempo de Pascua, La Iglesia nos ofrece bellos pasajes del libro de Hechos de los Apóstoles, no sólo para que conozcamos la historia de las primeras comunidades cristianas sino para que lo que éstas hicieron nos sirva de guía en nuestro camino de fe.

Si has sentido que no tienes quien te escuche porque tus seres más cercanos quizá están siempre ocupados o lejos o cansados o ya conocen tus historias (y te lo recuerdan en cuanto empiezas a contarlas), aprende, como los apóstoles, que hay Alguien que se interesa por ti las 24 horas del día los 365 días de año y está dispuesto a prestarte toda Su atención.

Si te has sentido como esa persona que se queda sola en un andén después de una triste despedida, aprende de los apóstoles a advertir que a tu lado hay Alguien que nunca te abandona y está siempre esperando que te des cuenta de que está ahí y te dirijas a Él que es el Único que puede intervenir en tu vida para bien.

Los apóstoles descubrieron el inefable consuelo de comunicarse con el Señor a través de la oración y nunca más volvieron a sentirse solos. ¿Y si tú te animaras ahora a hacer lo mismo?...

pag en bco

Oración para Pentecostés

Ven
Dios
Espíritu Santo

Tú que estabas presente en la creación del mundo
cuando todo era caos
destierra de mi vida toda confusión y tiniebla
recréame
hazme de nuevo

Tú que iluminaste a los antiguos profetas
condúceme hacia la Luz
dame un corazón dócil a Tus inspiraciones
y enséñame a dejarme enviar a donde quieras

Tú que fecundaste el vientre de María
imprégname de Ti
para que pueda dar abundantes frutos
de amor y alegría
paz y paciencia
misericordia y bondad
fidelidad

mansedumbre y dominio de mí

Tú que moviste a Isabel y a Juan
a reconocer a Jesús en el seno de María
dame sensibilidad y gozo
para descubrir las diversas maneras
como te manifiestas a mi lado
y no me permitas llamar ‘casualidad’ Tu Providencia

Tú que mantuviste al anciano Simeón
firme en la esperanza de ver al Mesías
no me dejes caer en el desánimo
de creer en mi lógica limitada y pobre;
recuérdame siempre lo que dijo el ángel
que *para Dios, no hay imposibles*

Tú que descendiste sobre Jesús
cuando Juan lo bautizaba
renueva los dones que me diste en mi Bautismo

dame sabiduría
para amoldar mi voluntad a la del Padre

entendimiento
para comprender cómo me habla Su Palabra
y dejar que sea lámpara para mis pasos

luz en mi sendero

ciencia
para emplear todo lo que me ha dado
para construir el Reino

consejo
para usar criterios cristianos al resolver mis problemas
y aconsejar a otros

fortaleza
para superar toda dificultad

piedad
para orientar mi vida hacia el Señor
y privilegiar mis encuentros amorosos con Él
en la oración
 en la Palabra
 en los Sacramentos
 en los hermanos

y temor de Dios
que no sea miedo
sino temor de corresponder mal al amor que me tiene
temor de alejarme de Su lado
 caer
 perderme

Espíritu Santo
que condujiste a Jesús al desierto
llévame a mí también a descampado
a la cita contigo
y ayúdame a superar las tentaciones
 que encuentre en el camino

Jesús prometió que nos guiarías a la Verdad
lo explicarías todo
hablarías por nosotros

Habítame
consuélame
sáname
exhórtame
levántame
condúceme
intercede por mí
 que nunca sé pedir lo que conviene

Tú que descendiste sobre los apóstoles
y los hiciste salir a anunciar la Buena Nueva
en lenguas que todos pudieron comprender
derriba la torre de Babel
que he construido para apartarme de los otros

ánimame a demoler mi egoísmo
mi soberbia
mi indiferencia

y dame la capacidad
de hablar las lenguas siempre nuevas del amor
la tolerancia
la fraternidad
la justicia
la verdad

Preside lo que pienso
lo que digo
lo que hago

y líbrame
de quedarme inmóvil
al borde del camino

Espíritu Santo
lánzame a ser Tu testigo
y cólmame de los carismas que necesite
para vivir

a partir de este día
un Pentecostés
que incendie cada instante de mi vida

y renueve
la faz
de la tierra

Inagotable

Te sientes más que satisfecho: heroico. Te has pasado todo el día soportando con una gran sonrisa a ese pariente que te cae en el hígado; o fuiste a llevar a alguien al doctor o a hacer una visita o unas compras y fue muy tardado y te cansaste mucho; o te has ofrecido espontáneamente a hacer una de esas labores domésticas que te chocan; o has prestado un desinteresado servicio a favor de la iglesia; o has dejado pasar uno tras otro todos los comentarios mal intencionados que te dirigió tu suegra y no le has replicado ‘eso’ que tenías en la punta de la lengua y que la hubiera dejado callada... Y cuando crees que ya cumpliste, que si existieran los ‘pilones celestiales’ ya tendrías llena tu planilla, nunca falta que se presente una situación o una persona que exija de ti todavía más: más buena voluntad, más paciencia, más comprensión, más ayuda. Entonces te rebelas, piensas: ‘¿por qué yo tengo que hacer todo?, ¿aguantar todo?, ¿dar tanto?; que otro se ocupe, yo ya hice mucho y hasta aquí llegué; ¿saben contar?, pues no cuenten conmigo’.

Si te identificas con este ejemplo, entonces te pasa igualito que a los discípulos de Jesús, según cuenta San Lucas (en Lc 9, 11-17). Su Maestro los mandó de ‘misión’ y acaban de llegar. Vienen emocionados, con ganas de contarle a Jesús todo lo que vivieron en esas jornadas de intensas experiencias. Están felices pero cansados, y seguramente tienen el propósito

de pasarse unos días muy a gusto con Jesús, platicándole todo, escuchando Sus consejos, compartiendo una tranquila travesía por el lago, una merienda alrededor de una fogata. Jesús los invita a irse a un sitio retirado pero cuando llegan a éste ¡oh, sorpresa! la gente se les ha adelantado y hay una multitud inmensa que se ha reunido a escuchar a Jesús. Él se pone a predicar y los apóstoles a apechugar, ¿qué otra les queda?, pero en cuanto se les presenta la ocasión van con Jesús a decirle que ya despida a esas personas para que éstas vayan a los pueblos a buscar algo de comer. Una excusa perfecta para deshacerse de ellas (se parecen a nosotros que con mucha frecuencia disfrazamos de bondad nuestras verdaderas intenciones...). Y he aquí que Jesús les sale con lo último de lo último que ellos hubieran esperado: *‘Denles ustedes de comer’*. Como quien dice: ‘¿con que muy preocupados por la gente no?, pues a ver si es cierto.’ Esto se llama ‘el tiro por la culata’. Nunca imaginaron que Jesús les pediría eso a ¡ellos! que venían de la misión, que habían hecho tanto, que creían merecerse un descanso... Le replican a Jesús que lo que tienen no alcanza para todos (buen intento, pero de ésta no se zafarán tan fácil). Jesús les pide que hagan que la gente se acomode sobre la hierba. Es decir, que se fien completamente de Él. Que no se atengan a su pobre lógica según la cual todavía estarían a tiempo de ir a algún pueblo vecino a comprar algo antes de que se ponga el sol, pero si se sientan ahí a descampado, se arriesgan a que les caiga la noche sin haber comido. Los apóstoles obedecen. Comienza el milagro.

Con frecuencia cuando en los Evangelios se narra un milagro, vemos que sucede otro antes del que es considerado el principal, y aquí sucede éste: que la gente recibe la petición de sentarse en ese sitio en el que no hay nada, en el que aparentemente no se puede esperar nada, y lo hace. De pronto se sientan unos por aquí, otros por allá. Y poco a poco aquella multitud se pone entera en las manos del Señor. ¡Qué extraordinario! Y los apóstoles también. Le entregan a Jesús los cinco panes y los dos peces, que es todo lo que tienen, ponen en Sus manos su raquílica reserva. Jesús la toma, la

bendice y se la va dando para que la repartan. Y la comida no sólo alcanza para todos sino que sobra.

Cuando creas que ya diste demasiado y te sientas vacío; cuando revises tus reservas y compruebes que no te queda nada más para dar; cuando sientas que se te consumió por completo la paciencia, el perdón, la comprensión, la tolerancia, la capacidad de ayudar y de amar y tengas la tentación de negarte a hacer ese esfuerzo extra que se pide de ti, vuélvete hacia Jesús, coloca tu nada entre Sus manos, fíate de Él. Sin saber cómo, descubrirás que surge en ti lo que creías agotado; verás que se te multiplica, y no sólo habrá siempre suficiente, sino que mientras más repartas, más tendrás...

EnTi confío

Eran las cinco y media de la mañana cuando oí las campanadas de la parroquia anunciando la Misa de seis. Había estado dando vueltas en la cama sin poder dormir por una preocupación que tenía y se me ocurrió que ya que estaba despierta bien podía aprovechar para ir a Misa. Cuando llegué faltaba más de un cuarto de hora para que ésta empezara, y estaba todo oscuro excepto en la capillita lateral donde había dos o tres veladoras encendidas. Entré ahí, me senté en una banca y me puse a orar, a contarle al Señor lo que me había quitado el sueño. Luego de un rato fijé la vista en la estatua que estaba al frente: representaba a Jesús, con los brazos abiertos en actitud de amorosa acogida. Me le quedé mirando largo rato y en la penumbra fui distinguiendo que en el pecho se veía Su corazón en llamas. Nunca había visto una imagen así y supuse que quien la realizó había querido expresar que Dios es amor, un amor que, como el fuego, todo lo alumbraba, todo lo transforma. Sentí que se derretía mi preocupación; que ante semejante amor del Señor no cabía el desasosiego, sólo la paz y la alegría de saberme acompañada y amada por Dios. Salí de ahí feliz y con el ánimo sereno.

Para mantener viva esa experiencia se me ocurrió comprar una pequeña estatua de Jesús como la que había en la capilla: con los brazos abiertos, el corazón visible en el pecho y la mirada llena de misericordia. Alguien me dijo que esa

imagen se llamaba ‘Sagrado Corazón de Jesús’. Durante meses la busqué sin éxito. Por fin una tarde fui a la Basílica de Guadalupe con mi hermana y ella me sugirió que viéramos si en las tienditas encontraba lo que buscaba. Caía una tromba, pero era ‘ahora o nunca’. Quienes esperaban que escampara nos vieron incrédulos lanzarnos bajo la lluvia a atravesar la explanada del atrio, dizque bajo un paraguas pero chapaleando agua hasta los tobillos. Bajamos las escaleritas -que estaban convertidas en cascada- pero la empapada ¡valió la pena! Encontré justo lo que quería: una imagen cuya mirada expresaba esa misericordia infinita que yo había percibido aquella mañana en la capilla. La compré y desde entonces preside la entrada de casa para que sea lo último que se contempla al salir y lo primero al entrar, como provocativa invitación para que a cuantos pasen por aquí les quede esta idea en la cabeza: ‘si la mirada de una estatua expresa tanto amor, ¡cómo será la de Aquel que la inspiró!’ Irradia algo tan especial que mi mejor amigo sugirió que la usara para portada de un libro y sí: está en las de mis consentidos: ‘Para Orar el Padrenuestro’ y ‘Camino de la Cruz a la Vida’.

Un día en la Solemnidad del Sagrado Corazón comentaba con un sacerdote que como el Señor le reveló a Santa Margarita María de Alacoque doce promesas para quien honrara Su Sagrado Corazón, la última de las cuales es que quien acudiera a Misa nueve primeros viernes de mes seguidos y comulgara, no moriría sin confesarse, hay católicos que se han limitado a cumplir con esta práctica y a repetir: ‘Sagrado Corazón de Jesús en Ti confío’ como para recordarle: ‘yo ya cumplí, ahora te toca’, sin importar el tipo de vida que lleven o lo alejados que estén de Dios y de la Iglesia. Coincidimos en que esto empobrece terriblemente el verdadero sentido de esta devoción. Por ello cabe reflexionar aquí acerca de esto:

En la Biblia el corazón no es la sede del afecto sino el centro mismo del ser, lo que expresa la inteligencia, la voluntad. Amar con el corazón es amar con un amor que involucra todo lo que uno es. Por lo tanto, una imagen de Jesús

que muestra Su corazón no nos está invitando a quedarnos en la superficie de una práctica piadosa, sino a profundizar en la relación con Aquél cuya voluntad es darlo todo por amor a nosotros. Así, contemplar el Sagrado Corazón de Jesús es contemplar a Aquel que dijo: “*Como el Padre me ama, así los amo Yo.*” (Jn 15, 9a) y dejar que te inunde el gozo de saberte envuelto en este amor infinito que lo penetra todo y del cual nada puede separarte porque no depende de tus méritos sino que es gratuito, incondicional, misericordioso, desde siempre y para siempre.

Contemplar el Sagrado Corazón de Jesús es recordar que ha pedido: “*Permaneced en Mi amor*” (Jn 15, 9b) y disponerte a recostar tu cabeza en Su pecho y desde ahí vivir tu vida sin desprenderte de Su abrazo, dejando que sea Su presencia amorosa la que te acompañe en cada jornada, la que inspire cada pensamiento, cada palabra, cada acción. Es exclamar: ‘Sagrado Corazón de Jesús, ¡en Ti confío!’ no como conjuro mágico sino como declaración que expresa tu confianza en que Su amor por ti arde inagotable y basta y sobra para iluminar tu vida y la de todos aquellos que estén dispuestos a dejarse abrasar en este incendio...

Y tú ¿qué dices?

Hay preguntas a las que se puede, más aún, se debe dar una respuesta ‘de cajón’: ‘¿cómo me veo en mi vestido de novia, mi amor?’ - ‘¡preciosa, mi vida!’; hay otras que permiten que uno se salga ‘por la tangente’: ‘¿entonces cuándo nos vemos?’ - ‘esteee...nos hablamos y nos ponemos de acuerdo...’; también hay algunas a las que se puede responder con gran detalle y libertad porque uno no se siente involucrado, como cuando Jesús cuestiona a Sus discípulos acerca de lo que la gente dice de Él y aquellos no tienen empacho en platicarle los disparates que han oído, al fin que ellos no tienen nada que ver con lo que los demás opinan.

Pero hay preguntas que no permiten nada de esto, que te obligan a definirte, que te desnudan y te hacen mirar hacia adentro y buscar en tu interior la respuesta. En el Evangelio vemos que Jesús lanza una de éstas: “*Y ustedes, ¿quién dicen que soy Yo?*” (Lc 9, 20). Como quien dice: ya comentaron y criticaron lo que otros dijeron, ahora quiero saber qué dicen ustedes. Se trata de una cuestión importantísima que deja mudos a los discípulos y los pone a pensar. Pero no está destinada sólo a ellos: ese ‘ustedes’ nos incluye a nosotros, te incluye a ti. Jesús hoy te pregunta: ‘Y tú, ¿quién dices que soy Yo?’, no porque no lo sepa, sino porque quiere que tú hagas un alto en el camino y reflexiones seriamente sobre ello. Mucha gente le saca la vuelta. Muchos dicen: ‘ya habrá tiempo para

meditar en esto' y la verdad es que siguen posponiendo el momento hasta que quizá es demasiado tarde; otros en cambio un día se lo preguntan, como le sucedió a un famoso escritor que contaba que él había oído decir que Jesús era un mentiroso o un loco o Dios, pero nunca se había detenido a considerar con cuál afirmación estaba de acuerdo. Hasta que un día leyó este texto de Lc 9,20 y sintió que había llegado el momento de resolver qué decía él acerca de Jesús. Tras largo análisis concluyó que no podía decir que Jesús era un mentiroso pues la gente miente para evitar que le hagan algo malo (¡yo no fui!) y en cambio Jesús enfrentó la muerte más terrible por mantenerse firme en lo que afirmaba, y también Sus seguidores, miles de mártires, a lo largo de siglos, han entregado gozosos su vida por Él, ¿quién haría algo así por un mentiroso? También concluyó que no podía decir que Jesús era un loco pues hay una perfecta lucidez, armonía y coherencia no sólo en todo lo que hizo y dijo, sino también en relación a la manera como Su Palabra y Su vida están en perfecta concordancia con la Escritura y corresponden perfectamente al plan de salvación de Dios anunciado desde antiguo. Tras mucho meditar y leer los Evangelios reconoció que sí podía decir que Jesús es Dios. Esta idea lo estremeció: lo hizo darse cuenta de que lo que decía exigía de él un ajuste en su vida: abandonar su indiferencia religiosa y esforzarse por conocer a Jesús, pues a Él debía no sólo su existencia en este mundo sino el regalo de la vida eterna... ¡No poca cosa!

Responder esta pregunta cambió su perspectiva, iluminó su horizonte, le abrió un camino...

También a ti Jesús te sale al paso hoy y te fuerza a detenerte y a responderle quién dices tú que es Él. Y ¡ojo! no quiere que le repitas lo que aprendiste en el catecismo de la infancia, ni que recites lo que imaginas que quiere escuchar. Espera que seas capaz de decirle directa y francamente lo que sientes. ¿Quién dices que es?, ¿un total desconocido?, ¿alguien que quisieras conocer pero no sabes cómo?, ¿un antiguo amigo al que hace mucho dejaste en el olvido?, ¿alguien que te

provoca miedo porque crees que te va a pedir lo que no quieres dar?, ¿alguien con quien te enojaste hace mucho y no te has podido contentar...? o ¿tu Señor?, ¿tu todo?, ¿tu Amor? Aquí no hay ‘tache’ o ‘palomita’, no se trata de dar una respuesta ‘teológicamente correcta’ sacada de un libro ni es esto un concurso para ver si atinas a decir lo que ‘debes’. Aquí la única respuesta incorrecta es la que se dice de ‘dientes para afuera’, la que no se cree.

No le digas que es tu Dios si prefieres adorar a otros dioses; no lo llares tu amigo si nunca lo frecuentas; no afirmes que es tu Luz si no le has permitido que rompa tus tinieblas. Responde desde el fondo de tu alma, la verdad. Es todo lo que Él pide, es todo lo que necesita para poder edificar -quizá reconstruir- Su relación contigo. Eso sí no esperes que a la primera se conforme: te seguirá preguntando, al oído, como un enamorado, qué dices de Él, hasta lograr provocarte una inquietud, despertarte esa curiosidad que te impulse a abrirle las puertas de tu corazón, permitirle pasar, dejar que te seduzca y al fin corresponderle...

¿No pasa nada?

Te saliste con la tuya. Le' volaste' algo a alguien; te echaste una 'canita al aire' y le fuiste infiel a tu pareja; le pegaste a un coche y pudiste huir sin que te pescaran; te gastaste toda la quincena en una juerga; te auto-concediste un 'préstamo' con dinero que sacaste de una bolsa ajena...y no pasó nada; nadie se dio cuenta; nadie sospechó de ti; no pagaste las consecuencias.

Te crees libre de hacer lo que sea.

Sientes que tienes absoluta libertad.

Habría que preguntarse ¿qué es la libertad? Mucha gente considera que es la posibilidad de hacer lo que se le pegue la gana, pero está en un error: la libertad no consiste en poder realizar cualquier cosa, buena o mala, pues fuimos creados para el bien. Hacer el mal nos daña; no nos hace libres; nos hace esclavos. Pongamos un ejemplo: el que tiene una adicción, ya sea al cigarro, al alcohol o a inhalar thinner o cocaína cree que es libre para hacerlo pero en realidad es prisionero de un vicio. El que roba, engaña, abusa, mata, cree que es libre pero en realidad está siendo esclavo de sus pasiones, odios o rencores. Y se hace más esclavo aún de las nefastas consecuencias de sus actos.

La verdadera libertad consiste en ser fiel a la vocación a amar que Dios sembró en nuestros corazones; todo lo demás es ir a contrapelo y perder la libertad. Dice San Pablo: "*Cristo*

nos ha liberado para que seamos libres” (Gal 5, 1). Ello significa que con Su Muerte y Resurrección Cristo nos dio la posibilidad de liberarnos de todas nuestras esclavitudes: desde la esclavitud del mal y del pecado hasta la esclavitud de la muerte, pues nos dio la vida eterna. Pero ojo: nos dio esto como regalo, no como imposición. Más adelante en su carta, Pablo pide: *‘Conserven pues la libertad y no se sometan al yugo de la esclavitud.’* (Gal 5, 1). Cabría preguntarse: ¿por qué nos pide esto?, ¿quién querría someterse al yugo de la esclavitud?, ¡suena absurdo!, ¿quién querría renunciar voluntariamente a la libertad y hacerse esclavo? La respuesta es triste pero cierta: nosotros, los seres humanos. Es que vivir en libertad exige decir continuamente ‘no’ a las propuestas que te hace un mundo que busca convertirte en esclavo del consumismo, del placer, del dinero, del prestigio, del poder, de la fuerza, de la violencia, del odio, de la intolerancia. Y estas propuestas del mundo vienen en presentaciones muy atractivas y nos hacen creer que seremos más felices si las aceptamos. Se nos quiere hacer creer que es más divertido, más simple, más rápido aceptar el camino fácil que el mundo invita a recorrer y nos vamos ‘con la finta’. Y como instintivamente le huimos a todo lo que nos parece trabajoso, caemos redonditos. Por citar un ejemplo: es increíble la enorme cantidad de artículos para adelgazar que ofrecen que quien los use no tiene que hacer nada más que acostarse a contemplar cómo adelgaza. La ley del menor esfuerzo tiene siempre muchos seguidores, y así ha sido desde siempre. Leemos en la Biblia que cuando el pueblo judío salió de la esclavitud de Egipto añoraba volver sólo porque ahí tenía ollas llenas de carne, de cebollas y ajos y en cambio la libertad le exigía caminar a través del desierto, asumir riesgos, enfrentar dificultades. Y es que los caminos de Dios no siempre son los más fáciles de seguir. Nos exigen abandonar el egoísmo, la autocomplacencia, la pereza; nos hacen salir de nosotros mismos; aprender a dar no sólo lo que tenemos sino lo que somos; salir más allá de los cómodos límites dentro de los que nos encerramos. Ahí tenemos a los

habitantes de Samaria de los que nos habla el Evangelio según San Lucas (ver Lc 9, 51-56).

Cuando Jesús envió a unos discípulos a pedir alojamiento no quisieron recibirle porque supieron que iba a Jerusalén. Lo mismo nos pasa a nosotros: si ser cristiano consistiera en salvarse por el camino ancho y hacer todo lo que se nos ocurriera probablemente habría carretadas de gente dispuesta a convertirse, pero como exige vivir el amor, el perdón, la donación de uno mismo, ya no nos gusta. Al igual que los samaritanos, no queremos recibir al Jesús que va a Jerusalén, no sea que si lo invitamos a casa nos arruine la digestión platicándonos de sobremesa lo que piensa hacer en Jerusalén: entregar Su vida por amor; perdonar desde la cruz; morir por nosotros para desatarnos de nuestras esclavitudes; qué tal si se le ocurre invitarnos a ir con Él. Mejor no lo recibimos. Decimos 'no' como los samaritanos. Ellos creyeron que su rechazo no tuvo consecuencias porque no bajó fuego del cielo a consumirlos. No captaron que les pasó algo peor: Jesús se fue a otra parte. Se perdieron el encuentro con Él. ¡Ay! tanto mejor hubiera sido que un poquito de fuego celestial les hubiera achicharrado el trasero para hacerlos correr tras de Jesús. Pero lo dejaron ir y creyeron que no pasó nada. Como creemos que no nos pasa nada ni a ti ni a mí cada vez que nos negamos a recibir a Jesús. Cada vez que nos aferramos a nuestras esclavitudes y rechazamos el encuentro con el Único que puede liberarnos. Creemos que no nos pasa nada. ¡Si supiéramos!...

Si necesitas consuelo...

El chamaquito no tenía ni dos años y estaba haciendo un berrinche impresionante. Berreaba, qué digo berreaba, más bien aullaba; pataleaba; gritaba que ya no quería estar ahí, y como no recibía lo que exigía le pegaba a su mamá que se había sentado a descansar un momentito tras lo que, a juzgar por su cara de cansancio, había sido un día largo y difícil que obviamente había también fatigado y fastidiado a este chiquito que, como decimos en México, ya había ‘acabado de estar’; se sentía hartó y sin duda tenía hambre o sed o cansancio o sueño o todo a la vez, y lo hacía saber con toda la fuerza de sus pulmones.

Los que presenciábamos la escena esperamos a ver qué hacía la mamá, temiendo encogidos que llegara el manazo, la nalgada, el regaño furioso. Nada de eso sucedió. La señora levantó a su niño, lo sentó sobre sus piernas, lo abrazó y comenzó a hablarle quedito y a acariciar su cabeza hasta que el niño se fue calmando, se fue callando, y por fin se quedó tranquilo, apachado por su mamá, y después se durmió, con las gotitas de lágrimas todavía brillándole en las pestañas pero la carita serena del que se siente querido y a salvo.

Al contemplar esto vinieron a mi mente las palabras del profeta Isaías:

“Dice el Señor..

*Como niños serán llevados en el regazo
y acariciados sobre sus rodillas;*

*como un hijo a quien su madre consuela,
así los consolaré Yo...” (Is 66, 12c-13a).*

Nuestro Dios es un Dios que ofrece consuelo.

Cuando pasamos por momentos difíciles, cuando ya no queremos estar viviendo algo muy doloroso o triste que nos fatiga el alma y nos deja llorosos o ‘emberrinchinados’; cuando nos enojamos muchísimo y le gritamos y le reclamamos, Dios reacciona hacia nosotros como esta mamá con su criatura, es decir: ni con ira, ni con indiferencia: sólo con misericordia y consuelo. Cuando le hacemos preguntas exasperadas (¿por qué no me sacas de esto?, ¿por que dejas que me pase a mí?) o levantamos nuestros puños hacia Él, Dios no se ofende. Comprende que reaccionamos así debido a la frustración de ver que se rompen nuestros sueños o que perdemos a un ser querido o que las cosas no son como esperábamos. Y eso no lo enoja, lo conmueve.

Hay mucha gente que dice: ‘a Dios no le importa lo que me pasa; si le importara no hubiera permitido que sucediera esto’. Pero esta afirmación demuestra que no se ha comprendido que aunque Dios es Todopoderoso y puede hacer cualquier cosa, a veces elige permitir que vivamos una determinada situación que quizá nos parece intolerable porque sabe que de ella saldremos fortalecidos, aprenderemos mucho y además se obtendrá un gran bien aunque por el momento no sepamos apreciarlo. Como Padre amoroso que vela por nuestro verdadero bien, no nos concede todo lo que le pedimos porque nos malcriaría. Si cediera a nuestras peticiones de tener mucha salud, mucho dinero, una larga vida rodeados de seres que nunca se enfermen ni se mueran probablemente ya no querríamos dejar este mundo, se nos olvidaría que estamos

destinados a otro que no se compara con éste, y que estamos aquí sólo de paso.

Dios permite muchas cosas que nos obligan a soltar, uno por uno, los dedos con los que nos aferramos a este mundo, pero no contempla indiferente desde el cielo cómo esas cosas nos afectan. Le duele. Se interesa. Se preocupa. Y hace algo al respecto: Nos levanta, nos carga, nos acaricia y derrama sobre nosotros toda Su ternura y Su consuelo.

¿Cómo nos consuela Dios?

En primer lugar porque nos da vida eterna. Se vive de modo muy distinto el dolor sabiendo que es pasajero, la muerte de un ser querido sabiendo que un día lo volveremos a ver.

También nos consuela Dios a través de Su Palabra, los Sacramentos, un delicioso rato de oración que nos llena de paz, y desde luego en cosas tan simples y cotidianas que pueden pasar desapercibidas o parecer ‘casualidad’: una sonrisa que nos anima; una ayuda que llega cuando más falta hacía; la presencia solidaria de un amigo; un glorioso atardecer; un colibrí que asoma por la ventana; una noche de sueño reparador; una serenidad inexplicable, una fortaleza que no creíamos tener...

El consuelo de Dios nos llega suavemente, discretamente, casi sin hacerse notar, pero es un bálsamo que sana las heridas; que da tregua al sufrimiento; que nos permite tomar aire y seguir el camino con renovado brío.

Si estás pasando por uno de esos momentos agobiantes mantén el corazón abierto, dispuesto, atento a percibir las mil y una formas como el Señor te manifiesta Su consuelo y descansa en la certeza de que tu Dios no te está mirando desde lejos; te tiene ¿no te das cuenta? abrazado, acurrucado sobre Sus rodillas...

¿Sabes acercarte?

¿Alguna vez has visto a Dios? Yo sí. Y no solamente una vez, tantas que es imposible llevar la cuenta. ¿Sabes cómo es? Te lo voy a decir: Es alto y chaparrito; flaco y gordo; tiene los ojos azules, grises, verdes, cafés y negros; redondos y alargados; tiene los dientes chuecos, derechos y chimuelos; el pelo rubio, pelirrojo, café, negro, blanco y es pelón; es jovencísimo y viejito; y tiene la piel lisita y arrugada, de color clarito y bien oscuro. Así es Dios. Y antes de que te empieces a preguntar si veo visiones, déjame explicarte por qué he hecho esa descripción de Dios. Es muy sencillo. En la Carta a los Colosenses dice San Pablo que “*Cristo es la imagen de Dios invisible*” (Col 1,15). Eso significa que como Dios se hizo hombre y vivió entre nosotros, contemplar una imagen de ese ‘Dios-con-nosotros’, es decir, de Jesús, es contemplar una imagen que nos habla de Dios. Ahora bien, la cosa no queda aquí. Los cristianos no estamos llamados solamente a alegrarnos de que Dios se haya hecho uno de nosotros y por ello podamos tener una idea exacta de Su aspecto. No. Jesús se encarnó hace dos mil años y murió, pero resucitó y vive entre nosotros. Más aún, vive en cada uno de nosotros. Alguna vez dijo que lo que hacemos a alguien se lo hacemos a Él (ver Mt 25,40) así que bien se puede concluir que cada vez que contemplamos a una persona estamos contemplando a Jesús que vive en ella. El problema es que en estos casos nos da

miopía. Nos cuesta un trabajo inmenso descubrir a Jesús en los demás, especialmente cuando se trata de personas difíciles, chocantes, que nos han hecho algo malo o que simplemente nos caen ‘gordo’. Ejemplo de esto tenemos en Lc 10, 29-37; Alguien pregunta quién es su prójimo. Quizá espera que Jesús le dé una lista, ojalá que no muy larga y que por favor no incluya a la suegra ni al vecino sangrón. Pero Jesús le cuenta la historia de un samaritano que cuando encontró en su camino a alguien que necesitaba ayuda, se acercó a dársela. Es interesante notar cómo Jesús, el Dios que se hizo cercano, le da tanta importancia al hecho de que el samaritano también se hiciera cercano, a diferencia de dos hombres que pasaron por ahí y dieron un rodeo. Y es que para poder amar, para poder tender la mano, hay que acercarse. De lejos el otro es un bulto en el camino al que es fácil esquivar, sacarle la vuelta.

Vivimos en un mundo que nos invita a la lejanía, que nos hace desconfiar unos de otros y nos envuelve en un torbellino de actividad que no nos da tiempo para detenernos, mucho menos para acercarnos a los demás. Preguntamos: ‘¿cómo estás?’ sólo por cortesía, y si nos dicen: ‘mal’, decimos: ‘bueno, que te mejores, adiós’ y salimos corriendo, no sea que la otra persona nos haga detenernos a escucharla y tengamos que prestarle atención y ayuda.

Nos hemos acostumbrado a mantenernos lejos de las tragedias y dificultades; las vemos en el noticiero de la televisión y pensamos: ‘pobres, qué fea estuvo la inundación o el incendio o el terremoto’, y en seguida cambiamos de canal para no ver los rostros devastados de esas personas que perdieron casas, seres queridos y esperanzas. No nos permitimos acercarnos. Nos protegemos tras el anonimato y la distancia. Una persona que pasó una temporada con los otomíes en la sierra de Veracruz decía que es muy distinto hablar despreocupadamente de ‘la alta tasa de mortalidad entre indígenas’ a convivir con una familia indígena, encariñarse con su hijita y verla morir de sarampión en brazos de su padre.

La cercanía no permite indiferencia. De cerca el bulto del camino se convierte en hermano. Adquiere rostro, mirada, nombre, y no te deja ya desentenderte. Solemos hablar del ‘prójimo’ como si se tratara de otro, pero Jesús nos hace ver que somos nosotros los que estamos llamados a ser ‘prójimos’, es decir ‘próximos’, personas que se aproximan, que se acercan a los otros y se atreven a mirarlos a los ojos, escucharlos, prestarles verdadera atención. Jesús se hizo cercano, ahora nos toca a nosotros acercarnos a Él, impedir que las circunstancias a veces muy difíciles en que se hace presente nos nublen la mirada y nos impidan descubrirlo en los hermanos.

Un par de amigos iban por una carretera. De pronto vieron parado a la orilla del camino a un hombre desarrapado que sostenía un letrero: ‘trabajo por comida’. El que iba manejando le dijo al otro: ‘yo cuando veo a alguien así no corro riesgos’. El otro asintió pensando para sus adentros: ‘sí, claro, puede ser un ladrón, un asaltante, un asesino...’. En eso el que iba manejando dio vuelta en u, detuvo el coche junto al hombre, se bajó, abrió la cajuela y le dio la mitad de la despensa que había comprado. Luego se subió de nuevo, arrancó el coche y volviéndose hacia su amigo completó la frase: ‘yo con alguien así no corro riesgos. Estoy seguro de que es Jesús’

OBRAS DE ALEJANDRA MA. SOSA ELÍZAGA

Libros publicados por EDICIONES 72:

PARA ORAR EL PADRENUESTRO

(Reflexionar y orar sobre cada frase del Padrenuestro)

POR LOS CAMINOS DEL PERDÓN Disponible también en MP3

(Guía práctica para lograr perdonar).

SI DIOS QUIERE Guía práctica para discernir la voluntad de Dios en tu vida

CAMINO DE LA CRUZ A LA VIDA

(Reflexiones sobre la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús)

VIACRUCIS DEL PERDÓN

(Recorrer las catorce estaciones caminando hacia el perdón)

VIDA DESDE LA FE

(50 Reflexiones para aterrizar la Palabra de Dios en tu vida diaria)

IR A MISA ¿PARA QUÉ? Guía práctica para disfrutar la Misa

DOCENARIO DE LA INFINITA MISERICORDIA DEL SAGRADO
CORAZÓN DE JESÚS (Doce meditaciones sobre la Misericordia Divina)

¿DESEMPOLVA TU BIBLIA! Guía práctica para empezar a leer y
disfrutar la Biblia

¿QUÉ HACEN LOS QUE HACEN ORACIÓN? Guía práctica para
empezar a orar y disfrutar la oración

Otras publicaciones

EL PAPA TE INVITA A REZAR SU ORACIÓN FAVORITA

Carta Apostólica ‘Rosarium Virginis Mariae’, de SS Juan Pablo II sobre el rezo del Santo Rosario, resumida y comentada por Alejandra Ma. Sosa E. (publicada por la Arquidiócesis de México y por Ediciones EVC no.259)

EL PAPA TE HABLA DE LA MISA

La Carta Encíclica ‘Ecclesia de Eucharistía’ resumida y comentada por Alejandra Ma. Sosa E. Publicada por la Arquidiócesis de México

Obras de AMSE disponibles gratuitamente en www.ediciones72.com

COLECCIÓN ‘VIDA DESDE LA FE’, Volúmenes 1, 2, 3, 4 y 5

COL. ‘LA PALABRA DE DIOS ILUMINA TU VIDA’, ciclos A, B y C

CURSO DE BIBLIA SOBRE HECHOS DE LOS APÓSTOLES

CURSO DE BIBLIA SOBRE EL EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO